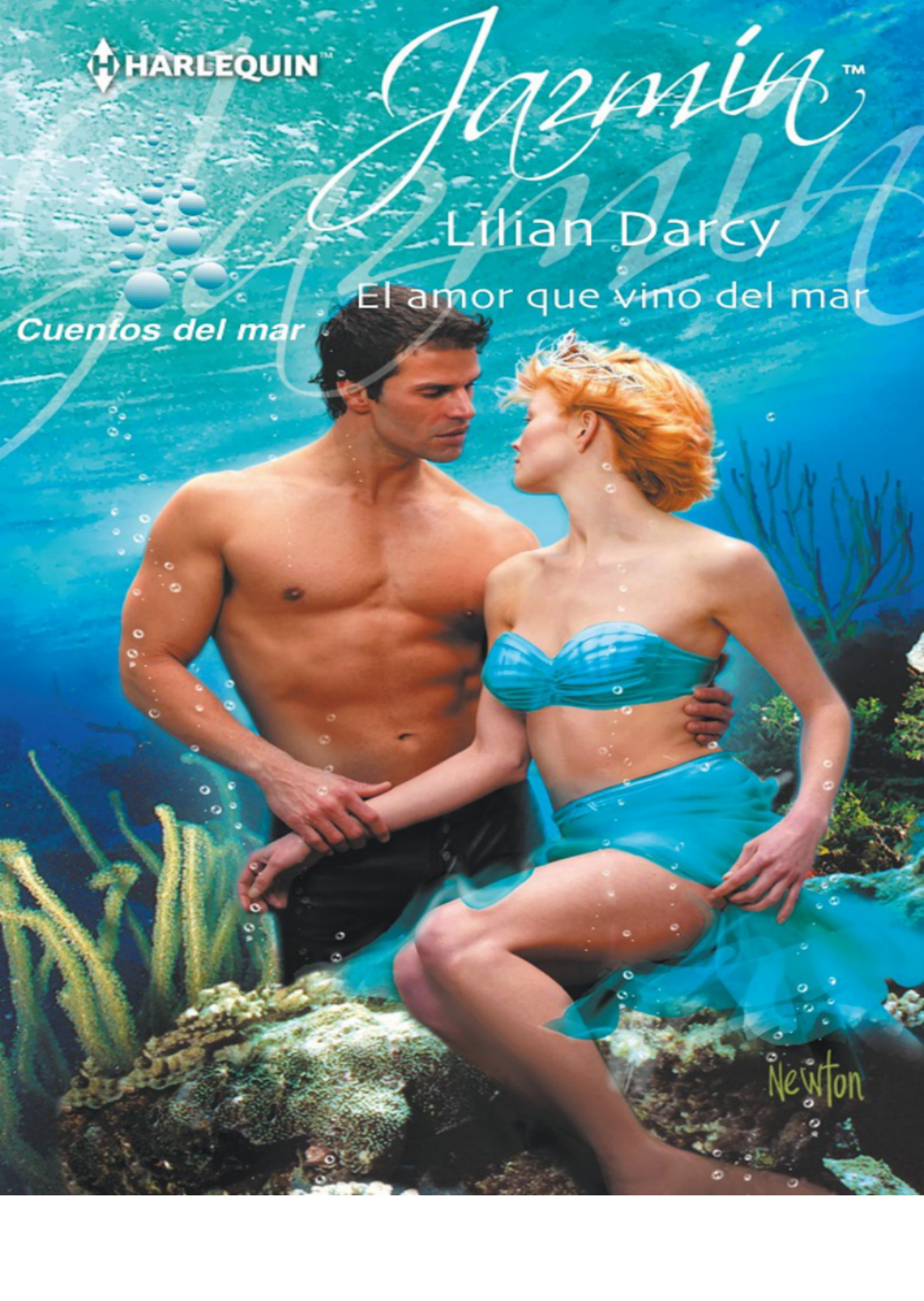

HARLEQUIN
Jazmín
Lilian Darcy
El amor que vino del mar
Cuentos del mar
Newton

Por el bien del reino…

Dirigido a: El rey Loucan de Pacífica

De: Su leal súbdito Carrag

Recibimos con gran alegría el mensaje en el que nos comunicaba que había localizado a tres de los cuatro hermanos perdidos. Según tenemos entendido, la mayor de ellos, la bella Thalassa, continúa desaparecida. Por eso le rogamos que la encuentre y le pida que reine a su lado. Señor, ha afirmado que desea un matrimonio de conveniencia con el fin de asegurar la paz en nuestro territorio.

Loucan, querido rey y amigo, yo sé que intentará convencerla por todos los medios si ella no accede. Pero no cierre su corazón herido a ella pues, por lo que recuerdo, Lass es un alma noble. Trátela bien y será suya… en cuerpo y alma.

Prólogo

AQUELLA vez se encontraron en un bar. Loucan se encontraba a gusto en sitios como aquel; en el pasado había trabajado en uno durante seis meses y el fuerte olor a cebada le era familiar. Los demás clientes del bar no parecían encontrar nada extraño en los dos hombres sentados en un oscuro rincón, enfrascados en una conversación.

-¿Cómo te va la vida matrimonial? -le preguntó a Kevin Cartwright.

Parecía una pregunta sin mayor importancia, pero no lo era.

-Está bien -contestó Kevin.

¡Ya, claro! El hombre estaba luchando por no sonreír, pero no lo consiguió. Obviamente, estar casado con Phoebe Jones era mucho mejor de lo que pretendía dar a entender.

-He traído fotos de la boda, por si quieres verlas -añadió Kevin.

Pero Loucan no quería perder el tiempo con algo tan trivial como las fotos de una boda.

-¿Por qué me da la impresión de que es demasiada distracción? ¿Has hecho algún progreso en la localización de Thalassa desde que te casaste?

Kevin se incorporó en la silla, dio un trago a su cerveza y maldijo.

-¿A qué viene esto, Loucan? -exigió saber Kevin-. Pensé que íbamos a celebrar tres éxitos, no lanzarnos acusaciones por un fallo.

Loucan lo ignoró.

-¿Has encontrado algo? Llevas cuatro años trabajando en esto de manera intermitente. Phoebe, Kai y Saegar han sido encontradas, y aunque suponga un éxito, no sirve de nada sin Lass. Ella debe ser tu principal preocupación. Necesito resultados y tengo que preguntarme si el matrimonio con Phoebe no estará minando tu entusiasmo en este caso.

-Tranquilo, Loucan -dijo Kevin, recostándose en la silla y moviendo la cabeza mientras daba vueltas al vaso de cerveza.

Pero Loucan no se dejó engañar por aquella aparentemente tranquila actitud. Ambos eran hombres fuertes, directos y seguros de sí mismos; y él había utilizado aquella táctica del ataque directo para conseguir respuestas directas del hombre al que había contratado para encontrar a los cuatro hermanos perdidos del reino de Pacífica.

Pero Kevin no lo decepcionó. Se inclinó hacia Loucan, dio otro trago a su cerveza y lo miró fijamente con sus intensos ojos azules.

-¿Quieres la verdad? De acuerdo; lo único que he sacado en claro de haber encontrado a los otros tres es darme cuenta de los hechos.

-¿Qué hechos? -preguntó Loucan-. Me interesan los hechos, me gustan.

-No nos queda nada para seguir investigando; no tuvimos mucho para empezar y casi todos los caminos que seguimos acabaron en punto muerto -le dijo-. Tanto Thalassa como Cyria son nombres poco corrientes, y aunque he buscado en todos los archivos y bases de datos que existen en los dos hemisferios, no he encontrado nada. Tanto Australia como Nueva Zelanda, donde tú crees que están, tienen poca población en comparación con los Estados Unidos, pero eso no ha servido de ayuda -le informó-. Ya te he contado todo esto.

-Pues cuéntamelo otra vez. Dime en qué punto estás ahora mismo.

-Yo creo que Cyria se ha cambiado el nombre, y quizá Lass también. Probablemente hayan conseguido documentación falsa a través de algún país del Pacífico Sur, donde los sobornos están a la orden del día -le informó-. Encontramos a los otros tres por pura suerte, pero ahora parece que la suerte se nos ha terminado.

-¿Estás tirando la toalla? -preguntó Loucan, que sentía que su cuerpo se tensaba por la furia-. ¿Estás dando por terminada la búsqueda? ¡Es por culpa de Phoebe!

-No lo es -insistió Kevin-; y no estoy tirando la toalla. Pero solo me queda una cosa por sugerir, lo único que creo que dará resultado.

-¿Ah sí? Pues dímelo.

-Tú conociste a Thalassa. ¿Cuántos años tenía cuando te marchaste de Pacífica la primera vez?

Loucan se encogió de hombros con impaciencia.

-Eso fue hace veinticinco años; ella tenía ocho años y yo catorce. ¿Pero qué tiene eso que ver?

-Tú la conocías entonces -repitió Kevin-, y conocías a Cyria, que era su guardiana. Sea lo que sea lo que les haya ocurrido desde entonces, hay cosas que no cambian. ¡Piensa, Loucan!

Aquello último no fue exactamente una orden, pero sí algo más que una súplica.

-Tú eres el único que tiene algo para poder continuar -insistió Kevin-. Tus recuerdos, tus impresiones; cosas que no podrías contarme a mí aunque quisieras, porque no te vas a dar cuenta de lo que es importante hasta que estés inmerso en la búsqueda.

-¿Yo? ¿Quieres que yo la busque?

-Sí. Si alguien puede encontrar a Thalassa después de todo este tiempo, ese eres tú.

Los ojos de Kevin brillaron con intensidad y apretó la mano en un puño.

Teniendo en cuenta la clase de hombre que era Kevin Cartwright,

aquello significaba que la idea merecía que Loucan al menos la considerase.

Loucan asintió lentamente y entrecerró los ojos, esforzándose en recordar…

¿Recuerdos?

¿Impresiones?

¡Aquello sí que era difícil! Hacía veinticinco años que no veía a Thalassa, desde que él era niño, y desde entonces había vivido aventuras para toda una vida.

Había pasado más de diez años recorriendo el mundo; había nadado con las ballenas durante sus migraciones; había trabajado de pescador, como ranchero en Arizona y como comercial en Wall Street. Había cambiado de una identidad a otra con facilidad y había absorbido con avidez los conocimientos que cada experiencia le había proporcionado.

Nunca había hecho nada realmente ilegal, pero estuvo en la cárcel durante unos días cuando lo de tuvieron por equivocación. Incluso había estado casado, aunque aquello era algo que no le gustaba recordar, ya que acarreaba demasiada pena y culpa.

Había pasado la mayor parte de los últimos quince años en Pacífica, trabajando para pacificar a las dos facciones enfrentadas que habían dividido a la gente del mar durante una generación.

Pero antes de todo aquello…

Se dio cuenta de que aún tenía recuerdos, y uno en particular invadió su cabeza mientras pensaba.

Hubo un tiempo en que los padres de Thalassa y los suyos habían sido amigos, hasta que el padre de Lass, el rey Okeana, cayó bajo la maligna influencia del malvado Joran y de sus peligrosas ideas. Mientras Loucan aún era un adolescente, la relación ya había comenzado a debilitarse, pero las dos mujeres, Wailele, la esposa de Okeana, y la madre de Loucan, Ondina, consiguieron conservarla.

Aún no había habido una disputa ni había explotado la violencia.

Ambas familias habían abandonado los seguros confines del mundo submarino de Pacífica y se habían ido de picnic juntos a la playa de una isla de coral secreta. Alrededor de una hoguera hecha de fósforo destilado del mismo océano, habían comido delicias marinas cocinadas, así como exquisiteces terrenales, caras y exóticas, como plátanos y cocos.

Loucan recordó la fragilidad de Wailele. Nunca se recuperó del todo del nacimiento de las gemelas, Phoebe y Kai, y no podía participar enteramente en el cuidado de sus hijos, sobre todo con la vivaracha Lass. Loucan recordó que ya entonces Cyria era la influencia

dominante en la vida de Lass. Recordó lo estricta que era con ella, y que por aquel entonces, él pensaba que no lo habría permitido. Recordó la falta de disposición de Cyria a compartir a Lass con los demás, y el orgullo que sentía por la alegre y guapa niña. Por ejemplo, el largo y rizado pelo de color cobre de Lass nunca había sido cortado.

-¡Y mientras yo viva nunca se cortará! -había declarado Cyria-. Es demasiado bonito y la diferencia de los demás, como princesa que es.

Por aquel entonces Lass no había parecido molesta por la actitud de Cyria. Le gustaba jugar con sus hermanas, entreteniéndolas mientras les construía castillos de arena. Con naturalidad había obedecido la orden de Cyria de que se recogiera el pelo para que no se le llenara de tierra y había continuado jugando con ellas, riendo. Se había hecho unos zapatos con conchas y algas y las tres hermanas se habían reído mientras ella se paseaba con ellos por la playa. Había estado llena de vida y alegría.

¿Qué podía haber cambiado desde entonces?

Cyria y Lass se habían marchado juntas de Pacífica, las dos solas, y probablemente la influencia de Cyria se había hecho más fuerte.

Aun así, la voluntad de Lass no se había quebrado con facilidad.

Loucan recordó cómo había abandonado la playa, nadando hacia el interior del océano, mientras se formaba su cola. Él la había seguido a una distancia prudencial, sintiéndose impresionado por su valentía. ¡Solo era una niña!

Entonces pasaron unos delfines y ella se había unido a ellos y habían jugado con las olas…

Kevin tenía razón. Aún tenía recuerdos.

Su amigo lo observaba; Loucan parpadeó y sonrió levemente. Cuando habló, su voz era ronca:

-Entiendo lo que dices. Quizá tengas razón al pensar que soy el único que puede encontrarla.

Con la pensativa y curiosa mirada de Kevin sobre él, Loucan de repente pensó que, después de todo, encontrar a Thalassa iba a ser la parte sencilla.

Capítulo 1

THALASSA cruzó por una verde llanura en la que pastaban varios caballos, en dirección a Loucan.

Su pelo de color cobrizo, que aún le sorprendía por lo corto que lo llevaba, brillaba como el cobre pulido. Thalassa llevaba una ajustada y corta camiseta de color crema que dejaba a la vista su suave y clara piel y una bonita figura, tanto de cintura para arriba como hacia abajo. Llevaba unos pantalones estrechos de color caqui que resaltaban unas piernas bien formadas, e iba calzada con unas botas marrones de piel. Caminaba con la misma gracia y seguridad que los caballos a los que había estado cuidando.

Loucan sintió que algo en su interior se agitaba y reconoció el sentimiento; había sentido lo mismo la otra noche, cuando se encontraron por primera vez. Loucan se sentía traído por aquella mujer; había algo físico y exuberante en ella: el brillante color de su pelo; sus hermosos pechos...

Había algo contenido y autosuficiente en su emotivo maquillaje. Loucan sospechó que no se abriría a él con facilidad. Tenía razones para ello; razones que tenían que ver con el pasado. Probablemente diferencias de opinión y facciones enfrentadas. Era algo más profundo que todo aquello. La poderosa sensualidad que detectaba en ella parecía dormida, como si aún no la hubiera descubierto.

O como si la temiera y la mantuviera oculta.

En cuanto Lass detectó la presencia de Loucan en sus tierras, el aura de su cuerpo cambió; se puso en tensión y se llevó una mano a los ojos para protegerse del sol australiano, que era intenso incluso a las nueve de la mañana. Lo había reconocido y no se había sorprendido. La otra noche, en la playa, Loucan le había dicho que le daba dos días; tiempo para que pensara, se acostumbrara a aquello y comprendiera que él no era parte de la violencia del pasado.

Después, volvería a buscarla.

Finalmente le había concedido tres días, pero tal y como le había prometido, había vuelto.

Al principio ni siquiera lo saludó. Aún estaban a cierta distancia el uno del otro.

Loucan se apoyó contra el coche de alquiler que lo había llevado hasta allí y observó las tierras de Thalassa, mientras ella recogía un par de cubos de comida y miraba las hojas de sus eucaliptos, que se movían con la brisa. Loucan pensó que Lass había encontrado un hogar muy bonito.

Al final del camino de tierra, a cuyos lados había hileras de

capuchinas y lavanda, se erguía una vieja y pintoresca casa con un revestimiento de estuco de color amarillo y una fina manta de hiedra. Según un elegantemente labrado letrero, aquello era La Vieja Lechería, Salón de Té y Galería. El letrero informaba de los horarios de apertura y del menú que se ofrecía.

Lass era dueña de aquel lugar y de las tierras que lo rodeaban, que Loucan juzgó debían de ser varios acres.

Más allá del edificio del Salón de Té, y conectada por un camino, había una pequeña casa de estilo colonial australiano, con un tejado de metal galvanizado que se curvaba hacia abajo.

En aquel momento, el porche estaba inundado por la luz de la mañana, iluminando los tiestos con flores. Sin embargo, a medida que el día avanzara y se hiciera más caluroso, el suelo de piedra se cubriría por una fresca sombra.

Detrás de la casa había un establo y un par de cobertizos, más pastos y bosque, y finalmente, a cierta distancia, estaban las montañas. Loucan vio que eran unas montañas salvajes, cubiertas de bosques de eucaliptos.

Las vistas hacia el oeste eran impresionantes, pero detrás de Loucan, en dirección contraria, eran incluso mejores, y le decían más acerca de Lass de lo que probablemente ella quería que él supiera.

A unos cuatro kilómetros, más allá de los pequeños pueblos, de los lagos y de las tierras rocosas, estaba el mar.

Técnicamente era el mar de Tasmania, los aproximadamente tres mil kilómetros que había entre las costas de Australia y Nueva Zelanda, pero en realidad era parte del Océano Pacífico. Se estrechaba, azul y brillante, como una ancha banda de norte a sur, y durante el verano su horizonte brillaba bajo el cielo azul. La visión era sobrecogecora.

-Has venido -dijo Lass.

Loucan se dio la vuelta para encontrarla observándolo desde cierta distancia.

-Ya te dije que lo haría.

-Esperaba que no lo hicieras. No quería volver a verte.

-Lo sé.

De repente, Loucan tuvo un flash-back del momento más sorprendente de la otra noche.

Después de decirle a Lass quién era y cómo la había encontrado, ella había huido de él a través de la arena, en la oscuridad, para ocultarse entre las rocas de un cabo cercano. Él la había seguido y la había encontrado llorando, sobrecogida por el miedo y el dolor, mientras se cortaba su maravilloso pelo con una venera.

-Me gusta tu pelo así, corto -le dijo él.

No iba a permitirle evitar las dificultades que había entre ellos. Ambos tenían que enfrentarse a ellas.

-Me estoy acostumbrando -contestó ella con cautela.

Se pasó la mano por los cortos y brillantes mechones, haciéndolos parecer más vivos que nunca. Aquel gesto hizo más evidente su escote y Loucan no pudo evitar fijarse en él.

-Fui el miércoles a mi peluquera para que le diera forma -añadió ella.

-¿Y qué explicación le diste?

Lass se encogió de hombros.

-Que de repente me había hartado de él, y que como me daba demasiado trabajo me lo corté.

¡Estaba tan seria, distante y a la defensiva!

Loucan sabía lo sensible que había estado la no che anterior cuando la encontró en la playa y le dijo quién era él, pero ella intentaba aparentar que aquello no había ocurrido.

-¿Por qué te lo cortaste así? -insistió él.

-Ya sabes por qué.

«Sí, pero quiero oírlo de tu boca», se dijo a sí mismo.

Loucan se fijó en que la forma de sus labios de notaban una mujer apasionada; eran sensuales y muy definidos.

Finalmente cedió, y lo dijo por ella:

-Porque tu pelo ha sido lo que me ha traído hasta ti.

Lass asintió bruscamente y entrecerró sus ver des ojos.

-¿Significa que también les harás daño a los delfines? -preguntó él-. Cuando oí que te habían visto nadando con ellos al anochecer, supe que eras la mujer que estaba buscando y supe donde encontrarte.

-¡Herir a los...! -exclamó ella y movió la cabeza con furia al tiempo que tragaba saliva.

Quizá había ido demasiado lejos. Loucan quería obligarla a hablar de las cosas en las que creía y de la razón por la cual estaba tan asustada, pero aquella no era la forma de hacerlo. Thalassa no era como Kevin Cartwright, que rápidamente respondía a un ataque directo; ella era una mujer, una sirena, si es que era capaz de aceptarlo, y por lo tanto completamente diferente.

Loucan había estado a punto de disculparse, pero ella no había dejado de hablar.

-¿Por qué haces esto? No lo toleraré, así que haz el favor de salir de mi propiedad.

Lass dio media vuelta y se dirigió hacia la casa, ignorando a Loucan mientras la seguía.

Cuando llegó al porche, se quitó las botas de montar y los calcetines y los arrojó a un cesto que había junto a la puerta; se puso unas sandalias de tacón de color crema y entró en la casa.

Loucan la siguió, pero ella continuó ignorándolo. Aquella situación acabaría por convertirse en un hábito entre ellos.

Casi inmediatamente, y apenas dándose cuenta de lo que hacía, Lass se quitó las sandalias y se miró los pies. Después, ladeó la cabeza y lo miró pensativa.

-¿Bastará con que te diga que esta mañana estoy ocupada, o tengo que llamar a la policía?

-Thalassa...

-Me llamo Lass. O Letitia Susan Morgan, si prefieres el nombre oficial completo.

-¿Así que Cyria te cambió el nombre?

-¿Quién? ¡Ah! ¿Te refieres a la tía Catherine?

-¿De verdad? -preguntó él, y ambos mantuvieron las miradas por un momento, hasta que él decidió cambiar de táctica-. Tienes unas vistas estupendas del océano, Lass.

-Prefiero las vistas que hay hacia las montañas.

-No es cierto -replicó él suavemente-. Tú no miras a las montañas. Ellas no te llaman. No eres capaz de mantenerte alejada, ¿verdad? No podías cuando compraste esta casa y ahora tampoco puedes.

Ella levantó la barbilla y Loucan se fijó en la testaruda pose de su mandíbula.

-En ocasiones paso semanas enteras sin pisar la playa.

Loucan se rio.

-Haces que parezca una adicción; te pasas se manas enteras sin ir, pero piensas en el mar todos los días. ¿De verdad vas a llamar a la policía?

-¡Sí! Y realmente no tengo tiempo para hablar. El salón de té abre a las diez y tengo muchas cosas que hacer. Además, mis empleados llegarán en cualquier momento.

-Lass, tengo algo para ti de parte de tus hermanas.

Loucan no esperó a que ella contestara o a que lo volviera a amenazar para que se marchara; se metió la mano en el bolsillo del polo azul marino que llevaba puesto y sacó un paquete envuelto en papel. Al observar la reacción de Lass, supo que no se había equivocado.

Lass abrió la boca sorprendida y se llevó la mano al corazón.

¡Eran fotos de Phoebe y Kai! Hacía tiempo que había perdido la esperanza de encontrarlas y a me nudo se preguntaba si seguirían vivas. Había pensado en buscarlas, pero le había parecido una tarea

imposible. Ni siquiera sabía a qué parte del mundo

o con quién las habría enviado su padre, y no sabía si estarían juntas. No las veía desde que tenían dos años. Por aquel entonces eran la luz de su vida, los seres a los que más amaba en el mundo. Aún recordaba el tacto de sus rechonchas mejillas cuando les daba un beso; recordaba los abrazos que le daban con sus bracitos, la inocente felicidad de su risa y la intensidad de sus lágrimas.

Ya serían mujeres adultas, en edad de casarse.

Lass necesitaba saber acerca de sus hermanas.

Llevada por aquella nostalgia, toda su bravuconería hacia Loucan se derrumbó. Por el bien de sus hermanas, se forzaría a creer lo que él le había contado. Por sus hermanas, no lo echaría de su casa, y él lo sabía.

Había llevado aquellas fotos consigo a propósito y había hablado de ellas en el momento oportuno.

En aquel momento, Loucan las sujetaba con delicadeza contra su pecho; aunque parecía un gesto casual, ella sabía que era completamente deliberado. Lass no podría tocarlas hasta que él se lo permitiese, y como eran tan valiosas para ella, no in tentaría quitárselas a la fuerza.

No tenía nada que hacer contra un hombre como Loucan. Desde el principio se había dado cuenta de su fuerza; no era solo su gran tamaño o lo atractivo que era; había una inusual fuerza de voluntad reflejada en sus increíbles ojos azules. Aquel hombre sabía cómo conseguir lo que quería.

Llevaba su oscuro y espeso pelo recogido en una trenza, haciéndolo parecer un marinero inglés de hacía doscientos años. Aquella forma de llevar el pelo dejaba a la vista su amplia frente y acentuaba su marcada mandíbula y su masculina estructura ósea.

La otra noche en la playa, la había asustado desde el momento en que, con su profunda y potente voz, había susurrado su nombre completo; su verdadero nombre, el que nadie había utilizado desde que Cyria murió.

Thalassa. Significaba «aquella que viene del mar».

Lass sintió un escalofrío y deseó haberse puesto algo más que solo aquella pequeña camiseta que la hacía sentirse vulnerable, tanto física como emocionalmente. Pero no iba a permitir que él se diera cuenta.

-¡Enséñame las fotos! -exigió ella. Entre los dedos de Loucan, pudo atisbar a una pareja de novios y sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Sería Phoebe aquella bella mujer con el pelo de color miel? ¿O era Kai? ¡Tenía que saberlo! ¡Debía ser capaz de reconocer a sus propias hermanas!

En aquel momento sonó el teléfono y se sintió tentada de no contestar. Pero siendo la dueña de un pequeño negocio como el suyo, no podía permitirse aquel lujo, ya que todas las llamadas eran importantes.

En cualquier caso, Loucan aprovechó el momento para volver a guardarse las fotos en el bolsillo. -Contesta la llamada -le dijo él-. Esto puede esperar.

Cuando lo dijo, Lass ya se dirigía hacia la cocina donde estaba el teléfono. La decisión de contestar era suya y no de él, y se negaba a obedecer sus arrogantes órdenes. Tampoco iba a permitir que la subestimara.

-¿Lass? -dijo una temblorosa voz al otro lado de la línea, pero que ella reconoció inmediata mente.

-Hola, Susie. ¿Qué ocurre?

-Acabamos de tener un accidente. Conducía Rob, pero no ha sido culpa suya...

-¡Dios mío! ¿Estáis bien? -preguntó Lass.

Susie y su hermana Megan trabajaban en el salón de té, y Rob, el marido de Susie, cuidaba del jardín y hacía las tareas de mantenimiento. Susie y Rob aún no tenían treinta años, pero ya deseaban formar una familia.

Lass estaba muy unida a ellos. Todo lo más que se había permitido a sí misma.

-Estamos bien -dijo Susie, pero rompió a llorar.

Resultaba evidente que no lo estaban.

Lass escuchó los detalles que, de forma confusa, Susie le dio: ella tenía heridas en la cara, Megan estaba en observación por un golpe en la cabeza y Rob se había roto algo, aunque aún no sabían el qué. Estaban en Urgencias del hospital local.

-Intentaré ir cuanto antes -prometió Susie-, pero quieren curarme las heridas y...

-Susie -interrumpió Lass-, no vengas hoy, ¿de acuerdo? No vengáis ninguno, ni hoy ni mañana. Deberían ser unos días tranquilos, yo...

-¿Tranquilos? ¡Pero si estamos a mitad de las vacaciones de verano! -exclamó Susie.

-Me las arreglaré. Tú cuida de Megan y de Rob, y de ti.

El hecho de que Susie no discutiera significaba que ninguna de los tres estaba en condiciones de ir a trabajar.

Lass colgó el auricular y se enfrentó al hecho de que «arreglárselas» no sería tan sencillo como había afirmado. Quedaba menos de media hora para abrir y aún tenía que preparar las ensaladas, los sandwiches, las quiches, preparar la máquina del café, los bollos, montar la nata...

Pero le dio igual.

-Enséñame las fotos, Loucan.

Lass salió de la cocina para encontrárselo de pie junto a las puertas correderas que daban al porche, mirando hacia el mar.

Miraba él brillante océano azul de la misma forma en que ella lo hacía: en silencio, quieto y completamente absorto. Nostálgico, escuchando su llamada.

Pero él no podía odiar la fuerza de aquella llamada como ella.

Al oírla, Loucan se dio la vuelta. Ya no tenía las fotos en la mano. ¿Dónde las habría escondido? Lass no lo sabía, pero se dio cuenta de que no estaban en el bolsillo del polo.

-He oído tu conversación -dijo él-. ¿No pueden venir hoy tus empleados? Lass se encogió de hombros. -No importa. Estoy preocupada por ellos, no por mí, pero por fortuna no parecen estar seriamente heridos -dijo ella-. Por favor, enséñame las fotos de Phoebe y Kay. Y... y de Saegar también -añadió, nombrando a su amado hermano y compañero de juegos-. ¿Tienes fotos de él?

-No. Lo siento.

-¿Sabes algo de él? El otro día me dijiste que manteníais el contacto.

-No me creíste.

-Ahora sí. Hablame de ellos, muéstrame las fotos -repitió Lass.

-Aún no. Primero quiero saber qué consigo yo a cambio, Thalassa -dijo él, y Lass vio que sus ojos azules brillaban con una calma de la que desconfiaba-. Si te doy lo que quieres, ¿me escucharás? Me darás...?

-¡No! -gritó Lass, tapándose los oídos con las manos-. ¿Cómo puedes pedirme algo? Tu padre y sus seguidores me quitaron algo que nunca volverá: se llevaron la vida de mi madre... con violencia y sin avisar -dijo ella, e inspiró profundamente para poder continuar-. ¡No te daré nada, Loucan!

Como cada vez que pensaba en la muerte de su madre, no pudo luchar contra el secreto recuerdo de la pesadilla. Cyria, a la que en público siempre había llamado tía Catherine, era la única persona que sabía lo que Lass había visto cuando tenía ocho años, y ella también estaba muerta. Al menos su muerte había sido pacífica, no como la de su madre.

«¡Dios mío! ¿Tendré que recordarlo durante el resto de mi vida?», pensó. Aun después de veinticinco años, la visión de la sangre en el agua la aterrorizaba, y repetidamente le había dicho a Cyria que nunca volvería a Pacífica, donde aquella violencia podía volver a estallar.

-Entonces las fotos no serán necesarias hoy. Loucan interrumpió sus recuerdos. Parecía tranquilo y en control de sí mismo.

-¿Y cómo sé que son genuinas? -preguntó ella-. Hace mucho tiempo que no veo a Phoebe y a Kai. Esas parejas podrían ser otras personas.

Lass realmente no creía lo que acababa de decir; en el fondo de su corazón, sabía que eran sus hermanas con sus maridos. Pero...

-No me fío de ti, Loucan -añadió.

-Eso resulta evidente. Y lo entiendo.

-¡Eso espero!

-Lo que no entiendo es que te niegues a ti misma la oportunidad de contactar con tus hermanos solo porque no quieres tener nada que ver conmigo.

-No te sorprendería tanto si pensaras un poco -dijo ella con deliberada dureza-. Por lo que parece, estás dispuesto a chantajearme, manteniéndome en la ignorancia de lo que le ocurre a la única familia que me queda -continuó Lass-. Lo que eso me dice de ti no me predispone a querer conocerte mejor; pero me has dicho ciertas cosas acerca de ellos, como dónde viven y los nombres que utilizan, así que seré paciente.

-Estás diciendo que...

-Sí -le interrumpió ella-. Los encontraré, o contrataré a alguien para que lo haga. No te necesito, Loucan. Tu chantaje no te ha servido. Ahora tengo que abrir el salón de té, así que puedes marcharte.

Lass se puso las sandalias, se sacó un manojo de llaves del bolsillo y abrió la puerta. Interiormente estaba temblando. ¿Qué haría Loucan? ¿Pensaría que era un farol?

Y ella, ¿podría soportar que él se marchara sin contarle más acerca de sus hermanos? ¿Le basta rían los datos que tenía para encontrarlos?

Los tacones de sus sandalias repiquetearon sobre el suelo de piedra del porche y Lass notó cómo se le movían los pechos al caminar, llenándola de timidez; era consciente de su cuerpo de una manera extraña y no quería pensar dónde tendría fijada Loucan la mirada.

Era un hombre poderoso; tenía una posición de poder en medio de la caótica situación que aparentemente aún reinaba en Pacífica. Su poderosa aura lo mostraba como un hombre determinado e implacable. Lass sabía que no se habría dado por vencido y se preguntó si la estaría mirando y por qué no decía nada.

Loucan no pudo articular palabra hasta que ella estuvo al otro lado del porche. No entendía su propia reticencia a hablar, pero estaba seguro de que no llevaría a cabo su amenaza.

-¡Espera! -gritó él con la voz ronca.

Lass se dio la vuelta y Loucan se dio cuenta de que no se había equivocado; no estaba tranquila, las manos le temblaban y tenía los ojos llenos de lágrimas.

-No voy a chantajearte -dijo él-. Me equivoqué al sugerir que lo haría. Quiero tu colaboración, no esto.

-Claro que sí, Loucan -replicó ella, y dio media vuelta.

-Lass, escúchame...

-¡No!

Loucan la siguió.

Caminaba más rápido que ella con aquellas frivolas sandalias, y al darse cuenta de que la estaba alcanzando, se las volvió a quitar y las arrojó a un lado. Aun así, Loucan la alcanzó y la sujetó por un hombro, girándola hacia él.

-Así es como empiezan las guerras -dijo él apremiante-. De esto surge la violencia, cuando las personas no son capaces de comunicarse. Lass levantó la cabeza en un gesto testarudo. -¿Es eso lo que ocurrió en Pacífica hace veinticinco años? ¡Pues no por lo que a mí respecta!

-Eras demasiado joven para entenderlo, pero si me escucharas ahora, podría explicártelo. Mi padre no tuvo nada que ver con la muerte de tu madre.

-¿Ah, no?

-No. Se sintió horrorizado cuando supo que uno de sus colaboradores había leído un discurso suyo y lo había interpretado de aquella manera -le explicó él-; aquel hombre actuó por su propia cuenta.

Loucan se dio cuenta de que en su voz había un ligero temblor de duda y se preguntó si Lass se habría dado cuenta. Él mismo seguía sin estar seguro de toda la verdad. Había una pequeña evidencia: la declaración de un testigo, que sugería que Joran, uno de los seguidores del propio Okeana, había in citado aquel asesinato para forzar la inestabilidad que buscaba.

Sin embargo, y por el momento, Loucan había decidido ignorar aquella posibilidad; se trataba de un detalle que no afectaba a su propia inocencia, El había estado a cuatro mil kilómetros de distancia cuando Wailele murió.

-Escúchame, Lass -insistió él-, y confía en mí al menos el tiempo suficiente para que hablemos de tus hermanos y para que te diga por qué estoy aquí. No busco solo que creas mi versión de lo que ocurrió, hay más; he pasado años buscándote. Dame un poco de tiempo, déjame ayudarte hoy en el salón de té; podremos...

Lass se rio.

-¿.Tú? ¿El autoproclamado rey de Pacífica, Loucan el Triunfador o como quiera que te hagas llamar, cortando tomates y fregando los platos? ;Qué sabrá su majestad de mi cocina!

Loucan sonrió al ver la oportunidad de ablandarla con el humor.

-Debo confesar que tengo más experiencia ¿Tendiendo un bar que sirviendo café -dijo él son riendo-, pero he trabajado en la cocina de un barco pesquero y he preparado el desayuno a doce hombres hambrientos, tras haber pasado toda la noche recogiendo redes. Sé utilizar una tetera.

-¡Qué bien!

-Hace tiempo, cuando tenía unos diecisiete años, estuve trabajando de camarero; deberías ver la rapidez con la que limpio las mesas -dijo él-. Hoy necesitas ayuda y te la estoy ofreciendo por menos de un salario mínimo. ¿No podríamos empezar por ahí?

La sonrisa de Loucan era tan intensa como el sol del verano y tan poderosa como el mar, y tiraba con fuerza de las emociones de Lass de la misma manera que lo hacía el océano.

Loucan lo sabía. Él también era una criatura del mar.

Aun así, Lass se habría mantenido firme frente a él de no ser por el paquete de fotos que sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros.

-Dime qué puedo ir haciendo para abrir el salón de té y tú puedes verlas mientras tanto.

-De acuerdo. Pero... yo no... no estoy capitulando, Loucan -insistió ella-. Lo hago por mis hermanos.

-Lo sé -dijo él en voz baja-, y lo entiendo. Es pero que al final del día, tus razones hayan cambiado, pero por el momento es suficiente.

-De acuerdo -repitió ella. Lass abrió la puerta que daba directamente a la galería y lo guió entre cuadros de paisajes marinos, piezas de cerámica y expositores con delicadas joyas.

Se sintió como si estuviese caminando con Lou can hacia un futuro que, tres días antes, no habría sido capaz de imaginar, y se sintió aterrorizada.

Capítulo 2

CYRIA había sido la que le había inculcado el miedo y la que la había enseñado a apartarse de los demás.

-Nadie tendría que ver lo que tú has visto -solía decirle-. Nunca volveremos, a menos que tu padre venga a buscarte en persona y nos asegure que Pacífica vuelve a ser un sitio seguro para nosotras. Prométemelo.

-Te lo prometo, Cyria. Solo volveremos si es seguro.

A medida que Lass se hacía mayor, Cyria le repetía lo mismo, pero de manera más sofisticada.

-Si es necesario, nos ocultaremos aquí para siempre -le decía-. El rey Okeana solo vendrá a buscarnos si es seguro. Si tenemos cuidado, nadie sospechará que somos criaturas del mar. Los humanos no tienen ni alma ni juicio, y nunca se les ocurriría pensar que sus estúpidas leyendas acerca de la gente del mar tienen un elemento de verdad -continuó su guardiana-. Joran tenía razón cuando le decía a tu padre que debemos utilizar nuestro parecido con los humanos para obtener de ellos lo que necesitamos, pero nunca debemos cometer el error de pensar que son nuestros iguales. Y sobre todo tú, Thalassa. Eres una princesa del mar y no debes olvidarlo.

Por supuesto, Lass no había creído ciegamente en lo que Cyria le decía, sobre todo siendo una chica que entraba en la rebelde adolescencia y comenzaba la búsqueda de su propia identidad. Pero gran parte sí había calado en ella, dando forma a la mujer en que se había convertido.

Cuando nadaba, lo hacía en secreto y casi siempre de noche, porque nunca sabía con exactitud cuánto tiempo tardaría en formarse su membranosa cola. Nadie le había enseñado nada acerca del proceso químico y psicológico, así que mediante el proceso de prueba y error, había logrado un confuso entendimiento. El cambio era más rápido cuando había luna llena y más lento cuando el agua estaba fría; también influía la salinidad del agua.

Si Cyria tenía conocimientos del proceso, nunca se los enseñó. Le había prohibido que nadase en el océano.

-Podrían matarte como si fueras un pez si des cubriesen tu cola. Ni siquiera te daría tiempo a gritar. O podrían capturarte y torturarte en nombre de la ciencia.

Al principio, Lass había intentado rebatir aquello, alegando que sería seguro darse un corto baño, incluso a plena luz del día, siempre y cuando saliera del agua a tiempo. Su cola tardaba al menos quince minutos en comenzar a formarse.

Pero Cyria no quiso oír hablar del tema, así que Lass nadaba en secreto y con sentimiento de culpabilidad. Lo había estado haciendo desde los catorce años, y hasta los veinte lo había hecho con mas sentimiento de desafío que de culpa. Fue tras muerte de Cyria que Lass comenzó a sentirse culpable; aquella mujer había trabajado y sacrificado mucho por la seguridad de Lass, creyendo sinceramente que el océano era demasiado peligroso

-¡Pero no puedo olvidarme de ello! -se había repetido una y otra vez a sí misma, durante los do rosos primeros días de luto por su guardiana-. Haré todo lo demás que ella me pidió: conservaré mi pelo, seré dueña de mi propio negocio y no me acercaré sentimentalmente a nadie. Tenía razón, las amistades son peligrosas. Ondina y mi madre pensaron que su amistad sería suficiente para mantener la paz en Pacífica, pero se equivocaron. Y nunca me enamoraré de un humano.

En aquel tema, tenía la prueba de que Cyria había tenido razón. Lass tuvo un novio en el instituto que, tras salir con ella unas cuantas veces, y justo cuando comenzaba a bajar la guardia, le dijo que no quería continuar porque le parecía que había algo extraño en ella.

Después de aquello, Lass rechazó otras citas y al cabo del tiempo los chicos dejaron de invitarla a salir.

-Nunca tendré un hijo porque podría convertirse en tritón. Pero a veces necesito salir a nadar porque si no, moriré…

Aun así, continuaba intentando olvidarse de ello. Le gustaba montar a caballo y caminar por los salvajes bosques australianos, y se decía a sí misma que tarde o temprano conseguiría apartarse del mar. Pero no podía y por eso Loucan, hijo del enemigo de su padre, la había encontrado…

El verano era el momento más peligroso del año. Era la estación en que Lass tenía que hacer más esfuerzos y fallaba más a menudo; el agua es taba caliente, por lo que su cola se formaba más deprisa, las playas estaban más concurridas, por lo que tenía que tener cuidado y buscar los puntos más aislados.

Hacía varias semanas que no iba a nadar, desde que comenzaron las vacaciones de verano a media dos de diciembre. Ya había pasado la Navidad y el Año Nuevo, y estaban a finales de enero. Lass se sentía a punto de explotar. De hecho, ya había saltado con Susie y Megan por trivialidades, y aquellos estallidos de mal humor no eran propios de ella. Además, una actitud alegre hacia los demás no invitaba tanto a la curiosidad y a las preguntas. Pero aquel día sabía que la presión en su interior continuaría creciendo hasta que la sofocase con la fría, salada y reparadora caricia del océano.

Era un día caluroso, y ni siquiera los grandes ventiladores que

colgaban del techo y las gruesas paredes de piedra de la casa eran capaces de mantener el ambiente fresco.

Lass cerró a las cinco como siempre, comió apresuradamente unas sobras, se trenzó el pelo, recogió el bañador y la toalla, y tomó el coche hacia el extremo norte de la playa, donde podía ocultarse entre las rocas que había al pie del acantilado si alguien se acercaba.

Cuando llegó, la playa estaba desierta y el cielo brillaba de color naranja y malva en el horizonte.

No soplaba viento, pero durante los últimos días habia habido tormentas y las olas chocaban con fuerza contra la arena, haciendo que la espuma fuese tan blanca que casi parecía iridiscente.

Los delfines estaban allí y Lass intentó nadar con ellos, pero no parecían interesados. Quizá

fuera porque su cola aún no se había formado del todo y por lo tanto, no la reconocían como una criatura del mar. O quizá fuera porque había buena pesca y comer era más importante para ellos que divertirse

Así que Lass nadó sola, utilizando su cola como si fuera una tabla de surf, lanzándose hacia delante cuando una ola la alcanzaba.

Pero de repente lo vio. Había un hombre de aspecto fuerte y atlético a unos veinte metros de distancia. Lass no se había dado cuenta de que se había estado acercando a ella; caminaba a lo largo de la orilla, mirándola a ella y a los delfines, que mar adentro nadaban de un lado a otro en busca de comida.

Apresuradamente, nadó hacia la orilla y corrió por la playa en busca de su toalla. El agua le escurría por la larga trenza y se deslizaba por su torso y sus piernas.

Cuando la transformación era inminente, se quitaba el bañador y nadaba desnuda, pero aquel día, incluso con el bañador de corte conservador, se sintió más expuesta y más vulnerable que si estuviese desnuda.

¿Por qué la observaba?

Lass se fijó en la anchura de sus hombros, en sus largos muslos y en el profundo bronceado de su piel. Aparte de aquello, sintió que tenía un aura, una presencia, que no podía describir. Y la miraba como si buscase algo.

Lass comenzó a secarse apresuradamente con la toalla. Un par de veces en el pasado, cuando no se había secado el agua de mar, la membrana se había comenzado a formar mientras estaba echada en la arena, y aunque desde cierta distancia solo parecía un serio caso de quemadura del sol, si alguien se hubiese acercado…

Y aquel hombre se estaba acercando, mirándola fijamente. ¿Qué

habría visto?

Había algo en él… era alto y fuerte, masculino de pies a cabeza, caminaba con paso largo y seguro… ¡Sus ojos! Incluso con la poca luz del atardecer, Lass pudo ver lo azules que eran, como si estuvieran llenos del mismo océano.

Llenos de océano…

Lass tuvo un breve momento de lucidez que él confirmó con una sola palabra.

-Thalassa.

Aterrorizada, sintió que el estómago le daba un vuelco, se puso de pie apresuradamente, gritó echó a correr hacia el interior, aunque no llego muy lejos; aquellas largas y fuertes piernas masculinas la alcanzaron rápidamente. El la sujetó de hombro, obligándola a darse la vuelta, y ella sintió el calor de su mano sobre su fría piel. El hombre dejó caer la mano por su brazo, deslizando los de dos hasta que estuvieron a un centímetro escaso de su pecho y Lass sintió una fuerte sensación por donde pasaron.

-No huyas, Thalassa -le dijo él con voz pro funda-. Eres tú. Lo sabía. Te vi con los delfines. Mira…

El hombre bajó la mano para señalar y ella se dio cuenta de que no se había secado bien con la toalla, o que quizá había pasado demasiado tiempo dentro del agua, porque en la cara exterior de sus mulsos había zonas escamosas que empezaban a caerse. Normalmente, su cola no era de aquella manera. Cuando se formaba del todo, era suave, brillante y de color verde plateado. Pero cuando salía del agua en el momento equivocado, como aquella tarde, las escamas eran ásperas, blancas y destacaban de una extraña manera sobre su piel.

-¿Quién eres? -le preguntó ella con voz temblorosa.

Lass vio a una pareja paseando por la orilla, acercándose a ellos a cada paso. No podía pasar corriendo por su lado, presa del pánico, porque si intentaban ayudarla no sabría qué decirles. El mar tampoco era un refugio; Lass intuía que aquel hombre se sentía más a gusto en el agua que ella. De modo que tenía que enfrentarse a él, pero aquello era algo para lo que Cyria no la había preparado.

Aquel hombre era un tritón.

Tenía que serlo, había utilizado el nombre que hacía trece años que no escuchaba. Además, se fijó en su ropa: una áspera camisa de lona de color hueso, que con soltura cubría su ancho torso, y los ajustados pantalones de piel de foca que le llegaban a mitad de la pantorrilla. La última vez que había visto aquel tipo de atuendo había sido hacía veinticinco años.

No cabía duda de que procedía del mar, pero, ¿quién era? Cyria

siempre le había dicho que su padre iría en persona a buscarlas, no que mandaría a un mensajero.

-Soy Loucan, hijo de Galen, y ahora, rey de Pacífica. Llevo mucho tiempo buscándote, Thalassa -dijo él, despejando las dudas de Lass.

-Para matarme -afirmó ella y su corazón se aceleró-. Estás aquí para matarme, ¿verdad?

-No. No soy tu enemigo.

-Pero tu padre sí lo era.

-Las cosas han cambiado en Pacífica. Estamos volviendo a unir a las dos facciones. No vengo con intención de hacerte daño.

-No te creo.

-Pues tendré que convencerte. Sé que esto debe de ser duro para ti, después de tanto tiempo. Tu padre, el rey Okeana, ha muerto. No podías haberlo sabido.

Lass tragó saliva.

Pero tampoco la sorprendía. En lo más profundo de su ser, llevaba años llorando por él, segura de que no lo volvería a ver.

-Como me has encontrado? -quiso saber, sin tiendo que el miedo y la ira se apoderaban de ella.

-Me ha llevado mucho tiempo, pero todo empezo cuando recordé tu maravilloso pelo… Antes de que él pudiese tocar su lustrosa melena, Lass se alejó de él, decidida a destruir lo que le habia llevado hasta allí. Horas más tarde, después de que él se marchara con la promesa, o la amenaza, de volver, Lass es taba en la cama con el pelo cortado, diciéndose a sí misma que ya estaba segura, pero su cuerpo aún temblaba.

Las manos de Lass temblaron mientras miraba las fotos que Loucan había dejado sobre la mesa.

La boda de Phoebe con Kevin Cartwright había sido la más formal y tradicional, pero la sencilla ceremonia de Kai con el atractivo Ben había sido tan bonita a los ojos de Lass como la de su hermana. Las dos mujeres estaban radiantes, llenas de amor y felicidad

Pero las fotos no eran suficiente. Lass quería escuchar sus voces, recuperar los veinticinco años perdidos y abrazarlas como cuando eran pequeñas. Cómo lo soportaría?

Al levantar la cabeza, se dio cuenta de que Loucan no estaba haciendo lo que le había pedido. A pesar de lo que le había contado acerca de servir mesas y atender un bar, y a pesar de su obvia inteligencia y fuerza, Lass no esperaba que fuese de gran ayuda. Parecía demasiado lleno de sí mismo para tener las habilidades prácticas necesarias.

Susie había dejado las sillas colocadas boca abajo sobre las mesas,

y Lass le había pedido a Loucan que simplemente las colocara de nuevo. Pero ya lo había hecho y en aquel momento estaba poniendo las mesas, con los rápidos y profesionales movimientos de alguien que tenía práctica en aquel trabajo.

Sus grandes manos se movían con rapidez, colocando la sal, la pimienta y el azúcar. La escena resultaba incongruente, pero no parecía molestarlo. Evidentemente, no se preocupaba demasiado por su imagen al tener una meta más alta en mente. Sin poder evitarlo, a Lass la intrigó lo que aquello decía sobre el hombre que en aquel momento reinaba en su ancestral hogar,

Al inclinarse sobre las mesas, los vaqueros se ajustaron contra su trasero, resaltando su compacta y musculosa forma, y las mangas de su camiseta se apretaron alrededor de sus fuertes brazos. Al mirarlo, algo en el interior de Lass se removió, haciéndola sentirse incómoda, así que rápidamente volvió a centrar su atención en las fotos.

Loucan no se detuvo ni levantó la mirada, pero debió de sentir que ella le había estado mirando.

-Las dos se han casado con hombres buenos -le dijo él-. Hombres que las merecen, Lass. Cuando las veas, te darás cuenta de que son felices.

-Sí, claro que lo son…

-Saegar pasó una dura infancia. Bali, su guardián, lo mantuvo aislado y nunca estuvo en tierra hasta que conoció a Beth; su padre lo capturó y planeaba hacerlo público. Afortunadamente no ocurrió. y cuando Saegar se enamoró de Beth, tomó la decisión de perder su condición de criatura del mar.

—Nunca la recuperará -añadió ella.

Saegar era un maldito entre la gente del mar, y la decisión de sacrificar su condición por su nuevo amor era irreversible. Lass pensó que debía de amar profundamente a su esposa para haberlo hecho y sintió que se le encogía el corazón; la idea de tomar una decisión de aquel calibre la asustaba. En su propia vida no había sitio para un cambio tan dramatico. No había sitio para el amor.

Cyria la había convencido de aquello y Lass era feliz- Se sentía segura y quería quedarse donde estaba.

-Han decidido…? -comenzó a decir ella pero se interrumpió.

Su voz era entrecortada y apenas audible, así que se aclaró la garganta antes de continuar. - Han decidido dónde van a vivir? Si se han casado con humanos, no volverán a Pacífica, ¿ver dad? ¿Incluso si la paz se restaura?

- No. Todos tienen ganas de hacer una visita dentro de poco, pero no es lo mismo.

Lass esperaba que él le diera más importancia al asunto, pero no lo hizo.

Loocan estaba de espaldas a ella, poniendo la ultima mesa y Lass no pudo ver su expresión, pero sabía que él no había ido hasta allí solo para hablarle de sus hermanos. Quería algo de ella, ya se lo había dicho, y el instinto le decía que temiese lo que pudiera ser.

Pero resultaba obvio que Loucan no quería hablar de ello aún.

-Ya he terminado aquí. Dime qué quieres que haga en la cocina y en la galería.

-En la galería no hay que hacer nada. Está todo preparado.

-Me gustan algunas de las cosas que vi cuando pasamos por allí -le dijo él mientras la seguía hasta la cocina-. Sobre todo algunos de los cuadros de paisajes marinos.

«También son mis favoritos», pensó ella. -Tengo a un grupo de pintores y artesanos que exhiben y venden sus cosas a través de la galería -le explicó-. Y un almacén en la parte de atrás donde los clientes pueden ver todo lo que hay. El salón de té da mucho trabajo, pero necesito ambas cosas para mantener el negocio a note. La gente que se detiene a ver los cuadros, después se queda a comer, o viceversa. Como no estoy en la carretera principal, no suelo tener grandes grupos de clientes, así que no estoy haciendo una fortuna, pero soy muy feliz. «Y me quedo», añadió mentalmente.

-¿No te sientes sola?

-¿Con tanta gente como pasa por aquí a lo largo del día?

Aquello no era una respuesta y ambos lo sabían pero Lass no estaba dispuesta a que él cuestionase las decisiones que había tomado a lo largo de su vida. Habían sido necesarias considerando quién y qué era.

Una criatura del mar, igual que él.

Sin embargo, él parecía encontrarse bastante cómodo en tierra. Loucan no había desarrollado las mismas barreras de defensa que ella, la misma compleja telaraña de miedo y nostalgia hacia el mundo submarino y el mismo instinto de mantenerse apartado de los humanos, entre los cuales habia vivido tanto tiempo.

«El no vio morir a su madre».

-Bien. Ahora toca hacer las ensaladas -dijo Loucan mientras abría la nevera y sacaba los ingredientes-. Supongo que preparas el relleno de las quiches y el hojaldre por adelantado, ¿verdad? Y hoy vas a preparar un plato especial de pasta, ¿no es así?

-¿Cómo…?

-Leí el menú en la pizarra mientras colocaba las sillas -le aclaró él, antes de continuar-. ¿Y los postres?

-Los pasteles los trae una mujer de la zona que los hace para mí. Yo preparo los bollos, que tengo que poner en el horno dentro de poco, monto la nata…

Lass se interrumpió al ver la seria expresión de Loucan.

-Te estoy aburriendo, ¿verdad? -dijo ella, preguntándose a sí misma por qué se había puesto a hablar sin parar.

Loucan se rio.

-Pues espera a que te hable de mi pasado como comercial. ¡Eso sí que es aburrido! -exclamó él-. me gusta. Me recuerda a… bueno, a los buenos tiempos que pasé en América con una persona a la que quería mucho.

-No lo hagas.

-¿El qué?

Loucan continuó troceando los pimientos ver des y los champiñones, mientras ella mezclaba los ingredientes para la masa de los bollos.

-No intentes actuar como si fuésemos amigos -dijo ella finalmente-. No intentes llegar hasta mí de esa manera.

Lass soltó el bol que tenía entre las manos y cruzó la cocina hacia el equipo de música, lo encendió e inmediatamente comenzó a sonar la música del programa de radio favorito de Susie. A Lass le daba igual qué tipo de música fuese con tal de que rompiese aquella falsa atmósfera de amistad.

-¿Es eso lo que creías que estaba haciendo?-preguntó Loucan-. ¿Intentar llegar hasta ti?

-Sí. ¿Acaso no es cierto?

-No soy un manipulador, Thalassa. Nunca intento llegar a las personas a través de la adulación y las mentiras.

Loucan mantenía la cabeza elevada en un ángulo orgulloso. Su morena piel era increíblemente suave, teniendo en cuenta que ya debía de haber cumplido los cuarenta. Era un hombre capaz, en la flor de la vida y Lass se sintió avergonzada de haberlo tratado como a una colegiala embustera.

-¿De verdad? -preguntó ella débilmente, al tiempo que se sonrojaba.

-Persigo las cosas que me interesan –continuó él-, pero lo hago abiertamente. Ya te he dicho que hablaremos al final del día, y estoy seguro de que las cosas volverán a ponerse tensas.

-¡De eso puedes estar seguro!

-Sé que no quieres que esto ocurra, así que,¿por qué no disfrutar de nuestra compañía por

ahora?

-Ya… ya hablaremos -dijo ella, sintiéndose incomoda.

Sin embargo, al poco tiempo, el alegre ritmo de una canción en la radio la devolvió a la rutina y Lass se relajó.

De vez en cuando, Loucan necesitaba que Lass le dijera qué hacer, pero el resto del tiempo ella lo ignoró. Normalmente, Susie, Megan y ella charla las sobre los acontecimientos de la zona y los que haceres de sus respectivas familias. Susie y Megan solían ser las que más hablaban, mientras que Lass se limitaba a hacer preguntas para mantener la conversación fluida. Aquella era una de las cosas que le gustaban de las dos hermanas, la fluidez de su conversación, que no la obligaba a hablar demasiado sobre sí misma. Con ellas se sentía segura. Pero Loucan no era una compañía tan tranquila.

–¿A qué hora suelen llegar los primeros clientes?- le preguntó él sobre las diez menos cuarto.

-Sobre esta hora.

-Si te parece bien, yo serviré las mesas mientras tú te encargas de todo aquí dentro.

-De acuerdo.

Si es que se presentaba alguien, pensó ella, aun que contaba con que la clientela fluiría a lo largo de toda la mañana, y como la música, aumentaría la distancia que tanto necesitaba poner entre ellos. Lass pensó que sería irónico que aquel día resultase ser uno de aquellos en que, sin razón aparente, no aparecía casi nadie.

A Lass no le gustaba ser tan consciente de la presencia de Loucan, e intentó convencerse a sí misma de que únicamente era en defensa propia, pero en el fondo sabía que era mucho más que aquello.

Loucan era un tritón y hacía veinticinco años que no veía a uno. Durante los últimos quince años, nunca se había permitido a sí misma enamorarse de un humano. Su torpe intento de mantener una relación cuando estuvo en el instituto la había convencido de que Cyria tenía razón en aquel tema; físicamente, Gordon y ella nunca llegaron más allá de unos besos poco satisfactorios.

Pero Loucan era un tritón, y pensó que esa era la razón por la que se sentía de aquella manera. Era consciente de dónde estaba él en cada momento; era consciente de su propio cuerpo, de sus exuberantes curvas, de su peso y su forma y de cómo se movía, y de la sensibilidad de su piel.

Durante los días que seguían a sus escapadas al mar, siempre se sentía más sensible, como si ansiara algo. Durante años, no había sido capaz de darle nombre, pero de repente supo qué era: ansiaba sentir el tacto de un hombre, deseaba experimentar lo que se sentía al hacer el amor. Aquellas eran emociones que solo había podido imaginar o

sobre las que había leído. Cyria le había dicho que aquello no debía ocurrir con un humano y siempre le bahía dado a entender que algún día, cuando el rey Okeana fuese a buscarlas para volver a Pacífica. Lass encontraría a alguien a quien pudiese entregar su corazón.

Inconscientemente, lo había creído y lo había estado esperando.

Y Loucan era una criatura del mar, pero también era el hijo del enemigo de su padre. Había sido por culpa de Galen y la escalada de violencia, que su padre había tenido que enviar secretamente a sus hijos lejos de allí, cada uno con un guardián distinto y cada uno a una parte diferente del mundo. Y había sido por culpa de Galen que su madre había muerto.

Lass sintió que el estómago le daba un vuelco.

«¿En qué estoy pensando»?, se dijo a sí misma. «¿Qué clase de truco me está jugando mi propio cuerpo? No puedo desearlo, ni siquiera sé para qué has venido realmente. El instinto de confiar en él podría venir de… de esta frustración que siento, porque él es un tritón y yo quiero… ¡Dios mío! ¿Cuanto se equivocó Cyria al decirme que viviese mi vida de esta manera».

Capítulo 3

-Es así a menudo? -preguntó Loucan.

-No, afortunadamente -contestó ella mientras se pasaba la mano por el pelo.

Fue un gesto nervioso, como si aún esperase que sus dedos quedaran enredados en los largos mechones de pelo, que hasta hace poco le llegaban hasta las caderas; como si no pudiera habituarse al cambio.

Parecía cansada y a Loucan no lo sorprendía. Eran casi las seis y media.

La cocina estaba impecable y las sillas estaban colocadas encima de las mesas. Él acababa de terminar de aspirar el suelo de la galería, mientras que Lass aún estaba barriendo el salón de té. No habían tenido un solo cliente hasta el mediodía, cuando, con solo dos minutos de diferencia entre uno y otro, tres coches habían llegado. Después de aquello, no habían parado en todo el día. Lass había trabajado sin parar, sirviendo las mesas, entrando y saliendo de la cocina y cobrando a los clientes, mientras que Loucan había estado sirviendo mesas y lavando platos. También había vendido dos cuadros de paisajes marinos y un jarron, muy feo y grande. De hecho, él todavía no se lo había dicho.

-¿Vendiste eso? -preguntó ella con los ojos abierto de par en par-. ¿El verde…? ¿El jarrón grande…?

-Sí, ese mismo.

-¡Menos mal! Creí que nunca me desharía de ellos.

Aquello contribuyó a relajar la tensión existente entre ellos, aunque habían logrado dejarla de lado desde el mediodía. Ella se apoyó en el palo de la escoba. Sus manos temblaron un poco y de repente pareció sentirse nerviosa y mareada, como si habiendo sobrepasado el límite del cansancio, estuviera aguantando sola mente por los nervios. Loucan pensó que no habría dormido bien desde la noche anterior y se sintió culpable. Aun que de todos modos, tampoco sabía cómo podría haber suavizado su repentina aparición en la vida de Lass.

-Lo dejaron cuando cerró una exposición que salió muy bien -dijo ella-, y el artista ya no vive en la zona. ¿Cómo conseguiste…?

-Hipnosis -contestó él seriamente.

Hubo un momento de silencio y entonces ella se echó a reír. El sonido fue un gorgorito musical y surgió desde lo más profundo de su interior. Aquella era la primera vez que él la veía hacerlo, y ella parecía sorprendida de que hubiera sucedido. Loucan tuvo la

sensación de que quizá Lass no se riera muy a menudo. Estaba seguro de que pasaba demasiado tiempo sola. En aquel momento, tenía la cara iluminada y sus ojos parecían más verdes que nunca.

Lass balanceó el palo de la escoba de una mano a otra, mientras que su cuerpo seguía la misma cadencia rítmica.

-Estoy tan cansada que casi te creo. Ella se rió de nuevo, pero en aquella ocasión fue más natural.

-No. En serio -dijo él-. Simplemente le di la razón a la clienta cuando comenzó a hablar de su forma lírica y de la profundidad del brillo del jarrón.

-¿De verdad? Te estoy muy agradecida -dijo al tiempo que se apartaba el pelo de la frente.

Para que ella no tuviera tiempo de lamentarse de haber dicho aquello, él continuó hablando.

-¿Has terminado?

Lass miró vagamente el suelo.

-Probablemente. He perdido la pista de dónde empecé.

-Está inmaculado. Deberías cerrar y comer algo; los dos deberíamos comer. Hay quiche, ensalada, pasta y bollos mohosos. ¿Qué te parece?

-Ya están empaquetados en una cesta en la cocina.

-¿Siempre te alimentas de los restos del salón de té?

-No. Algunas veces complazco a los cerdos de la zona -dijo ella sonriendo.

De nuevo, aquella sonrisa lo afectó de tal manera que quiso volver a verla feliz más a me lado.

-Pero no esta noche -añadió ella-. Nos come remos las sobras porque estoy demasiado cansada para ir a la ciudad y porque los restaurantes que sirven comida a domicilio no vienen hasta aquí.

Terminó con su pequeño ritual de cerrarlo todo y ambos caminaron hacia la casa en silencio hasta que él oyó un ronco agradecimiento:

-Gracias. Por lo de hoy; no habría podido arreglarmelas yo sola. Sé… que tú quieres algo de mí. Has sido sincero, pero no hacía falta que trabajaras hasta quedar exhausto para conseguirlo.

-Lo sé -contestó él-. Pero mi ayuda ha sido desinteresada.

-Ya lo sé. Esa es la razón por la que escucharé lo que tengas que decirme.

-Pero no esta noche.

-Sí. Quiero oírlo esta noche. Si no, hoy tampoco dormiré y lo necesito. Estoy exhausta. Tengo preguntas que hacerte, Loucan.

-Dispara -le invitó él.

- Cómo es posible que te encuentres tan a gusto en tierra?

Lass no estaba segura de por qué aquella era la pregunta número uno en su lista, pero después de haber pasado el día entero con él, así era. A sus ojos la noche anterior él le había parecido toda una criatura del mar: su ropa, su suave y morena piel hidratada por el agua de mar, la cual era mucho mejor que ninguna cara crema o loción; la forma en la que él parecía formar parte del paisaje de agua y arena, su olor a brisa marina y a sal…

Aquel día sin embargo, Loucan parecía sentirse más a gusto entre los hombres que ella, aunque ella hubiera pasado la mayor parte de su vida entre los humanos. Lass no pudo creer lo que le oyó decir en el salón de té a los primeros clientes:

-Hola, me llamo Luke y hoy seré vuestro camarero.

Lo había dicho con un suave acento americano, cuando la mayoría de la gente del mar hablaba un inglés anticuado, casi como los piratas, ya que habían aprendido la lengua de los marineros ingleses en los días en los que Gran Bretaña dominaba los mares. Un lenguaje que era casi obsoleto hasta para ella.

«¿Así que los reyes sirven mesas hoy en día?», pensó Lass. Él actuaba como un rey. aunque ella dudaba de que Loucan fuera consciente de aquel hecho; casi todos los clientes a los que había atendido tanto en el salón de té como en la galería, habían caído rendidos a sus pies. Su encanto natural, su inteligencia y su vasto conocimiento sobre arte los habían encandilado. Pero, ¿por qué sabía tanto?

-Dejé Pacífica, ¿recuerdas? -dijo él-. Más o menos un año antes que tú.

-No. Mis recuerdos de aquel tiempo son confusos -dijo ella mientras pensaba en los sombríos acontecimientos de aquella época.

-No me sorprende, solo tenías ocho años.

Loucan no sabía qué había visto Lass, y ella no encontraba las palabras para explicárselo. Hizo un esfuerzo por reprimir aquellos recuerdos y enterrarlos en lo más profundo de su mente.

Lo guió hacia el interior de la casa, a través de la puerta trasera que daba a la cocina.

-¿Quieres darte una ducha antes? -le ofreció

—No. Estoy bien.

-Entonces continúa. ¿Así que te marchaste? Solo tendrías…

-Catorce años -contestó él-. No fue exactamente una huida del hogar paterno, pero casi. Les dije a mis padres que me marchaba. No se alegra ron pero tampoco les dejé otra opción; simple mente me fui.

Lass sacó dos cervezas de la nevera y le ofreció una; Loucan asintió

con la cabeza y la aceptó. Las abrieron. y después de dar un trago a la suya, Lass metió las sobras de la comida en el microondas.

-¿Por qué era tan importante marcharte? –le preguntó ella.

-Porque no podía soportar lo que estaba sucediendo en Pacífica. Los bandos que se estaban formando; tus padres en uno y los míos en el otro.

-¿Y tú de qué lado estabas? -le preguntó, pero inmediatamente supo que había sido del de Galen. ¿Por qué se molestaba en preguntarle? ¿Por qué estaba él en su cocina, bebiéndose su cerveza? La madre de Lass había sido asesinada a manos de uno de los hombres de Galen.

-Pensaba que ambas facciones eran muy peligrosas y que estaban completamente equivocadas -dijo él, con tanta fuerza y sinceridad, que Lass no pudo objetar-. Odiaba a Joran y estaba profundamente enfadado con tu padre por escucharlo, y pensaba que mis propios padres eran estúpidos e ingenuos -añadió-. ¡Querían declarar la existencia de Pacífica al mundo! Ellos no sabían nada acerca del mundo; tampoco tu padre o Joran, ni ninguna de las personas que hablaban sobre la supuesta superioridad de la gente del mar sobre los humanos, o sobre cómo los utilizaban para sus necesidades -declaró-. Nada de todo aquello tenía sentido porque nadie sabía nada del mundo exterior. La gente del mar siempre ha vivido oculta, a excepción de algunas almas aventureras que solamente trajeron retazos de conocimientos e historias exageradas. Tanto las ideas de tu padre como las creencias del mío estaban basadas en la imaginación y en teorías especulativas. Yo quería conocer y saber, así que me fui; fue como una misión de reconocimiento, pero que duró diez años.

-¡Pero solamente eras un niño, Loucan!

-Yo era grande y fuerte, incluso entre los adultos, y maduré con rapidez. Durante los primeros dos años no pasaba mucho tiempo en tierra. Me lo tomé con tranquilidad.

-Cuando asesinaron a mi madre, poco después de que te marcharas…

-Yo estaba nadando con una escuela de ballenas -la interrumpió él-. No supe nada acerca de la muerte de Wailele ni del estallido de violencia en Pacífica hasta nueve años más tarde. ¿Eso te sirve, Lass?

-Sí, supongo que sí -dijo ella-. Si es cierto.

-¿Por qué no iba a serlo? ¿Qué gano yo mintiéndote? Llevamos horas los dos solos; si hubiese querido hacerte daño, Lass, ¿no crees que habría tenido oportunidades de sobra?

-Hay muchas formas de hacer daño, y tú me lo has hecho solo con venir aquí.

Lass sintió que se le formaba un nudo en la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo por controlarse.

-¿De verdad?

-Yo me sentía segura, era feliz, no sabía lo mucho que necesitaba… -dijo y se interrumpió.

«Lo mucho que necesitaba eso para lo que nunca he tenido nombre hasta ahora».

Lass apenas podía mirarlo sin preguntarse cómo se sentiría entre sus brazos.

Los dos eran criaturas del mar. Aquello le rebatía todas las excusas que se había dado a sí misma a lo largo de los años para no enamorarse de un hombre, y la hacía enfrentarse a todos los vacíos que había en su vida.

-¿Por qué estabas vestido con la ropa de la gente del mar la otra noche? -preguntó Lass, en un desesperado intento por no perder el control.

-Porque esperaba que te ayudase a aceptar quién era yo.

-¿Cómo sabías que me encontrarías esa noche?

-No lo sabía. He llevado esa ropa muchas veces; me he pasado semanas recorriendo las costas de arriba abajo, buscándote.

-¿En coche?

-No. Tengo un barco que está amarrado en Condys Bay. Se llama Ondina, en honor a mi madre.

Condys Bay estaba a unos quince minutos en coche desde allí.

-¿Así que te has dedicado a recorrer la costa, esperando encontrarte con una sirena de pelo rojo?

-He estado hablando con gente, contándoles diferentes historias, y algunas veces he caminado por la playa por si veía a los delfines.

Lass sabía cuál era la historia que lo había llevado hasta allí. La que le había contado a su peluquera acerca de ser un fotógrafo en busca de una modelo con el pelo largo y rojo, para tomar instantáneas junto a los delfines.

Judy había estado encantada de poder conversar con un hombre tan guapo, y aunque no le había dado la dirección ni el teléfono de Lass, sin darse cuenta le había dado los suficientes detalles para que él la encontrase.

-Me dijiste que eras un hombre sincero -dijo Lass-. Pero le mentiste a Judy.

-¿Y qué querías que le dijera? ¿Que creo que una de sus clientas es la sirena que ando buscando? Eso es lo que algún día me gustaría poder hacer, decirle al mundo quienes somos, pero hay que hacerlo bien.

-¿Cómo?

Loucan extendió los brazos.

-Estoy trabajando en ello. Primero hay que terminar con la polarización que hace que la mitad de Pacífica desprecie a los humanos y la otra mitad piense que son el paradigma de todo lo bueno.

Lass tosió.

-¡Hasta que pasas un tiempo…!

-Exactamente -la interrumpió-. Una vez que has experimentado la vida aquí y te das cuenta de que los humanos son igual de complejos que la gente del mar, que hay un bien y un mal, tanto aquí como bajo el agua. Y tú tienes ese conocimiento. ¿No te das cuenta de lo afortunada que eres?

-¡No! -exclamó Lass, y comenzó a caminar de un lado a otro de la cocina-. ¡Debería de habérmelo imaginado! Tendría que haberme dado cuenta de que era eso lo que quieres. ¡No voy a volver, Loucan!

¡Maldición! Loucan se dio cuenta de que era culpa suya; había permitido que la impaciencia le nublara el juicio. Se había mostrado demasiado pronto y Lass había atado cabos. La había subestimado.

-No quiero que tomes una decisión ahora mismo, Lass -le dijo con calma.

-¡Pues te la voy a dar! -exclamó ella, y sus ver des ojos brillaron furiosos-. ¡No volveré a Pacífica! Toma tu plato de pasta, que se va a enfriar, y vamos a comer porque estoy cansada. Después quiero telefonear a mis hermanos y luego quiero que te marches.

-Esto no ha terminado, Lass.

-¿Me estás amenazando? ¿Es que vas a secuestrarme?

-Si es necesario -dijo él entre dientes.

Lass se puso blanca y se llevó la mano al cuello.

Al verla, Loucan sintió que el corazón le daba un vuelco,

-¡No hablaba en serio! -le dijo-. Solo necesitamos más tiempo.

-¡No lo necesitamos!

-Y no quiero que me eches aún. Necesito algo más de ti.

-¿Qué más quieres de mí? ¿Por qué quieres que vuelva al sitio donde siempre he creído que me matarían si no volvía con la protección de mi padre?

-Cyria te ha asustado demasiado.

-No es solo Cyria.

-¿Entonces qué es?

Lass movió la cabeza.

-Estoy demasiado cansada para esto esta noche.

-Pues lo dejaremos -dijo él, ocultando su frustración-. He sido

demasiado impaciente y me doy cuenta de ello. Ahora telefonearemos a tus hermanos y después me marcharé. Pero mañana estaré de vuelta.

Tras colgar el auricular, después de hablar con sus hermanos, Lass pareció derrumbarse y se echó a llorar.

Loucan no había pretendido abrazarla, simple mentesucedió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

-Cálmate, Lass.

Le acarició la cabeza y la arrulló como a un niño, pero ella no se tranquilizó y él pudo sentir la tensión en todo su cuerpo; le clavó las uñas con fuerza en su espalda y enterró la cabeza en su hombro.

-Estás al final de tus fuerzas, ¿verdad? -susurró él-. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Continuó acariciándole la cabeza y por fin notó que empezaba a relajarse.

Hacía mucho tiempo que una mujer no buscaba su consuelo de aquella manera, y hacía mucho tiempo que él no se permitía a sí mismo darlo. Instintivamente, Loucan le dio un beso en la frente.

Ella emitió un pequeño sonido y al principio él creyó que había sido un sollozo o una protesta, pero enseguida se dio cuenta de que no era así. No necesitaba palabras de consuelo, ni dormir. Necesitaba aquello.

Loucan le levantó la cara hacia él y la besó en la boca; ella hizo otro ruido y entreabrió los labios, al tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos. Él la estrechó contra su cuerpo; se sentía conmovido por aquella demostración de deseo. Pero tenía el vientre apretado contra su erección y sin embargo no parecía consciente de ello.

Aquello no podía ser posible. ¿Podía ser aún tan inocente?

Loucan decidió comprobarlo. La sujetó de las caderas y se apretó un poco más contra ella, al tiempo que continuaba besándola, acariciando sus labios con la lengua.

Ella respondió inmediatamente, profundizando el beso y enredando los dedos entre su pelo, pero siguió sin dar señales de ser consciente de su excitación.

Durante un rato, Lass continuó absorta en el beso. Él podía sentir sus pechos contra su torso y sintió la tentación de agachar la cabeza para tomar los con su boca; pero se resistió y comenzó a mover las caderas de un lado a otro, formando un pequeño arco.

De repente, ella se quedó quieta y después se tensó. Por fin se había dado cuenta del significado de la fuerte presión sobre su vientre.

Se apartó del contacto de su boca, miró hacia abajo y después lo miró a la cara con los ojos abiertos de par en par; sus pupilas estaban dilatadas y respiraba entrecortadamente.

Loucan tampoco sabía qué era lo que había esperado de ella; quizá otro beso, más largo y más apasionado que el primero. O quizá una disculpa.

En vez de eso, Lass se liberó de sus brazos y, sin decir una palabra, se apartó de él, llevándose una mano al cuello como si no pudiese respirar.

-Lass…

-Por favor, márchate.

-Así no.

-Sí. Yo no quiero esto. No puedo hacerlo.

Lass se dio la vuelta y salió corriendo de la cocina. Un instante más tarde, Loucan escuchó un portazo al final del pasillo.

De pie en su habitación, a oscuras, Lass observó cómo se alejaba el coche de Loucan.

-¡Debe de pensar que estoy loca! -murmuró-. ¿Por qué he reaccionado así? ¡Soy una estúpida!

Una estúpida por haber dejado que él viera lo mucho que la había afectado su erección.

¿Pero por qué la había afectado tanto?

Lass podía pensar en muchas razones.

La había sorprendido el que él se sintiera atraído por ella. Para ella, era un despertar que hacía tiempo que esperaba.

Se dijo a sí misma una y otra vez que era por el hecho de ser sirena; se dijo que no tenía nada que ver con la química o la personalidad, ni con él, Loucan. Sin embargo, se había empezado a con vencer de que se debía a la fuerza con la que había encerrado a su propia sensualidad durante toda su vida adulta.

Pero eso no podía ser, porque él también lo había sentido…

También la había sorprendido que hubiese tardado tanto en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. ¡Había estado tan absorta en el beso! Incluso en aquel momento el recuerdo era poderoso.

Finalmente, se había sentido excitada y asustada al mismo tiempo. Había deseado continuar y llegar más lejos, pero la aterrorizaba aquel grado de intimidad.

Nadie debería ser tan inexperto a los treinta y tres años.

-¿Qué me he hecho a mí misma? -susurró.

No sería justo culpar a Cyria. Y tampoco podía echarle la culpa al horror que presenció cuando tenía ocho años.

Lass había tomado sus propias decisiones, tomando lo que la vida le ofrecía. Pero no sabía

cómo manejar aquello y se preguntó si Loucan pensaría que podría conseguir de ella todo lo que quisiera.

La asustaba pensar que él volvería al día siguiente.

Capítulo 4

Me imaginaba que estarías aquí -dijo Loucan. Aunque eran las siete de la mañana, Lass ya estaba con los caballos. Había escuchado el ruido de la puerta del coche de Loucan, de manera que estaba preparada para su llegada, aunque no para el efecto que él provocaba sobre sus sentidos. Sintió que su corazón comenzaba a latir con rapidez al ver que él se acercaba; sus percepciones se agudizaron y el tiempo pareció detenerse.

Se había fijado en la forma en que su cuerpo se movía bajo sus vaqueros y la camisa azul; había observado los oscuros reflejos dorados que el sol resaltaba en su pelo, que como siempre se había recogido en una trenza. Lass de repente estuvo segura de que aquel hombre era el descendiente lejano de algún pirata.

-A estas horas, algunos días me habrías encontrado en la cama, Loucan -contestó ella.

Lass sintió que el estómago le daba un vuelco. ¡Menuda respuesta! ¿Pensaría él que había sido una sugerencia deliberada?

Odiaba reaccionar de aquella manera, pero cuando se trataba de él, siempre estaba con los nervios de punta. El recuerdo del profundo beso que habían compartido y la angustiosa falta de certeza acerca de su propia reacción hacia él habían ensombrecido la alegría de haber encontrado a sus hermanos. Sin embargo, se sintió aliviada al ver que él contestaba con tranquilidad a sus últimas palabras:

-Me desperté temprano; siempre lo hago cuando duermo en el barco. Hay marea alta esta mañana, y es espectacular. Estuve nadando durante una hora, mientras amanecía, viendo cómo rompían las olas contra la playa y las rocas. Hay una pequeña isla al sur de Seaview.

-Es la isla Mullaby, al final de Possum Point -le dijo Lass, que la conocía bien.

Lo que él acababa de describir lo había hecho ella misma muchas veces, desnuda, ya que cuando se transformaba en sirena tenía que quitarse el bañador. Lass pensó que Loucan también se habría bañado desnudo, y se imaginó su elegante y fuerte cuerpo y su piel, bronceada como la canela.

-Estuve nadando mientras salían los primeros rayos de luz y me sentí como si estuviese en el cielo.

-Hoy preferiría montar a caballo -afirmó ella, y se volvió a dar de comer a los caballos, que coceaban impacientes.

Estaba segura de que Loucan lo estaba haciendo a propósito. Estaba utilizando el poder de su nostalgia por el mar para romper sus defensas y hacerle recordar todo lo que tenían en común.

Lass estaba convencida de que no serviría y solo podía esperar que Loucan no fuera consciente de la creciente necesidad que sentía por él.

-¿Tienes un caballo para mí? -preguntó Loucan.

-¿Sabes montar?

-Hubo un tiempo en que solía hacerlo.

-Estos caballos son bastante bravos -le avisó ella.

Además del suyo propio, que se llamaba Wi lloughby, tenía otros cuatro caballos a los que alimentaba y cuidaba a cambio de un pequeño salario. El dueño de Milo estaba fuera y Lass tenía que sacarlo de vez en cuando; desgraciadamente, era grande y joven, y el más bravo de todos.

-Déjame probar -dijo Loucan, y Lass vio que sus ojos brillaban.

Sintió que su corazón se hundía. ¿Realmente había pensado que podría ahuyentarlo con la amenaza de un caballo bravo? Loucan estaba hecho para mandar, y un caballo lo respetaría tanto como un ser humano.

Pero Lass intentó disuadirlo una vez más:

-Tendrás hambre después de haber estado nadando tanto tiempo. ¿No quieres comer?

-Ya veo que has traído un picnic contigo -dijo él, señalando la mochila que llevaba a la espalda y en la que había un termo con café y dos sandwiches.

-Yo tendré hambre dentro de poco. No creo que haya suficiente para los dos -dijo ella.

-Pues mientras tú ensillas a los caballos, yo iré a la cocina a por algo más para comer. No sigas -añadió en voz baja.

Lass sintió que se le ponía el vello de punta.

-¿A qué te refieres?

¿Es que la había leído los pensamientos? ¿O solo su lenguaje corporal? Era tan consciente de él que el corazón le latía con fuerza y las rodillas le temblaban. Captó su aroma a jabón y agua de mar y se fijó en su cara, recién afeitada. Deseaba alargar la mano para acariciársela y averiguar si su piel era tan suave como parecía.

Estaba decidida a no permitirle apreciar su reac ción hacia él, pero con aquella tonta lucha no lo iba a conseguir.

-No importa. No me contestes -añadió ella-. De acuerdo, trae algo más de comida y vamos a montar. Trae lo que quieras, fruta, queso o galletas. Yo llevo sandwiches, café y un poco de pastel de chocolate que sobró de ayer.

-¿Pastel de chocolate? Sí, tienes razón. Tengo hambre -dijo él.

Lass no pudo evitar reírse. Normalmente no se reía con tanta facilidad y tampoco había sido un chiste gracioso, pero Loucan tenía

la habilidad de hacerla reír. También la había hecho llorar en más de una ocasión. Desde que se habían vuelto a encontrar, sentía que todas sus emociones estaban a flor de piel, y aunque podía pensar en muchas razones para ello, sabía cuál era la verdadera.

El despertar de su cuerpo, tanto tiempo ansiado y no deseado a la vez. La asustaba al tiempo que la seducía, y hacía que su corazón y su estómago se comportaran de manera extraña.

Mientras él estaba en la cocina buscando la comida, Lass ensilló a Willoughby y a Milo y soltó a los demás caballos para que pastaran.

No había ni una sola nube en el cielo y los caballos parecían apreciar aquel hecho tanto como las personas. Willoughby resopló y Milo movió la cola de un lado a otro al tiempo que movía las orejas.

Lass agradeció el rato que estuvo a solas con los caballos. Se encontraba a gusto con ellos; le dieron fuerza, como siempre lo habían hecho, recordándole que no solo era una prisionera de su herencia y de su pasado. Había más en ella que todo aquello, mucho más que su habitual inocencia y su atormentada relación con el mar.

Cuando Loucan salió de la casa, Lass ya estaba montada en su caballo, guiando a Milo hacia la puerta de la cocina.

-Todo listo -dijo él, que llevaba otra mochila a la espalda y algo arrugado en la mano-. ¿Puedo ponerme este gorro? -le preguntó, mostrándole lo que tenía en la mano.

-Claro. ¿Por qué no?

Loucan se lo puso y subió al caballo. El animal removió las pezuñas un par de veces y después se tranquilizó, como si reconociera las experimenta das manos que sujetaban las riendas.

-¿Hacia dónde vamos? -preguntó él.

-Cruzaremos la pradera y tomaremos una de las sendas del bosque que lleva al riachuelo. Me gusta detenerme allí y… bueno, escuchar a los pájaros y el sonido del agua. Aunque no tiene nada que ver con el mar -añadió y se dio cuenta de que parecía demasiado a la defensiva-. El mar ruge y el riachuelo gorgotea por encima de las piedras. No es tan dramático, pero es más musical. Quizá tengamos suerte y oigamos a unos pájaros que cantan como si se estuvieran riendo.

-Me parece bien -dijo él-. Me encanta cómo huele el aire por aquí.

-Es por los eucaliptos. Las hojas desprenden parte del aceite en el aire. He oído que eso es lo que hace que el cielo sea tan azul por aquí. El aceite intensifica el color.

-Es cierto. Nunca había visto un cielo tan azul.

Montaron en silencio hasta que atravesaron la verja. Lass se bajó del caballo para abrirla y Loucan guió a Willoughby con destreza.

-Has debido de montar mucho en su momento -dijo ella, casi en

tono acusatorio.

-Mientras estuve casado. Mi esposa era la hija de un ranchero de Arizona -contestó él.

-¿Estuviste casado?

-Nos divorciamos hace mucho tiempo -le aclaró-. Hace unos diecisiete años que no monto a caballo, pero durante un par de años lo hice casi a diario y llegó a gustarme. Era una de las pocas co sas que me producían satisfacción fuera del mar.

-Dime qué más quieres de mí, Loucan -suplicó ella repentinamente-. Es demasiado duro esperar a que tú me lo digas; no soporto la forma en que continuamente hablas del mar. Quieres que vuelva a Pacífica y ya te he dicho que no… quiero -dijo, aunque estuvo a punto de decir que no podía-. ¿Qué es tan importante para mantenerte alejado de

allí, cuando me has dicho que la situación aún no es estable?

Él la miró fijamente por un momento.

-De acuerdo. Tienes razón; ha llegado el momento de decirlo y es algo bastante sencillo. Quiero tu parte de la llave. Pensaba que ya lo habrías adivinado.

-¿Qué llave?

-Me he fijado en que no la llevas encima, pero sí cuando te marchaste de Pacífica. Debes de te nerla en alguna parte; Okeana te la colgó de un collar y Cyria no habría permitido que la perdieras.

Lass frunció el ceño.

-Nunca he tenido una llave de Pacífica. Ni un collar.

-Okeana quería que la llevaras siempre -insistió Loucan, que sentía que no podía pensar con claridad aquella mañana.

Quizá fuera por el aroma del eucalipto en el aire. O quizá no.

Desde que había encontrado a Lass no había podido dormir bien por las noches. Estaba impaciente por volver a Pacífica, pero cuando se dio cuenta de que tendría que hacer las cosas con calma, sintió que comenzaba a ponerse nervioso.

-Pero no la tengo -dijo Lass-. No sé nada acerca de una llave de Pacífica.

Su inexpresiva cara lo desconcertó. Tanto Phoebe como Kai y Saegar habían llevado puesta su porción de la llave como un talismán, aunque ninguno había sabido nada acerca de la extraña joya que llevaban encima. Sin embargo, Lass, la única hija del rey Okeana con edad suficiente para recordar haberse marchado de Pacífica, afirmaba no saber nada sobre la llave.

A no ser que su aparente inocencia fuera falsa…

Loucan se quedó pensativo. La desconfianza podía funcionar en

ambos sentidos; hasta el momento, él había puesto todos sus esfuerzos en intentar superar los miedos y las dudas de Lass. Había estado tan ocupado intentando ganarse su confianza que no se había planteado la posibilidad de que hubiera alguna razón por la cual no fiarse de ella. De repente, una duda lo asaltó: ¿estaría ella en contacto con Joran?

Había tantas contradicciones en lo que había visto de ella hasta el momento… Tenía treinta y tres años y no parecía darse cuenta de cuándo un hombre estaba excitado. Era capaz de nadar alegremente con los delfines, y sin embargo se sentía tan culpable por su necesidad del mar que se pasaba la vida luchando por convencerse a sí misma de que no existía. Quizá todos sus miedos y dudas eran puro teatro para despistarlo a él.

Tenía que saber acerca de la existencia de la llave… ¿o no?

Entonces recordó otra de las frases de Cyria:

-Por tu propio bien, mi pequeña princesa -murmuró.

Y pensó en otra posibilidad.

-Quizá Cyria la ocultara -dijo en voz alta-. Quizá te quitara el collar sin hablarte de su significado y con el tiempo tú olvidaste su existencia. Pero una de vosotras tenía que tenerlo.

-No, Loucan -dijo Lass segura de sí misma al tiempo que movía la cabeza.

-Tiene forma de la cuarta parte de un círculo y mide más o menos un centímetro -insistió Loucan-. Ella murió hace trece años, ¿verdad?

-Sí. Yo tenía veinte años.

-¿Y te dejó todas sus pertenencias?

-Sí. La verdad es que me sorprendió.

Lass frunció el ceño y, por la expresión de su cara, Loucan vio que estaba recordando algo. Sus mejillas se sonrojaron ligeramente, sus verdes ojos se oscurecieron, entreabrió los labios y se rozó el labio superior con la punta de la lengua. Loucan pensó que sus emociones saltaban a la vista para ser una mujer que había empleado tanto tiempo y esfuerzo en ocultar quién era real mente. O quizá fuera debido a algo nuevo. ¿Algo que ver con él?

Milo apretó el paso y Loucan lo detuvo para poder ver la cara de Lass mientras hablaba. La luz del sol brillaba sobre su mandíbula, intensificando su fuerte aunque delicada línea. El aire estaba impregnado del aroma del bosque australiano y del sonido de las pezuñas de los caballos. Era uno de aquellos días en que bastaba con estar vivo, y Lou can deseó simplemente poder disfrutar de aquella sensación, olvidándose de las metas que tenía por delante.

-Siempre vivimos de manera frugal -dijo Lass-. Yo pensaba que apenas podíamos llegar a fin de mes. Cyria trabajaba limpiando casas

y ni siquiera pensó en jubilarse cuando comenzó a ser demasiado para ella. Era muy testaruda y siempre pensaba que tenía razón.

-Lo recuerdo -dijo Loucan-, y me preguntaba si aquella forma de ser se intensificaría con los años.

-Estaba decidida a que me licenciara en Empresariales para poder cuidar de mí misma, y yo asumí que era porque no teníamos nada. Siempre me pareció extraño que mi padre nos enviara lejos sin nada para ayudarnos.

-Pero no lo hizo.

-No. Me di cuenta de ello después de la muerte de Cyria. Ella nunca había mencionado el tema y siempre evitaba cualquier pregunta que yo tuviera. Cuando cumplí los dieciséis, me regaló un reloj de oro; fue el único regalo caro que me hizo y yo pensé que habría estado ahorrando durante meses para comprarlo. Me sentí conmovida -le confesó-. Después, cuando murió y averigüé que me había dejado el suficiente oro y perlas para comprar el terreno y la casa, restaurar el lugar y montar mi propio negocio, me sorprendí.

-Ella era así -dijo Loucan-. Nunca dejó de des confiar en los humanos y trabajó hasta el final para protegerte.

-Sí. Cyria me quería y nunca lo dudé. No fue el tesoro que me dejó lo que me lo demostró.

-¿Y no te dejó la llave? Está hecha de un metal plateado y lleva grabados unos símbolos de Pacífica. ¿No había nada parecido entre el oro y las joyas que te dejó? ¡Tenía que estar ahí!

-No, Loucan. Lo siento.

Al oír su sencilla afirmación, Loucan tuvo que creerla, y cuando continuó hablando, su tono de voz fue más convincente aún:

-Créeme, Loucan, si supiera algo al respecto, estaría más que dispuesta a decírtelo.

-Porque así yo saldría de tu vida, ¿verdad?

-Sí -dijo ella y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo, mientras los caballos caminaban a lo largo del polvoriento camino-. ¿De verdad te sacaría de mi vida, Loucan?

Él la miró. El gorro de felpa de color oscuro que llevaba puesto ensombrecía sus ojos, que eran del color del mar, y a la luz del sol. el pelo rizado que le sobresalía por el borde del gorro brillaba como el fuego.

Loucan movió la cabeza lentamente.

-No. Sabes que no hay vuelta atrás, Lass.

-¡Sí, si yo quiero! Una vez que te marchas…

-No -repitió él-. Tú quieres mantener el con tacto con tus hermanos, y para bien o para mal, Pacífica vuelve a formar parte de tu

vida. Pero no simularé que solo vengo a darte buenas noticias; Joran aún continúa suelto, haciendo de las suyas.

-Empiezo a recordar a Joran…

-Ahora que no cuenta con el respaldo de tu padre -continuó él-, se ha vuelto más peligroso. Encontró a Phoebe a través de mí, y durante un tiempo, su vida corrió peligro. Sabemos que anda tras las cuatro partes de la llave.

-¿Por qué es tan importante? ¿Qué es lo que abre?

-El archivo escondido de conocimientos científicos de Pacífica. Tu padre lo ocultó cuando comenzaron las revueltas ya que pensó que solo con tribuiría a aumentar el peligro -le explicó él-. Joran cree, y quizá tenga razón, que si puede controlar y hacer uso de ese conocimiento, controlará todo el poder. Y yo no puedo permitir que ocurra; a él solamente le lleva el ego, y arrastraría a nuestro pueblo a la destrucción.

-¿Dónde están los otros cuartos de la llave? Me dijiste que los tienen mis hermanos… ¡Eso significa que están en peligro!

-Me los han dado a mí y yo los he escondido en el mar por seguridad. No quiero arriesgarme a que Joran los encuentre.

-Si algo te ocurriera a ti, quizá nunca se encuentren.

-Sería mejor eso a que cayeran en las manos equivocadas. Lass, quiero que pienses y que vuelvas a revisar los enseres de Cyria. ¿No podría haber escondido tu parte de la llave en algún sitio? ¿Alguna vez te dijo algo que pudiera ser una pista encubierta?

-Loucan, yo…

-No pretendo que hagas un milagro ahora mismo -la interrumpió él-. De hecho, será mejor que nos olvidemos de todo este asunto por ahora. Deja que tu subconsciente trabaje un poco y quizá recuerdes algo. ¿Nos estamos acercando al riachuelo que tanto te gusta?

-Sí. El camino está a la derecha, justo después de aquel montículo.

Lass urgió a su caballo y Loucan la siguió, contentándose con poder ver su trasero y dejar la conversación para más tarde.

Cuando llegaron al riachuelo, Lass se bajó del caballo, lo acercó al agua para que bebiera y después lo dejó suelto.

-¿Milo también? -preguntó él, y ella asintió.

-Hay una valla a ambos lados del camino, de manera que no pueden ir muy lejos. Además, tengo algunas golosinas en la mochila para hacerlos volver.

-Entonces, ha llegado la hora del picnic -afirmó Loucan-. ¿Has traído una manta para sentarnos?

-Sí.

Lass pareció avergonzarse, y cuando estiró la manta sobre la

hierba, Loucan se dio cuenta de la razón: la manta no era para dos personas… a no ser que fueran amantes.

Resultaba evidente que Lass no sabía qué hacer para resolver el problema. Loucan pensó que muchas de las mujeres a las que había conocido habrían aprovechado aquella ocasión para flirtear, pero incluso si ella supiera cómo hacerlo, cosa que él dudaba, estaba seguro de que no lo haría.

Recordó el beso del día anterior y se sintió molesto. En teoría, el largo e intenso momento que habían pasado el uno en brazos del otro debería haber jugado a su favor. Desde que comenzó la búsqueda de los hijos de Okeana, había esperado lograr un matrimonio estratégico con alguna de las tres princesas, y besar a Lass había sido lo más cerca que había llegado de obtener su meta.

Sin embargo, y aunque no tenía sentido, no podía evitar preguntarse si aquel beso no habría sido un gran error. Sin él, no se habría dado cuenta de lo inocente que era ella, y aquello era algo que no podía ignorar; aquella inocencia, junto con la apasionada sensualidad de su reacción, hacían de ella una mujer a la que podía herir con facilidad, una mujer emocionalmente volátil que quizá no fuera capaz de aceptar la alianza política que él buscaba.

Loucan había hecho sufrir a mujeres durante su agitada juventud. Su ex mujer. Tara, había sufrido por culpa de su cobardía, la clase de dolor que ninguna mujer llegaba a olvidar, y aquello le había hecho cuestionarse todo en lo que creía y todo sobre el hombre en que se había convertido. Al final, aquello había sido lo que le había hecho volver a Pacífica, y una vez allí, decidió desterrar el amor de su vida para siempre. Había amado a Tara, pero no lo suficiente para salvar su matrimonio, y no quería volver a tener aquel poder sobre la felicidad de una mujer.

Por lo tanto, lo último que quería era que Lass se enamorase de él y, por su parte, no tenía la más mínima intención de enamorarse de ella. Pero que ría casarse con ella, aunque no sabía si se atrevería.

«Las manos quietas», se dijo mentalmente. «Es la única forma en que esto salga bien. No puedo volver a besarla».

-¿Quieres que yo…? Quiero decir que hay sitio para los dos -farfulló Lass, alejando los pensamientos de Loucan de cualquier pregunta estratégica.

Lass, que se había vuelto a sonrojar, se movió hacia el borde de la manta. Al hacerlo, sus caderas se balancearon con elegancia.

-Por favor, siéntate.

Loucan se dio cuenta de que se había quedado allí de pie, mirando la manta sin verla. Lass debía de haber pensado que estaba esperando

a que ella lo invitara a sentarse. Cuando lo hizo, a pesar de su decisión de no volver a besarla, no pudo evitar pensar en lo fácil que sería. Ella tenía las piernas enroscadas a un lado y apoyaba el peso de su cuerpo sobre la otra mano, y al sentarse él de la misma manera, los hombros de ambos quedaron a escasa distancia.

Loucan se fijó en la camiseta que llevaba puesta; era ajustada y las mangas apenas le cubrían los hombros, dejando a la vista la suave piel de sus brazos. Si moviera la mano unos pocos centímetros para tocar sus dedos, si se inclinara hacia su cuerpo y ella volviera la cabeza… alcanzaría su boca y saborearía de nuevo aquellos cálidos y apasionados labios.

-¿Puedo empezar con el pastel de chocolate? -preguntó él, haciendo un esfuerzo por apartar aquellos pensamientos.

Lass se rio y se sentó con la espalda recta.

-Si fueras un niño tendría que decirte que no, ¿verdad? No se debe empezar la comida por el postre -bromeó ella-. Pero hoy tengo ganas de pastel de chocolate, así que empecemos por él.

Lass cortó el pastel sin dejar de sonreír, y cuando le ofreció una porción, Loucan la tomó con cuidado de que sus manos no se rozaran, pero no sirvió de nada. Sin querer, Se manchó el pulgar de chocolate y su mirada quedó atrapada al ver cómo ella se lo limpiaba con la lengua.

Fue un acto delicado e increíblemente sensual. La punta de su lengua recogió el chocolate del dedo y después cerró los labios alrededor de él para chuparlo. Luego se miró el dedo y le dio un último lametazo.

«Si supiera cómo la estoy mirando», pensó Loucan.

Quizá lo sintiera, porque Lass mordió cuidadosamente su porción de pastel, se volvió hacia él y sonrió.

-Es mejor que se derrita en tu boca y no en tu mano -dijo ella y Loucan apartó la mirada justo a tiempo.

-Supongo que sí.

Loucan no comprendía lo que le estaba pasando. Se había sentido atraído por sirenas y humanas en otras ocasiones, así que, ¿qué hacía a Lass diferente de las demás? Quizá fuese el hecho de que parecía una intrigante mezcla de ambas.

O quizá fuese la atracción por la fruta prohibida.

Acababa de ordenarse a sí mismo no volver a besarla, lo cual, perversamente, significaba que la deseaba aún más. Quería que la boca y la lengua de Lass hicieran con él lo que acababa de hacer con el chocolate de su dedo, con la misma habilidad y dedicación.

Loucan se aclaró la garganta.

-¿Vendrán Susie y Megan a trabajar hoy?

-Sí. Es la razón por la que tengo tiempo para montar un rato a caballo.

-¿Y tendrás tiempo para mostrarme las pertenencias de Cyria cuando regresemos?

-¿Qué te hace pensar que estoy preparada para eso?

Lass levantó la barbilla y entrecerró los ojos, aun que estaba segura de que sus intentos por parecer tranquila aquella mañana no lo estaban engañando.

Loucan la estaba observando y ella lo sabía; estaría buscando las señales de su vulnerabilidad y recordaría la forma en que lo había besado. Loucan sabía la reacción que provocaba en ella, y lo único que ella podía hacer al respecto era dejar claro que su atracción por él no la hacía más débil. No iba a darle todo lo que le pidiera.

-¿Tenías pensado revisarlas tú misma? -inquirió él; Lass se preguntó si podía leer su mente.

La gente del mar no estaba dotada de poderes psíquicos, pero hasta el momento, él había leído su lenguaje corporal y sus necesidades emocionales con bastante facilidad. Y llegados a aquel punto, no tenía sentido mentirle. -Sí, cuando tenga un momento -le contestó ella-. Cuando no esté cansada o distraída; de lo contrario no tendría sentido. Si hubiese habido in formación obvia sobre el escondite de la llave, ya la habría encontrado, así que si Cyria realmente me dejó un mensaje o una pista, está muy escondida.

-Lo cual significa que yo tendría más oportunidades que tú de encontrarla, ya que estoy más familiarizado que tú con la cultura del mundo sub marino y sus símbolos.

-No te voy a mostrar sus cosas, Loucan.

Lass no quería darle más oportunidades de ver cómo sus barreras emocionales se derrumbaban.

-La decisión es tuya -dijo él.

-¡Efectivamente! -exclamó ella y lo miró furiosa.

Sabía que antes o después, Loucan conseguiría lo que quería.

-Dime por qué te gusta tanto este lugar -le preguntó él cuando terminaron de comer.

-No es difícil de entender; la belleza, la paz, el hecho de que podamos beber el agua del río sin enfermar…

-¿Por qué te decidiste por la galería y el salón de té?

-Porque me gusta vender objetos hermosos a personas que los aprecian.

-¿Como la vasija verde?

Lass no pudo evitar reírse.

-La mujer que la compró evidentemente pensaba así.

-Cierto.

-Y me gusta servir comidas de las que la gente pueda disfrutar.

-Y sin embargo, no confías en ellos -afirmó él y Lass se tensó.

-Debería haberme imaginado que esto no era una conversación trivial. ¿Qué intentas demostrar, Loucan? ¿Que no me siento completamente a gusto aquí y que debería regresar a Pacífica?

-No intentaba demostrar nada. Solo era una observación.

-Muy acertada. Es cierto que no confío en los humanos, pero, ¿acaso puedes culparme? Quizá debería charlar con Susie un día de estos. Ya ha empezado a lanzarme indirectas sobre la satisfactoria vida matrimonial y sobre cómo hay que salir para encontrar un buen hombre, en vez de esperar en casa a que aparezca -dijo ella irónicamente-. Y así yo podría decirle lo mucho que me gustaría conocer a un hombre, solo que tengo el pequeño problema de que me crece una cola con escamas cuando paso demasiado tiempo en el agua.

-Susie y Megan son la clase de personas a las que se lo deberías contar -insistió él-. Son personas en las que confías.

-¡No confío en ellas! -exclamó Lass-. No lo bastante para estar segura de que reaccionarían correctamente. Nunca he conocido a nadie en quien pudiera confiar tanto.

-Porque Cyria te enseñó a no hacerlo.

-Es cierto. Pero, ¿y tú, Loucan? -preguntó ella-. Tú estuviste casado con una humana. ¿Le dijiste qué eras realmente?

Lass no pensó que aquello se convertiría en un concurso de preguntas, pero enseguida se dio cuenta de que así era. Había conseguido llegar a él y se preguntó si aquella pregunta le había dolido. Su silencio era tan significativo que el mundo pareció detenerse a su alrededor.

-No. No se lo dije -confesó él-. Pero incluso ahora, después de dieciséis años, desearía haberlo hecho.

La expresión de ira y dolor que se reflejó en la cara de Loucan la sorprendió, y aunque quería ahondar un poco más, algo le dijo que no lo hiciera. Ella era dolorosamente consciente de su propia vulnerabilidad, y lo último que esperaba ver en el corazón de un hombre como Loucan era tanto arrepentimiento y dolor.

Lass comprendió que a pesar de su aparente fortaleza y éxito, aquel arrepentimiento lo hacía tan vulnerable como ella.

Capítulo 5

OH, CYRIA! Lo guardaste todo -susurró Lass, secándose las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano.

Aunque había revisado las pertenencias de su guardiana en otras ocasiones, nunca lo había hecho tan a fondo, y se había encontrado con una montaña de recuerdos que amenazaban con abrumarla. Pero por más que buscó, no encontró ninguna pista sobre la llave, así que guardó todas las cajas de nuevo y decidió darle la mala noticia a Loucan en cuanto lo viera.

—Sea cuando sea eso —murmuró para sí misma.

El día antepasado, cuando volvieron de montar a caballo, Loucan se marchó.

-Me marcho. Ya volveré -fue todo lo que le había dicho.

Y aquella espera la estaba poniendo nerviosa. ¿Adonde se habría marchado? Quizá a Pacífica, o quizá a América a ver a sus hermanos. ¿Estaría en peligro?

Lass bajó las escaleras del ático y cerró la puerta. El pequeño espacio estaba directamente de bajo del tejado y hacía un calor sofocante a última hora de la tarde; estaba empapada en sudor y se sentía intranquila, aunque se dijo a sí misma que aquella intranquilidad no tenía nada que ver con la preocupación que sentía por la seguridad de Loucan. La vida que había llevado demostraba que sabía cuidar de sí mismo.

Pero había comenzado a recordar a Joran con más claridad; debía de tener unos ocho o nueve años más que Loucan; era descarado, apasionado y muy inteligente, y de alguna manera, había captado la atención del rey Okeana con sus alocadas ideas.

Lass recordaba haber sentido celos de él cuando era niña. Su padre siempre estaba enfrascado en conversaciones interminables con él y nunca tenía tiempo para contarle los maravillosos cuentos que tanto le gustaban. Siempre que ella intentaba llamar la atención de su padre, o intentaba hacerlo reír, Joran le decía, con una falsa sonrisa, que su padre tenía cosas más importantes que hacer. Lass sintió un escalofrío al recordar aquello. Nunca le había gustado Joran.

¡Pero seguro que no era rival para Loucan!

La posibilidad de un encuentro sangriento entre los dos hombres, en Pacífica o en cualquier otro lugar, la atormentaba, y al salir de nuevo a la luz del sol sintió náuseas.

Le había tomado tanto cariño en tan poco tiempo a Loucan, que si algo le ocurría y no volvía… si tuviese que continuar con su antigua vida, sin saber lo que le había ocurrido, exiliada para siempre de

Pacífica…

Lass pensó que Loucan tenía razón en lo que le había dicho dos días antes: no había marcha atrás.

Sin ninguna razón aparente, cruzó hacia el salón de té y lo abrió. Era martes, el único día de la se mana en que no abría al público. Susie y Megan se habían quedado recogiendo hasta tarde la noche anterior y habían limpiado a fondo, por lo que no quedaba nada por hacer para el día siguiente, nada en lo que ocuparse.

Cuando volvió a salir, Lass vio el brillo del océano bajo la luz del sol y sintió su llamada con dolorosa intensidad. Se quejó en voz alta.

En un día caluroso como aquel, a mitad de las vacaciones de verano, aunque las playas estarían abarrotadas la temperatura del agua sería cálida y su cola se formaría con mayor rapidez, pero pensó que sería mejor esperar a que oscureciese.

Sin embargo, no fue capaz de apartar la vista… hasta que vio un coche de color azul oscuro acercarse por la carretera. Lass sintió que su corazón se aceleraba. ¿Sería Loucan?

Si él se daba cuenta de lo vacía, perdida e intranquila que se había sentido desde que se marchó, es taba segura de que lo utilizaría en su propio beneficio, pero continuó mirando el coche, casi sin respirar. Desapareció tras una colina para volver a aparecer enseguida, y Lass pensó que si no aminoraba la mar cha en breve, significaría que no se dirigía allí…

Pero en el último momento aminoró, giró hacia la casa y al instante Lass reconoció a Loucan tras el volante.

Se apresuró hacia la casa, simulando no haberlo visto, y cuando él gritó su nombre, ella dio un respingo.

-¡Thalassa, espera!

Ella se giró lentamente se giró, lo miró y se quedó allí esperando. Quería hacerle una decena de preguntas y prácticamente tuvo que morderse la lengua para no hacerlo.

Sabía que había ido a alguna parte, porque había ido al muelle de Condys Bay a buscar el barco del que le había hablado, el Ondina, nombrado en honor a su madre, y había visto que no estaba allí.

-¡Toma! -exclamó él cuando se acercó, y le entregó un objeto frío.

-Loucan…

-Es la llave de Phoebe -dijo él.

La expresión de sus azules ojos no parecía reflejar alegría por verla de nuevo, sino que parecía más bien oscura y nublada por la preocupación.

-La he sacado de donde estaba escondida para que puedas verla y tocarla. Si hubieses visto alguna foto de algo parecido o si Cyria

alguna vez garabateó estas marcas…

-Ya te lo he dicho -lo interrumpió ella fría mente-. Nunca la he visto.

Lass no miró la llave ni la cadena de la que colgaba, sino que cerró la mano a su alrededor y notó cómo rápidamente se calentaba con el calor de su furia.

-¿Crees que soy idiota? -le preguntó ella levantando la voz-. ¿Crees que Cyria lo era? Acabo de revisar sus cosas porque tú me lo pediste, y me ha llevado horas. ¡Pero no hay nada! -exclamó-. ¿Acaso crees que ella habría ocultado tanto una pista para que yo la tirara a la basura sin darme cuenta? ¡Qué inteligente! Y aquí estaba yo, preocupada porque quizá Joran…

-¿Joran? ¿Sabes algo de él?

-¡No! Estás cegado por completo, ¿verdad?

Loucan aún no la había mirado directamente a la cara; no de la forma en que ella quería que la mirara, con cariño.

-¿Es que no se te ha ocurrido que podría estar preocupada por ti, después de todo lo que me has contado? ¿No has pensado que podría estar intranquila porque no me dijiste adonde ibas, por qué razón, o cuándo ibas a volver? ¡Maldita sea!

Lass se tapó la cara con las manos e inspiró pro fundamente, intentando retomar el control de sí misma. Nunca dejaba que sus emociones afloraran de aquella manera.

Haciendo un esfuerzo, levantó la cabeza y lo encontró mirándola.

-No quiero que te preocupes por mí, Lass -dijo él con frialdad-. Al menos no en sentido personal. No es eso lo que busco.

-¡Estupendo! Porque no me importa -contestó ella, deseando que fuera cierto.

Quería obligarse a que fuera cierto y se dijo a sí misma que la atracción que sentía por él era insignificante, producto de la solitaria vida que había llevado.

-Solo quería saber qué está pasando.

-Siento que hayas perdido el sueño por ello -dijo él.

-¿He dicho eso?

-No, pero lo parece. Tienes ojeras.

Loucan se acercó a ella y acarició la zona de bajo de sus ojos con delicadeza. Lass tembló ligeramente e intentó ocultarlo cruzándose de brazos.

-Yo tampoco he dormido bien -añadió él-. Desearía que esto no fuera tan duro para ti, Lass. Créeme.

Lass hizo una mueca con la boca.

-Lo intentaré.

-¿Tienes algo que hacer esta noche?

-No -dijo ella.

Nunca tenía nada que hacer por las noches, y Lass pensó que de nuevo Cyria se había equivocado. Si tuviera amigos cercanos con los que pasar el tiempo, quizá el mar y los delfines no la atrajeran tan a menudo. Si no saliera a nadar sintiéndose culpable, quizá no se sentiría tan apartada de los demás, y a lo mejor podría haber tenido una vida normal, con un marido e hijos.

Y si tuviera una vida propia, no se sentiría tan vulnerable frente a Loucan.

Pero se dio cuenta de que aquello era lo que Cyria había querido. Nunca quiso que echara raíces demasiado profundas por si llegaba el día en que tuviera que volver. Quería que Lass estuviera preparada para la llamada de Pacífica.

-Vamos a cenar a algún sitio cerca del mar -sugirió Loucan-. Olvidémonos de la llave por esta noche -añadió, y tomó la llave de nuevo en su mano-. Podemos salir con el barco a mar abierto y nadar. Déjame paliar tu soledad durante un rato, Lass.

Ella no pudo resistirse; aquel era un deseo que llevaba mucho tiempo creciendo en su interior. De repente, no le importaba que él supiera lo vulnerable que se sentía y tampoco le importaban sus motivaciones.

Loucan era alguien con quien ella no tenía que disimular, y hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba aquello.

-Sí. Me gustaría -aceptó ella-. Pero solo por esta noche.

-Arréglate un poco. Iremos a un restaurante especial para celebrar que vuelves a tener hermanos. ¿Has vuelto a hablar con Saegar y las gemelas desde la otra noche?

-Sí. Phoebe me telefoneó ayer. Están pensando en visitar Pacífica y quería saber si podrían verme a mí también; le dije que… bueno, que no es fácil ausentarme de aquí, así que quizá se detengan aquí primero -le informó ella-. También hablé con Saegar. Está muy ocupado adaptándose a su nueva vida y no sabe si podrá acompañar a Phoebe y a Kai; creo que se quedará en casa con Beth.

-Cuando hablas de ellos los ojos se te iluminan -le dijo Loucan-. Si alguna vez crees que tienes razones para no confiar en mí, espero que recuerdes que fui yo el que te llevó hasta ellos y que ellos me confiaron su parte de la llave.

-No hace falta que me lo recuerdes. Si no con fiase en ti, no estarías aquí y no saldría a cenar contigo esta noche.

Sin esperar respuesta, Lass dio media vuelta y entró en la casa para arreglarse.

«En estos momentos, en quien menos confío es en mí misma», se dijo mentalmente.

Condujeron hasta una marisquería que había al norte de Condys Bay. Estaba junto a un solitario hotel en una colina y tenía unas vistas magníficas a la playa.

La cena fue estupenda y todo un capricho para alguien como Lass, que se pasaba la mayor parte del tiempo al otro lado de la puerta de la cocina.

Ella procuró mantener la conversación en temas seguros y recordó a Loucan su amenaza de aburrirla con sus historias acerca de su vida en Nueva York. Pero, por supuesto, la había engañado ya que sus historias no resultaron en absoluto aburridas.

-Cyria intentó que me interesara por el dinero -le contó Lass-. Ella quería que fuera contable, pero a mí me interesaban cosas más creativas, así que finalmente acordamos que estudiaría Empresariales. Pero por la forma en que hablas, parece que son más emocionantes los dólares y los centavos que los bollos y la nata montada.

-Pero también son más estresantes -replicó él-. Yo empecé a comprender muchas cosas el otro día cuando salimos a montar a caballo. Lo que tú tienes es algo más que un simple escondite.

Lass asintió.

-Por supuesto que sí. Pero tienes razón; he estado escondiéndome durante demasiado tiempo.

Lass jugueteó con su reloj, lo consultó de reojo y se sorprendió al ver que aún no eran las ocho de

la tarde. Habían llegado bastante pronto y aún que daba mucha noche por delante.

-¿Te apetece tomar postre o café? -le preguntó Loucan.

Fuera, el sol comenzaba a ponerse, cambiando los colores del agua y convirtiendo la arena de la playa en plata y oro. Pero incluso con aquellas magníficas vistas, Lass comenzó a sentirse confinada y necesitaba respirar aire fresco.

Loucan lo debió de notar, o quizá se sintiera igual que ella porque no la dejó contestar.

-Si no quieres, me parece bien. Podemos ir a dar un paseo a la playa, antes de volver al barco.

Lass asintió.

-Y quizá más tarde, cuando haya anochecido… -dijo ella con voz ronca-, podamos salir a nadar.

-Sí. Me gustaría nadar contigo esta noche, Thalassa.

Lass se sonrojó al darle a sus palabras un significado, que estaba segura de que no era el pretendido por él.

No era culpa de Loucan que el mar y su propia sensualidad estuvieran tan unidos en su mente. El no sabía que cuando ella se sumergía en el agua, su cuerpo ansiaba el roce íntimo de un hombre,

¡Y no debía saberlo!

Unos minutos más tarde, caminaban descalzos por la playa. El sonido de las olas sobre la arena hacía que el silencio entre ellos no resultara incómodo, ya que cuando el océano hablaba, no había necesidad de conversar.

Aquella noche la playa estaba concurrida. Había surfistas y pescadores, niños jugando y parejas caminando de la mano. En definitiva, había demasiada gente aún para salir a nadar.

Pero Lass ansiaba regresar al mar.

-¿Quieres volver? -le preguntó Loucan cuando llegaron al final de la playa.

-No. ¿Por qué no cruzamos a la ensenada? -sugirió ella-. La marea está empezando a bajar, lo que significa que la corriente será fuerte. Casi nadie nada por allí y no hay forma de entrar en la siguiente playa desde la carretera. No necesitamos trajes de baño y no hace falta que esperemos, porque la playa estará…

Lass se interrumpió al darse cuenta de que estaba hablando demasiado deprisa y con demasiado entusiasmo.

-Vacía -terminó él-. No te avergüences por tu impaciencia. Me recuerda a cuando eras una niña, siempre tan valiente y entusiasta. Me alegra ver que no has perdido ese espíritu.

Lass murmuró algo en voz baja y se dio la vuelta para que no le viera la cara.

-Ten cuidado con las ostras rotas -le avisó ella-, porque están muy afiladas. Es mejor que camines por la arena o te cortarás.

-Entonces esos niños no deberían estar jugando sobre las rocas.

Ella miró en la dirección en la que señalaba y vio a varios niños, de distintas edades y que parecían hermanos, jugando entre las rocas. Pero no podía ver a sus padres.

-Probablemente esas rocas sean seguras. Están justo por encima de la línea de la marea. La corriente empieza a ser fuerte en este punto -le dijo ella-. Si yo tuviera hijos…

Pero Loucan no esperó a que terminara la frase, sino que emitió una exclamación y echó a correr. Lass vio que el niño más pequeño acababa de perder el equilibrio y se había caído de la roca en la que estaba; lo perdió de vista unos segundos bajo el agua pero inmediatamente el niño se incorporó. Sentado y con el agua a la altura del pecho, comenzó a llorar y a gritar justo cuando Loucan lo alcanzó. Lo tomó en brazos y comenzó a darle golpes en la espalda para que

echara el agua que había tragado. Los demás niños se quedaron mirando, sorprendidos por la repentina aparición de Loucan, y después, apareció el padre de entre los árboles de la playa. Tenía la cara roja, quemada por el sol, y una actitud beligerante.

-¿Qué le estás haciendo a mi hijo? ¡Suéltalo!

El niño aún lloraba cuando Lass llegó a la es cena. Ella se dio cuenta de que el padre, en parte, llevaba razón, pues la dramática actuación de Loucan había asustado al pequeño más que la caída al agua.

Pero Loucan no estaba de acuerdo.

-Podía haberse ahogado -dijo Loucan, con la voz cargada de ira-. Los más mayores estaban jugando y nadie lo estaba vigilando. Un niño tan pequeño puede ponerse nervioso o golpearse la cabeza y ahogarse en pocos centímetros de agua en menos de tres minutos.

-El niño está bien -insistió el padre.

-Sí, pero porque yo he llegado a tiempo.

-No era tu problema. Yo lo estaba vigilando y él ha salido solo del agua. Eres tú el que lo ha asustado -dijo el padre y tomando a su hijo de brazos de Loucan, lo miró en un intento de amedrentarlo.

Pero no sirvió de nada. Loucan lo miró fijamente y dijo:

-Te pido disculpas si vi peligro donde piensas que no lo había. Solo pensaba en la seguridad del niño. Marchémonos, Lass.

Lass pensaba que Loucan estaba tranquilo hasta que lo miró de reojo y vio que tenía los puños apretados; le temblaban los brazos y fruncía el ceño. Tenía los pantalones mojados hasta los muslos y la camisa estaba empapada de haber sujetado al niño en brazos, pero Loucan apenas lo notaba y tampoco parecía importarle. Caminaba con rapidez por el agua, que le llegaba hasta los tobillos, y…

-Loucan, te has cortado -dijo Lass en un susurro, sintiéndose repentinamente mareada.

Él se detuvo para mirarse el pie y vio la sangre que oscurecía el agua a su alrededor.

-Aún no lo siento.

-Debe de ser profundo; te has cortado en el talón. Lo sentirás cuando la arena comience a entrar en la herida. Hay tanta sangre…

Tanta sangre.

Lass sintió que el pánico se apoderaba de ella al recordar la familiar imagen del agua traslúcida coloreándose con la sangre y al ver que la mancha se acercaba a sus pies; huyó igual que había huido el día en que vio asesinar a su madre.

-¡Lass! ¡Thalassa! -gritó Loucan tras ella, pero Lass lo ignoró.

La dirección que tomó no fue la lógica. Debería haber corrido

hacia el interior de la playa y la seguridad de los árboles, pero en vez de eso, se dirigió hacia el mar.

Loucan la siguió, pero el corte en el talón lo obligaba a correr más despacio y ella lo aventajó. Lass corrió hasta que el agua le cubrió los muslos y entonces se lanzó de cabeza y comenzó a nadar, dejándose llevar por la corriente hasta que estuvo en mar abierto.

Sintió cómo su cola empezaba a formarse y se quitó las braguitas, sin dejar de nadar. Necesitaba moverse y aumentar la distancia entre ellos. Aun que los recuerdos comenzaban a retroceder, sabía que Loucan le haría preguntas; querría saber qué había ocurrido y Lass no sabía si podría contárselo. No sabía si quería contárselo.

Cuando su cola estuvo completamente formada, Lass se sumergió sin esperar a que las branquias se abrieran en su cuello. Se había entrenado para aguantar la respiración durante bastante tiempo.

La repentina sensación de velocidad al nadar la alivió y se dejó arropar por el agua fría y clara. Sintió que el vestido la agobiaba, así que se revolvió y se lo sacó por la cabeza, dejándolo para que se lo llevara la corriente. Incluso el sujetador le apretaba y le resultaba incómodo, así que se lo quitó también. Únicamente se dejó el reloj de oro que Cyria le había regalado.

Pero se había olvidado de lo rápido que podía ser Loucan. Ella había perdido tiempo quitándose la ropa, y cuando salió a la superficie para respirar, sintió que él la agarraba de la muñeca.

-¿Qué ha ocurrido? -le preguntó él, casi sin aliento-. ¿Por qué te has puesto tan nerviosa al ver la sangre?

-No puedo hablar de ello.

Lass sintió que se mareaba de nuevo y se zafó de él, aunque sabía que la seguiría.

Loucan no la dejó llegar muy lejos antes de volver a sujetarla, aquella vez con más fuerza. Rodeó su cintura con los brazos y se estrechó contra ella; Lass intentó seguir nadando, pero él no se soltó y siguió su ritmo, ondulando contra su cuerpo.

-Claro que puedes hablar de ello -urgió él-. Tienes que hacerlo, Lass. Es algo que te atormenta.

Efectivamente, así era como se sentía. Aquel re cuerdo era como un fantasma que aparecía cuando más vulnerable se sentía.

Finalmente, Lass se detuvo y dejó de luchar contra él; estaba demasiado ocupada luchando contra el demonio de su memoria.

-Tengo razón, ¿verdad? Es algo que te atormenta, más que la soledad, más que el miedo a que alguien averigüe lo que eres. Ese es el miedo que no puedes controlar y por el que no vuelves a Pacífica -dijo él y en cuanto vio su expresión, supo que había acertado.

A la luz de la luna casi llena, vio que sus pupilas se habían oscurecido y se dio cuenta de que no lo estaba viendo a él, aunque sus caras estaban enfrentadas a escasos centímetros.

Loucan esperó, sin dejar de sujetarla. Sintió que temblaba y al mismo tiempo fue consciente de su exuberante y femenino cuerpo.

Él también se había quitado la ropa; ambos habían respondido a la instintiva necesidad de sentir el agua sobre la piel desnuda, y aquella desnudez eliminaba la poca protección que había tenido contra su creciente deseo por ella. Loucan ansiaba saborear su boca, explorar la curva de su espalda y el peso de sus pechos.

Pero sabía que Lass no era consciente de la reacción de su cuerpo, y estaba demasiado absorta para sentir la fuerte sensualidad, recientemente descubierta, dentro de ella.

Así que intentó controlar sus propias necesida des y la urgió a hablar:

-Dímelo, Thalassa.

-Vi morir a mi madre -susurró ella-. ¡Lo vi, Loucan! Yo estaba escondida. Él… el asesino no sabía que yo estaba allí. Su sangre se acercó hacia mí por el agua; ella estaba tan débil e indefensa… habría sido la última persona en luchar. Fue un acto despreciable y cobarde escoger a mi madre. ¡Habría sido más valiente escogerme a mí, una niña de ocho años! Ojalá hubiera entendido entonces lo que estaba ocurriendo.

-¿Cómo ibas a entenderlo? ¿Y qué podrías haber hecho?

-Se lo conté a Cyria -continuó ella-, y me hizo prometer que no se lo diría a nadie. Sabía que mi vida peligraría si lo hacía. Unos días después de aquello, nos marchamos de Pacífica. Todos mis recuerdos de aquella época están ensombrecidos por lo que vi, de la misma manera que su sangre ensombreció el agua.

Lass tembló con fuerza y Loucan la estrechó aún más contra su cuerpo. La acarició al tiempo que le besaba la cabeza como si aún fuera una niña.

-Lass, mi pequeña -susurró él-. Te lo has estado guardando todo este tiempo.

-No creía que fuera capaz de contarlo. Nunca tuve a nadie a quien contárselo, Loucan -le confesó ella y su voz se quebró-. Cyria no me dejaba hablar de ello.

Entonces rompió a llorar desconsoladamente y Loucan la sujetó, moviendo la cola de vez en cuando para mantenerlos a flote.

Loucan se dio cuenta de que ella necesitaba llorar y que necesitaba tiempo, así que la dejaría llorar durante horas, si aquello la ayudaba a deshacerse del dolor y del miedo.

Y aunque lo preocupaba el hecho de necesitar sentir su piel y querer tener la oportunidad de darle algo en vez de solo tomar, quiso al menos poder ofrecerle cariño y un hombro sobre el que llorar. Loucan sabía que aquello no era mucho en comparación con lo que le había arrebatado desde su llegada: la seguridad de su pequeño mundo; y aunque sabía que no podía ser de otra manera, deseó poder ofrecerle algo más.

Cuando finalmente Lass dejó de llorar, Loucan pensó que quizá sí pudiera. Quizá lo mejor y más obvio ya estaba sucediendo, y si ella quedaba entre sus brazos y la besaba de nuevo…

-Lass -susurró Loucan-. Lass…

Comenzó a acariciarle la cara. Su respiración aún era entrecortada y los hombros le temblaban, así que continuó consolándola hasta que se tranquilizó.

Después, Loucan colocó sus labios sobre los de ella.

Al sentirlo, Lass exclamó, lo empujó e intentó alejarse, pero él la sujetó con más fuerza aún.

-No te resistas, Lass. Deja que te abrace un poco más. Ambos lo deseamos.

Pero Lass movió la cabeza y apretó los labios con fuerza.

-No es suficiente.

-Sí lo es, por ahora. Yo no puedo pensar más allá. No puedo pensar en otra cosa.

Capítulo 6

LA BOCA de Loucan volvió a tocar la de Lass incluso antes de terminar de hablar. Los labios de él estaban fríos, mojados y salados, como los de ella, pero en poco tiempo el beso se convirtió en algo caliente y dulce.

Al principio, por miedo a que el recuerdo de la muerte de su madre volviera para atormentarla, Lass no se atrevió a cerrar los ojos, pero finalmente los cerró y no ocurrió nada. Quizá el roce de la boca de Loucan y el tacto de su cuerpo fuera lo único capaz de mantener alejada aquella horrible visión.

-Loucan…

Al pronunciar su nombre, la boca de Lass tomó una forma deliciosa, incitándolo a besarla de nuevo; ella entreabrió los labios para saborearlo y sintió cómo la lengua de él bailaba dentro de su boca. Un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo y comenzó a seguir los lentos y elegantes movimientos de la cola de Loucan, hasta que ambas también bailaron.

Pero no fue un baile casto o inocente. Loucan podía tocarla íntimamente y ella podía sentir su excitación. En aguas más tranquilas y más cálidas, podrían haberse unido plenamente.

¡Y ella lo deseaba tanto!

Lass sentía que le ardía la piel mientras en su interior el deseo crecía dolorosamente. Cuando Loucan acarició sus pechos, con suavidad al principio, y después con creciente posesión y placer, ella se arqueó hacia atrás, sujetándolo por las caderas al tiempo que lo acercaba hacia su cuerpo. Loucan se quedó quieto por un momento, sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo y comenzó a besarla con creciente pasión.

-¡Sí, oh, sí! -exclamó él, e incapaces de continuar en la superficie, se sumergieron en la oscura profundidad del mar.

Allí abajo, el sentido del gusto de Lass se agudizaba; siempre lo había sabido pero nunca le había dado tanta importancia como en aquel momento; al explorar la boca de Loucan, descubrió el exquisito sabor de su piel, que era como una mezcla de exóticos sabores.

Gracias a las branquias, ya no necesitaban salir a la superficie a respirar, y Lass pensó que podría quedarse allí abajo, besándolo hasta la eternidad; nada importaba salvo el tacto y el gusto… hasta que de repente saboreó la sangre.

El corte que Loucan se había hecho en el talón se había convertido en una herida cerca de la fina punta de su cola, y aún sangraba.

El recuerdo del asesinato de su madre inundó la cabeza de Lass de

nuevo, más vivido que nunca, acompañado del temido pánico. Se apartó brusca mente de Loucan y comenzó a nadar hacia la superficie, pero él no tardó en alcanzarla.

Sin embargo, en aquella ocasión no intentó de tenerla, sino que se limitó a tomar su mano en la suya y nadar con ella hacia arriba.

-¿Hay algún barco a la vista? -preguntó ella cuando emergieron.

-Me da igual que lo haya. Si hace falta, nos sumergiremos de nuevo.

La luna iluminaba la cara de Loucan y Lass pudo ver la seguridad y la determinación en su expresión.

-No hemos terminado -continuó él, y comenzó a nadar, tirando de ella-. No hemos terminado con tus recuerdos, ni con lo que hemos sentido el uno por el otro hace un momento.

-¿Adonde me llevas?

-A mi barco. Está anclado en el muelle; allí es taremos solos y seguros, y podremos hablar tranquilamente.

A la velocidad a la que nadaron, no tardaron en llegar al tranquilo puerto donde estaba el barco. Era un navio de líneas elegantes; la cubierta era de madera barnizada, tenía un poderoso motor, un mástil para las velas y una confortable cabina.

Cuando subieron a la cubierta, Loucan echó agua fría dulce sobre los cuerpos de ambos, tomando a Lass por sorpresa, que gritó y tembló.

-¿No lo sabías? -le preguntó él-. Esto acelera la transformación.

-No. No lo sabía.

-¿Cyria no te lo contó?

Loucan se inclinó hacia un pequeño armario, sacó un par de toallas y las extendió delante de ellos.

-No -dijo Lass mientras se echaba boca abajo sobre la toalla-. Durante los primeros años que pasamos en Australia, nunca nos acercamos al mar, y cuando por fin lo hicimos, a mí se me había olvidado todo, excepto lo básico, sobre la transformación. Todo lo que sé lo he averiguado por mí misma, a fuerza de prueba y error -continuó ella-. Principalmente por error -añadió.

-Se me olvida lo sola que has estado. De alguna manera, tu situación ha sido peor que la de Kai y Phoebe, que fueron criadas para que temieran el mar y ni siquiera sabían que eran sirenas.

-No. Eso sería peor -le rebatió Lass-. No puedo imaginarme la vida sin el mar.

Loucan continuó mirándola y Lass sintió que la timidez se apoderaba de ella; aún estaban desnudos y Lass tenía la piel sensibilizada por el efecto del agua del mar y por el tacto de él.

-Cuando me rechazaste hace un momento, parecía que estuvieras rechazando al mismo océano -dijo él.

-No. Eso nunca.

-¿Entonces qué ocurrió?

-Saboreé tu sangre y sentí pánico. Lo odio, pero no se cómo superarlo -le confesó-. Tal y como dijiste, hablar de ello me ha ayudado, pero no es suficiente.

La suave brisa marina le hizo sentir un escalo frío y Loucan se dio cuenta.

-Tienes frío -dijo él, y sacó otra toalla para taparla.

Ella apoyó la cabeza en los brazos y cerró los ojos, dejándose llevar por una familiar sensación de tranquilidad; pronto, cuando la membrana de su cola desapareciera y solo quedaran algunas escamas, sabía por experiencia que estaría hambrienta.

-Quiero contarte algo -dijo él.

Su voz sonó profunda y cercana, y Lass abrió los ojos para descubrir que se había acercado a ella. No parecía sentir frío; aunque de cintura para abajo estaba tapado, estaba desnudo de cintura para arriba y su espalda aún brillaba con las últimas gotas de agua. Lass no podía apartar la mi rada de sus fuertes músculos, su suave y bronceada piel y de la pronunciada curva de su trasero. Y aunque el adormecimiento y la tranquilidad la abandonaron, se obligó a sí misma a permanecer quieta.

-Cuéntame lo que quieras, Loucan. Es bueno poder hablar.

-Lo que sucedió en la ensenada con aquel niño… -comenzó a decir él-. No debería haberme enfadado tanto.

Ella parpadeó. Casi había olvidado aquel incidente.

-No hiciste mal en preocuparte por la seguridad del niño.

-Pero hay una razón para ello, Lass -le dijo y su voz se quebró ligeramente-. Verás, yo tuve un hijo una vez, «Dios mío, no quiero tener que contarle esto», se dijo él mentalmente.

Pero sabía que tenía que hacerlo. Lass lo miraba con los ojos abiertos de par en par, y por su tono de voz se había dado cuenta de que aquello era importante.

Loucan se tomó su tiempo; tenía que contárselo todo y ella no lo interrumpió. Le habló de su matrimonio con Tara y de lo mucho que aquella situación le había asustado por lo joven que era; le habló de sus dudas acerca de si debía confesarle qué era realmente y de cómo aquel secreto se interpuso entre ellos como si fuera una tercera persona. Finalmente, le habló de cómo se había enterado de que a los siete meses de separarse ella había dado a luz a un bebé.

Lass se dio cuenta de que aquella historia no tenía un final feliz.

-¿Qué ocurrió, Loucan?

-Cody se ahogó cuando tenía veinte meses. Se metió en la piscina del jardín sin que nadie lo viera.

Loucan tosió para intentar aclarar la seca constricción de su garganta.

-No lo supe hasta seis meses después de que ocurriera -continuó él-. Si le hubiera dicho a Tara lo que era, si no hubiera intentado ocultarle la verdad… Ella debería haber sabido lo poderosa que podría llegar a ser la necesidad de nuestro hijo por el agua. Debería habérselo contado y debería haber aceptado el riesgo de perderla al hacerlo, por eso se que mi padre tenía razón al creer que la gente del mar deberíamos mostrarnos al resto del mundo y por eso sé que debe hacerse con cuidado. No será fácil pero debemos hacerlo. Cuando me di cuenta de eso, regresé a Pacífica.

-Y no lo has superado.

Lass tenía razón, pero no en la forma en que ella se imaginaba.

-No quiero superarlo, Lass. Es una lección que no quiero olvidar -le dijo él e inspiró profunda mente-. Hay que superar las pruebas duras de la vida, y si tú quieres ser capaz de controlar el re cuerdo del asesinato de tu madre, tienes que volver a Pacífica como hice yo.

Loucan esperó. Pensaba que ella se enfadaría y lo acusaría de manipular su dolorosa historia para conseguir lo que quería, pero no lo hizo. Debió de darse cuenta de que no intentaba manipularla, y se sintió aliviado.

-Quiero que pienses en ello -añadió él rápidamente-. No te estoy pidiendo que tomes una decisión ahora. Pero si decides que estás preparada, yo te llevaré. Tendrás mi protección, si la quieres.

Ella asintió.

-Pensaré en ello.

Loucan entrelazó sus dedos en los de ella y ambos se quedaron en silencio durante un rato.

-Tengo hambre, Loucan -dijo Lass tímidamente.

Estiró las piernas bajo la toalla y sintió cómo las últimas escamas caían de ellas.

-Me lo imaginaba -dijo él-. A mí también me entra hambre después de nadar. Tengo comida en la cabina; prepararé algo -añadió, y tras prestarle unos pantalones cortos y una camiseta para que se vistiera, entró a la cabina.

Lass se secó las últimas gotas de agua y se puso los pantalones, y al intentar pasarse la camiseta por la cabeza, algo se enganchó con la manga y le apretó el antebrazo.

El reloj de Cyria.

Lass se había olvidado de él por completo; ni si quiera se había acordado de que no era resistente al agua y no pudo contener una pequeña exclamación de preocupación. Al oírla, Loucan subió a la cubierta.

-¿Qué ocurre?

-Mi reloj -farfulló ella, mientras intentaba quitárselo-. No debería haberlo mojado.

-Deja que te ayude.

-Se ha parado -dijo Lass-. Las manecillas se han detenido a las ocho y treinta y cinco. Debe de ser la hora a la que nos metimos en el agua.

-Ya está.

Loucan movió el reloj entre los dedos y vieron cómo caía una gota de agua del interior.

-Se ha estropeado -dijo Lass, sintiéndose mal por haberse olvidado de ello-. Me siento muy mal; lo he cuidado durante tanto tiempo, y Cyria siempre me decía que algún día me contaría lo que el regalo significaba. Pero yo no necesitaba que lo hiciera porque siempre supe que significaba que me quería. Y ahora está roto.

-¿Qué significa? -repitió Loucan-. ¿Ella te dijo que significaba algo?

-Que me quería -repitió ella-. Nunca fue capaz de decirlo, ¿sabes?

-No, Lass, estoy seguro de que es más que eso. Está muy apretado -murmuró él-, y no tiene tornillo ni seguro de ningún tipo, pero yo no sé nada sobre este tipo de joyas. ¿Tendré alguna navaja? -continuó murmurando.

-¡La llave! -exclamó ella-. ¿Crees que es aquí donde escondió la llave?

-Tiene el tamaño adecuado.

-¿Por qué no me lo dijo?

-Quizá esperaba a que fueras adulta.

-Murió de repente, de un ataque al corazón, pocos meses antes de que yo cumpliera los veintiún años. Pero Loucan, esto es solo una idea.

-Por eso estoy buscando una navaja. ¡Maldita sea, se están quemando los filetes! -exclamó él de repente.

-Yo me encargo de ellos. Tú abre el reloj.

Lass entró en la cabina para apagar el gas y después volvió a la cubierta. Vio que Loucan estaba intentando abrir el reloj, y finalmente, tras un pequeño chasquido, la tapa de! reloj se abrió. Salió un poco de agua y allí estaba la parte de la llave que Loucan había estado buscando.

-Sabía que tenías que tenerla -le dijo él-. Debería haber adivinado que Cyria la escondería en un sitio obvio y a la vista, en un sitio que

fuera valioso por sí mismo. Es normal que no quisiera decírtelo hasta que tuvieras veintiún años o quizá más.

Sus azules ojos brillaron, pero ni siquiera la miró.

A Lass se le hizo un nudo en el estómago, y la confianza que había nacido entre ellos se derrumbó.

-Ahora volverás, ¿verdad? -dijo ella, haciendo un esfuerzo por mantener la calma-. Tan pronto como puedas. Esta era la razón más importante por la que viniste. Para encontrar la pieza final de la llave.

Él la miró con la expresión más clara y más abierta de lo que ella se había esperado.

-Te lo dije.

«Sí, pero también me has dicho que me llevarías a Pacífica cuando estuviera preparada», se dijo ella mentalmente.

Hacía solo unos pocos minutos, ella había confiado ciegamente en aquella promesa, pero en aquel momento se dio cuenta de que era con una condición que él no se había molestado en mencionar.

«Siempre que a él le resulte conveniente», añadió en silencio.

-Llévame a casa -le pidió ella-. A mí casa.

Él entrecerro los ojos.

-¿Ahora?

-Sí.

-¿Porque crees que ahora que he encontrado la llave ya no eres importante?

-¿No es así?

-Nunca fuiste importante -afirmó él sin contemplaciones, dejando a Lass boquiabierta-. Pero no me malinterpretes -le advirtió, y Lass se rio.

-¿Es que hay otra forma de verlo?

-Tú nunca fuiste importante -repitió él más suavemente-. ¿Cómo podías serlo si ni siquiera te conocía? Pero te has convertido en alguien muy importante en poco tiempo, y me ha impresionado descubrir que ambos teníamos demonios parecidos en nuestro pasado.

-Sí -aceptó ella.

-Pero no me pidas que acabe con los tuyos por ti, Lass. Tú eres la única que puede hacerlo.

-Pero dijiste que…

-Sí -la interrumpió-, te ayudaré. Te llevaré a Pacífica, si quieres ir. Pero tienes que ser tú la que decida si es lo correcto, y si estás dispuesta a hacerlo. Pero aunque quiera ayudarte, no puedo esperar mucho tiempo. Tu acusación ha sido acertada, esto no tiene nada que ver contigo. Ni conmigo tampoco. No es un asunto personal, y en ese sentido, ninguno de los dos somos importantes.

Loucan se interrumpió un momento para encontrar las palabras adecuadas, antes de continuar.

-Se trata de la seguridad y el futuro de Pacífica y sus habitantes. No voy a mentirte por no hacerte daño, Lass. Tengo la última parte de la llave y me marcharé de aquí pasado mañana al alba, vengas o no vengas conmigo -afirmó él-. Y ahora, ¿quieres comer y tomar una copa de vino?

-Sí, por favor -dijo ella, que pensó que si no comía algo se desmayaría.

-Bien.

-¿Por qué eres tan rudo a veces?

-¿Después de todo lo que hemos hablado, aún te sorprende?

-No. Supongo que no.

Loucan se dio la vuelta y bajó por las escaleras a la cabina sin decir nada más.

Lass se dio cuenta de que él era un hombre que tomaba decisiones y actuaba en consecuencia. Un hombre que cuando veía un problema, trabajaba para encontrar una solución y la aplicaba.

-Comeremos en la cubierta -dijo él cuando volvió-. Me gusta estar aquí arriba. Nunca paso mucho tiempo en la cabina, a no ser que el tiempo sea malo.

Loucan sirvió vino blanco y le ofreció una copa.

Lass tomó un trago de vino y comenzó a comer, sintiendo una extraña mezcla de felicidad, exaltación y paz.

También sintió valor. De repente, todo parecía fácil y posible, y antes de que aquella sensación se desvaneciera, Lass levantó su copa, miró fijamente a Loucan y le dijo:

-Iré a Pacífica contigo. Tienes razón; nunca es taré en paz con mis recuerdos y conmigo misma si no voy.

Él asintió y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su cara.

-Confiaba en que lo hicieras. ¿Estarás lista a tiempo?

-Megan, Susie y Rob se encargarán de todo por mí. En varias ocasiones me han ofrecido comprar el negocio si alguna vez lo quiero vender. Pero ahora mismo no estoy segura de cuánto tiempo quiero estar fuera.

-Espero que sea por una buena temporada…

-Ya veremos.

-… porque hay algo más que quisiera sugerir, Lass.

-¿El qué?

-Quiero que vayas a Pacífica como mi esposa.

Durante unos instantes, Lass no entendió de lo que estaba hablando. ¿Había dicho su esposa? También había dicho que se

marcharía en el plazo de un día y medio, lo cual significaba que quería que se casara con él al día siguiente.

-No hablarás en serio… -logró decir ella.

-No es por amor -se apresuró a decir él antes de que Lass pudiera encontrar una respuesta mejor-. Eso no tiene importancia. Ni siquiera se si existe.

-Pero tú amabas a Tara.

-La deseaba -la corrigió él-. Y para un hombre joven, sin raíces, aquello significaba amor.

-Entonces, ¿de qué se trata?

-Se trata de asegurar tu seguridad, de estrechar la promesa de unidad en Pacífica. Si el hijo de Galen puede casarse con la hija de Okeana, entonces la gente verá que la paz, el compromiso y el cambio tienen una oportunidad.

-Esta es otra de esas ocasiones en las que no vas a molestarte en suavizar la verdad, ¿no es cierto? -dijo ella arrastrando las palabras.

Lass sentía que la piel le ardía y que le faltaba el aire.

-¿Debería hacerlo?

Loucan se acercó a ella, tomó la copa de su mano y la dejó sobre la mesa. De repente, Lass sintió que su deseo por él volvía a surgir y ambos lo sabían. Él le acarició la mejilla y la miró fijamente a los ojos; y quizá ella debería haberse apartado, pero no pudo.

-¿Por qué no intentarlo? -le preguntó él, con la boca muy cerca de la suya-. No es amor, pero, ¿qué importa si nos engañamos al respecto? Los dos queremos que la paz vuelva a Pacífica, queremos que tus hermanos y tú podáis ir allí sin correr ningún peligro. Incluso vivir allí. Y nos respetamos mutuamente. Esas son cosas en las que me rece la pena asentar las bases de un matrimonio.

-¿Un matrimonio duradero? Loucan…

-Si te resulta demasiado duro, no es necesario. Podemos organizar una sencilla ceremonia basada en las costumbres de la gente del mar, y si no resulta, tendrás protección mientras estés en Pacífica y podrás volver aquí como una mujer libre. Un matrimonio así no tiene efecto legal en la superficie. No tienes nada que perder, Lass…

«Excepto mi corazón», dijo ella mentalmente.

-… y mucho que ganar.

Lass asintió, ignorando la voz de alarma que había oído en su interior.

-Es cierto.

Y cuando unos minutos más tarde, aceptó ser su esposa, no supo si era la decisión más acertada y valiente de su vida, o el mayor error.

Capítulo 7

CUANDO la vio, se quedó sin respiración. Al atardecer del día siguiente, Loucan ya estaba en la playa esperando a Lass cuando ella llegó. Habían escogido la bahía más tranquila y a la que se pudiera acceder en el coche de Susie y Rob.

Sorprendidos, habían accedido a ser los testigos de lo que Lass les había dicho que sería una ceremonia de compromiso. Les había explicado que no era una boda, pero que era algo que Loucan y ella quería hacer para afirmar lo que sentían el uno por el otro.

Por supuesto, en Pacífica se consideraría como un matrimonio legal.

Loucan había ido caminando a lo largo de la playa y a través de las ensenadas desde Condys Bay. Había llegado antes de tiempo y sentía unos nervios que un rey, a punto de embarcarse en una sencilla alianza política, no debería sentir.

Caminó descalzo por la orilla de un lado para otro, hasta que escuchó el sonido del coche que se acercaba por el camino; y unos minutos más tarde, Lass apareció sobre la arena, con Rob y Susie caminando a su lado.

Durante unos instantes, Loucan contuvo la respiración, pensando que la última vez que se había , sentido de aquella manera había sido durante los primeros alocados tiempos con Tara. Era normal que siendo un hombre joven se hubiera sentido atraído por una bonita cara o una seductora forma de caminar, pero aquella sofocante sensación era aún más poderosa, porque un hombre maduro no debería sentirse de aquella manera.

Rob tenía un aspecto solemne, mientras que Susie sonreía emocionada. Tanto Lass como ella llevaban un ramo de flores, jazmines y rosas blancas, que debían de haber recogido del jardín de Lass.

Loucan apenas se fijó en el atuendo de la pareja. Solo tenía ojos para Lass.

Ella llevaba un biquini blanco y un pareo de color blanco plateado que caía con suavidad alrededor de sus suaves piernas. También llevaba un velo, de la misma tela, que ondeaba ligeramente alrededor de sus hombros. Se había puesto flores blancas en el pelo, y unos collares de perlas de Pa cífica, de valor incalculable, colgaban de su cuello.

Loucan se los había dado aquella mañana y le había pedido que se los pusiera. Entonces, no le había parecido un regalo apropiado, pero en aquel momento y por la forma en que las perlas brillaban sobre su

cuerpo, parecían algo casi reverente. Aquellos tesoros marinos quizá fueran de un valor incalculable, pero su valor no era nada en comparación con la valía de Lass.

Era una novia digna de un rey.

Su piel brillaba como el oro pálido bajo la blancura de su ropa, las flores y las perlas, y sus curvas se mostraban exuberantes y perfectas.

Al igual que él, caminaba descalza, y Loucan pensó que incluso la forma en que pisaba la arena denotaba su inherente sensualidad.

Loucan sintió que la presión en su entrepierna comenzaba a crecer, y de repente se dio cuenta de que no habían hablado sobre aquella noche. Sería su noche de bodas y él no deseaba consumarla, ya que complicaría demasiado las cosas.

«No sería justo. Pero no se lo he dicho y no sé qué espera ella. Tampoco sé si podré ser fuerte», se dijo mentalmente.

Pero ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Ella casi había llegado a donde él estaba y Loucan pudo ver una serie de complejas emociones pasando por su cara. Parecía avergonzada, decidida, ansiosa y nerviosa, todo al mismo tiempo. Y pudo ver que ella esperaba una noche de bodas en toda regla.

¡Cielos! ¿Por qué no le habría dicho algo? Tanto por su propia seguridad como la de ella.

También se dio cuenta de que estaba asustada, y sin embargo, ella no dudó ni un momento mientras se acercaba hacia él.

Lass le dio su ramo de flores a Susie, alargó las manos y él las tomó en las suyas. Ella lo miró son riente.

-Hola -susurró él-. Estás maravillosa. Perfecta.

Los juramentos que intercambió con Lass fueron solemnes, casi sagrados, y cuando dijo la última palabra, Loucan supo que, por mucho que intentara mantener aquel matrimonio como una simple alianza política, ya había llegado más lejos de lo que él había pretendido.

Al escuchar las palabras de los labios de Loucan, Lass pensó que eran maravillosas. Ella le había preguntado acerca de ellas, al igual que le había preguntado por del atuendo que las sirenas solían llevar, ya que no recordaba haber asistido nunca a una boda de la gente del mar. Loucan le había confirmado que, efectivamente, había unos juramentos tradicionales y le había dicho que las novias solían ir ligeras de ropa.

A Lass le pareció que estaba inseguro; su voz era entrecortada y parecía dudar, y sus labios apenas se movían. Pero sus azules ojos no dejaron de mirarla en ningún momento.

«Debe de estar nervioso también», se dijo a sí misma.

Cuando Lass repitió los juramentos que Loucan había hecho, la luna llena ya se había elevado sobre el océano y todo terminó. Aquello era todo lo que habían planeado; estaban casados.

Con las manos aún entrelazadas, se miraron absortos el uno al otro, hasta que Rob habló:

-¿No vas a besar a la novia, Luke?

-Sí -murmuró él-. Me había olvidado de esa parte.

Loucan frunció el ceño y agachó la cabeza, y Lass cerró los ojos y levantó la cara hacia él, pero fue un beso fugaz en el que sus labios apenas se rozaron. Cuando ella abrió los ojos, él dio un paso hacia atrás, con el ceño aún fruncido.

Hubo un momento de silencio hasta que Susie comenzó a aplaudir; después, arrancó los pétalos de las flores y los lanzó al aire. Una suave brisa los capturó, arrojándolos sobre las cabezas de Lass y Loucan.

Ella se volvió apresuradamente hacia Susie y Rob.

-Os agradezco tanto lo que habéis hecho…

-¡Pero, Lass, si ha sido un honor! También una pequeña sorpresa, pero un honor al fin y al cabo -contestó Susie-. Y no te preocupes por el salón de té; nos las arreglaremos perfectamente mientras estáis de luna de miel. ¡Quedaos todo el tiempo que queráis! -añadió-. ¿Qué hacemos ahora? ¿Queréis que os llevemos de vuelta al barco de Luke? Supongo que estaréis deseando quedaros a solas…

-Volveremos caminando, ¿de acuerdo, Lass?

-Me parece bien -aceptó ella, que aún estaba intentando averiguar lo que aquel lánguido beso le había hecho sentir-. Un paseo por la playa sería muy romántico.

Aquello último lo dijo principalmente por Susie, pero su amiga frunció el ceño.

-¡Pero si está muy lejos! ¿Qué tenéis vosotros dos con la playa? Es como si pertenecierais a ella -comentó, y sus ojos se iluminaron repentina mente-. Casi puedo imaginar que en cuanto Rob y yo nos demos la vuelta, os lanzaréis de cabeza al agua y…

Susie no terminó la frase y se echó a reír.

-¿Susie? -preguntó Rob intrigado.

-No es nada. Olvídalo. Es una fantasía maravillosa pero del todo imposible.

Y sin dejar de sonreír, Susie extendió los brazos y le dio un fuerte abrazo a Lass.

-Me encanta cómo habéis hecho esto -le dijo-, ha sido tan… especial -añadió y le dio un beso a Lass, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Eres una buena amiga, ¿verdad? -le dijo Lass.

Susie abrió los ojos de par en par y dio un paso hacia atrás, aunque no la soltó.

-Por supuesto que sí. ¿Es que no lo sabías?

-Ahora sí.

Unos minutos más tarde, Susie y Rob se habían marchado. Lass y Loucan se quedaron solos en la playa.

-Sabía que estarías preciosa -le dijo él.

-Gracias -contestó ella y sintió que comenzaba a sonrojarse.

-Pero i a realidad ha hecho añicos mis expectativas. Estás más que preciosa. Gracias por aceptar hacer esto. Sé que no fue una decisión fácil para ti, y haré todo lo que esté en mi mano para que no tengas que arrepentirte.

Lass pensó que aquel era un discurso extraña mente formal para unos recién casados y lo miró frunciendo el ceño.

Él contestó inmediatamente su pregunta silenciosa.

-Me he dado cuenta de que deberíamos haber hablado con claridad sobre lo que todo esto implica -le dijo-. No tengo intención de consumar el matrimonio, Lass. No quiero que ninguno de los dos nos olvidemos de la verdadera razón de todo esto.

Lass se revolvió.

-¿Y eso ocurriría si nos acostamos juntos? ¿Y estás sugiriendo que soy yo la que no sería capaz de conservar la perspectiva?

-Me refiero a los dos -gruñó él-. Podría suponer un problema para los dos. Sabes que es así. Y no quiero que pienses que no siento lo mismo que tú. Este deseo que crece entre ambos es tan fuerte en mí como en ti. Pero no quiero esa distracción; desearnos de esa manera no significa nada. No cuando hay muchas otras cosas más importantes.

Aquello era difícil de rebatir.

Lass se sintió egoísta y trivial por haber pensado en su noche de bodas a nivel personal. Sabía exactamente de dónde salía aquel razonamiento, y se preguntó si no entendería ella mejor que él lo mucho que tenía que ver con su pasado personal. No le gustaban sus razonamientos ni sus elecciones.

¿Acaso no había sitio tanto para Pacífica como para las necesidades de ambos? Pero al ver la firme decisión en su cara, decidió guardarse la pregunta para sí.

Quizá lo deseara con una fuerza que nunca había imaginado posible, pero aquello no significaba que se dejaría cegar por su frialdad.

Ella era más fuerte que aquello.

-Mira -dijo él, interrumpiendo sus pensamientos-. Ahí están los delfines.

Lass miró en la dirección que él señalaba y vio a dos delfines persiguiéndose el uno al otro, jurando.

-Me encantan cuando están de buen humor -dijo ella, riéndose.

-Quizá nosotros también podamos ponernos del mismo humor. No hay nadie más en la playa.

Aquella noche ella no necesitaba que la convenciera. Ambos necesitaban distraerse, así que caminó mar adentro hasta que el agua le cubrió los muslos. Se detuvo, dudando si quitarse el velo, pero vio que Loucan llevaba una bolsa alrededor del pecho para guardar la ropa, así que se lo quitó, aunque en aquella ocasión se dejó puesto el biquini. Después, nadaron con los delfines durante una hora.

«Si él no estuviera aquí, no sentiría la felicidad que siento, y sin embargo ha puesto mi vida patas arriba. Sabía que esto tenía que ocurrir y, en algunos aspectos, no podía haberme imaginado a un mensajero mejor. Lo deseo con fuerza, pero no es un sentimiento dichoso porque él no me lo está poniendo nada fácil. ¿Podría llegar a ser un hombre adecuado al que amar? Lo dudo. Me daría miedo amar a un hombre como él…», se dijo Lass mental mente mientras nadaba en el océano.

Pasaron dos horas hasta que Loucan y ella se subieron a la cubierta del Ondina.

Aquel día, Lass había llevado ropa al barco, así que en aquella ocasión tenía algo para ponerse. Como la noche era húmeda y cálida, y su piel aún estaba sensibilizada por la caricia del océano, se puso unos pantalones cortos vaqueros y se dejó puesto el biquini.

Lass era demasiado consciente de lo pequeño que era, de la forma en que sus pechos se movían y de la forma en que los finos tirantes definían sus hombros, pero sabía que si se cambiaba solo con seguiría llamar la atención sobre aquel hecho.

Loucan también se puso unos pantalones cortos y una camisa con las mangas cortadas a la altura del hombro, que resaltaban la musculosa forma de sus brazos,

A Lass le resultó difícil apartar la mirada.

-¿Tienes hambre? -la preguntó con naturalidad, pero por una vez, Lass no estaba hambrienta.

Sus emociones estaban a flor de piel y se le había hecho un nudo en el estómago.

Tal y como Loucan había planeado, saldrían del puerto al día siguiente con las primeras luces, y les llevaría unos diez días llegar a Pacífica.

Diez días en aquel barco con Loucan.

El elegante navio no era lo suficientemente grande, y quizá Lass,

por el simple hecho de ser una inexperta en comparación con él, era más consciente de aquello que Loucan. Podía ver la verdad con claridad: acabarían por acostarse juntos.

-Todavía no tengo hambre, pero tú come -le dijo-. No hace falta que me esperes. Yo voy a des cansar aquí afuera un rato -añadió y sintió que el pulso se le aceleraba.

«Y voy a intentar averiguar cómo sobrellevar esta situación», añadió mentalmente.

-De acuerdo.

Loucan entró en la cabina y Lass se sentó en el borde del barco, con las piernas colgando hacia fuera. Lo hizo a propósito para estar de espaldas a él.

Lass se dijo a sí misma que podía esperar.

«Dentro de un día o dos, la tensión entre nosotros será tan fuerte que saltará con un simple roce, ¿y cómo vamos a evitarlo estando en un barco? Él ha hablado de distracciones, pero desearnos como lo hacemos e intentar evitar que ocurra sería la mayor distracción de todas» , se dijo ella.

En vez de eso, Lass pensó que podría facilitar les las cosas a ambos.

«Podría seducirlo esta noche», añadió en silencio.

Si es que se atrevía.

En aquel momento comenzó a escuchar truenos y al mirar hacia la distancia, vio los rayos que rompían sobre las copas de los árboles. A los cinco minutos, el aguacero la obligó a entrar en la cabina.

Loucan levantó la mirada del plato.

-¿Empieza a estar un poco húmedo ahí afuera?

-Solo un poco.

La temperatura también había bajado, y la lluvia había comenzado tan de repente que estaba casi empapada.

Lass tembló y supo que aquel brusco movimiento haría que él dirigiese su mirada hacia el pequeño biquini. Tenía los pezones hinchados del frío, y cuando se abrazó a sí misma el gesto elevó sus pechos, haciéndolos parecer más grandes.

En la cabina hacía calor y se estaba a gusto. Quizá demasiado.

Cuando se sentó a la mesa, enfrente de él, sus rodillas se rozaron y una vez más Lass pensó en los diez días que tenían por delante; diez días in tentando no tocarse, en un espacio tan reducido, comiendo juntos y durmiendo separados por una fina pared.

Loucan tenía que estar bromeando.

-La lluvia ha cesado. Voy a ver si…

-Voy a comprobar los amarres, por si se han…

Hablaron y se movieron al mismo tiempo, chocando el uno con el

otro a mitad de frase. Loucan la sujetó por los codos para no perder el equilibrio y le pisó los pies descalzos con el zapato. Ella exclamó dolorida y justo en el momento en que se agachaba para mirarse el pie, él también lo hizo, para ver si le había hecho alguna herida. Entonces sus frentes se chocaron.

-Lo siento -se disculpó ella.

-Ha sido culpa mía. Lo siento. ¿Estás bien?

Loucan aún la sujetaba y Lass sintió que su cuerpo se movía hacia él como un imán.

Un rato antes, cuando estaba en la cubierta pensando que tenía que tomar una decisión, había creído que requeriría de todo su valor.

Pero en aquel momento se dio cuenta de que era tan sencillo y obvio que no quedaba otra alternativa.

Lass lo miró a la cara, rodeó su cuello con las manos y acarició su nuca de manera deliberada mente seductora. Aunque tuvo que admitir que también se sentía ligeramente temblorosa.

-Estoy bien, Loucan. No me duele nada -le dijo ella con suavidad.

Y entonces lo estrechó contra su cuerpo y lo besó.

Al principio, él no movió la boca. Lass bajó las manos hacia su cara y acarició sus mejillas suave mente; entreabrió los labios y, ladeando la cabeza, comenzó a besarlo alrededor de los labios.

Su piel tenía el sabor de la sal y estaba caliente, y Lass no pudo desear estar en otro lugar del mundo.

Las manos de Loucan reaccionaron con más rapidez que su boca, y Lass sintió sus caricias sobre la cintura desnuda; eran manos impacientes, sin deseo alguno por detenerse. El apretó sus caderas contra su cuerpo y entonces comenzó a besarla.

Lass sintió un dulce alivio por todo el cuerpo y una sensación de confianza y triunfo se apoderó de ella.

¿Qué habría hecho si él hubiese encontrado la fuerza suficiente para rechazarla?

-Lass -murmuró él-. No creo que pueda… no quiero…

-Si piensas siquiera por un segundo -dijo ella con vehemencia-, que podemos detener esto, que yo voy a dejarte detenerlo, estás muy equivocado. ¡Atrévete a intentarlo!

Lass tenía razón.

Y con cada ansioso movimiento de su boca sobre la de él, Loucan supo que era cierto.

Diez días en el barco con aquella virginal mujer, mostrándole con su cuerpo todo lo que sentía y todo lo que deseaba. No podría permanecer impasible.

Lo que le había dicho unas horas antes, después de la ceremonia,

había sido una completa estupidez; los dos explotarían si aquel deseo no se con sumaba,

-Enséñame, Loucan -susurró ella-, Ayúdame y enséñame qué hay que hacer. Quiero que me lo enseñes todo.

-¡Sí! -exclamó él con voz ronca.

La idea de tener que ponerla al día en quince años de experiencia podría haberlo intimidado, pero en vez de eso, hizo que la sangre corriese veloz por sus venas.

Diez días ya no eran el interminable intervalo que se había imaginado hacía unos minutos; solo eran un suspiro, y él pensó que no sería suficiente tiempo para darle a Lass lo que merecía.

Y en lo que se refería a aquella noche…

Durante un largo rato se limitó a besarla, profundizando en su boca cada vez más. Loucan llevó las manos a sus pechos y los acarició suavemente por encima de la tela del biquini; después, la tocó por encima de los pantalones, plantando la palma de su mano sobre el suave montículo que unía sus muslos y sintiendo cómo crecía su calor.

Su piel era increíblemente sensible y su respiración se había vuelto rápida y agitada por el deseo y la urgencia. Y cuando él le desabrochó el biquini y la tomó plenamente entre sus manos, Lass gimió.

En aquel momento, ella sintió la excitación de Loucan y, sujetándolo por las caderas, se movió para que sus muslos se acoplaran y comenzó a balancear las caderas suavemente. Aquello lo volvió loco y cuando se lo dijo, Lass se rio, lo besó con más pasión aún y se movió con mayor rapidez.

Entonces, Loucan saboreó algo salado en sus mejillas.

¡Dios mío! ¿Estaba llorando?

Sí, Lass estaba llorando, pero de felicidad.

Él se apartó para poder mirarla y se dio cuenta de que ella no se avergonzaba de sus lágrimas. También sonreía.

-No pares -le suplicó.

-Tenías razón -murmuró él-. No podría aunque quisiera.

-Quiero tocarte.

Lass le desabrochó los dos primeros botones de la camisa y después él se la sacó por encima de la cabeza.

Loucan se quedó quieto mientras ella recorría sus musculosos hombros y su torso con las manos. Su hambre le calentó la sangre aún más, y deseó sentir la presión de sus pechos y sus endurecidos pezones contra su cuerpo.

Aquello era importante y Loucan se dio cuenta de que para ella también lo era. Sus ojos verdes se habían oscurecido y no la avergonzaba el placer que le proporcionaba el mirarlo.

Lass quería que él también la mirase y su cuerpo se lo dijo con claridad; no intentó ocultar la exuberante respuesta de sus pechos, y cuando él rozó sus pezones suavemente con los dedos, ella cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y gimió.

-Quiero verte y quiero tocarte -dijo ella unos minutos más tarde, y Loucan notó que le estaba desabrochando el pantalón.

Él la ayudó y en un segundo estuvo desnudo. Lass pudo ver y sentir toda su excitación.

Loucan tragó saliva. Casi cualquier mujer de su edad habría sabido qué hacer, pero Lass no lo sabía.

Ella no buscaba resultados, sino que se limitó a explorar, y aquello resultó ser mucho más erótico de lo que él se había imaginado.

Sus dedos eran curiosos y delicados, y cuando !o abandonaron durante un incalculable intervalo de tiempo, él intentó que volviesen. ¿Qué estaba haciendo?

Lass se estaba quitando los pantalones. Y no lle vaba nada debajo.

-Lass -gruñó él-. ¿Aquí?

-Así no tendremos que movernos.

-Pero…

Apoyándose en las manos, Lass se aupó sobre la mesa y se sentó justo en el borde. Después, echó los brazos hacia atrás y se apoyó en ellos, de manera que sus pechos se irguieron hacia él, haciéndolos parecer más exquisitos que nunca.

Y ella lo sabía. Sabía el exuberante y apetecible aspecto que tenía todo su cuerpo. Al mismo tiempo se estaba sonrojando y a él le encantó aquello.

Le encantaba ella.

Claro que había sospechado, incluso sabido, lo sensual y receptiva que sería, pero no se había esperado que ella llevase la voz cantante de aquella manera, con aquella cautivadora combinación de atrevimiento y nervios.

-Así no -dijo él con la voz ronca-. Siéntate recta, justo en el borde. Déjame…

-No, Loucan -susurró ella, y le rodeó el cuello con los brazos-. No me lo digas. Enséñame -le su plicó.

-Te enseñaré durante toda la noche.

Ella ya no llevaba la iniciativa. A los dos se les había acabado la paciencia.

Loucan le sujetó las piernas mientras ella le rodeaba el cuerpo con ellas y los dos se sumergieron en un mundo atemporal, sin palabras, sin nada salvo sus cuerpos moviéndose al unísono.

Eran las dos de la mañana cuando se quedaron dormidos,



abrazados en una de las literas, y el último pensamiento de Loucan fue que nunca la dejaría marchar.

Capítulo 8

CUANDO Lass se despertó el barco ya se es taba moviendo, y pudo sentir la sutil vibración del motor y el suave balanceo del casco sobre el agua.

Se quedó echada por un momento, disfrutando de la satisfacción que sentía tras haber hecho el amor con Loucan.

No se arrepentía de nada. Ni de lo que habían hecho ni de haber llevado ella la iniciativa la mayor parte del tiempo. A Loucan le había gustado, estaba segura. Aún podía recordar el fuego de sus ojos.

Debería sentirse exhausta, pero en vez de eso, se sentía viva y llena de energía. Se bajó de la litera y tras arroparse con la sábana, se dirigió a la cabina adjunta para vestirse.

Por el pequeño ojo de buey pudo ver que a penas estaba amaneciendo.

Se puso un biquini negro, unos pantalones cor tos blancos ajustados y una ajustada camiseta de algodón, estampada con pequeñas flores rojas.

Cuando subió a la cubierta se acercó al timón, donde estaba Loucan sacando el barco del puerto.

El cielo se estaba aclarando, pero había una niebla sobre el agua y hacía frío.

Él la rodeó por los hombros y la besó lenta y delicadamente.

-¿Estás preparada para esto?

-Sí -dijo ella despreocupadamente.

Lass no pensaba en lo que vendría. En aquel momento, sintiendo como sentía que encajaban tan bien juntos, nada parecía imposible.

Loucan dejó su brazo alrededor de la cintura de Lass y ella se apoyó contra él, contentándose con mirar cómo dirigía el barco con confianza, cómo atravesaban las olas y la forma en que el sol subía y evaporaba la niebla de la mañana.

-¿Te apetece desayunar? -le preguntó él.

-Me encantaría. Puedes bajar a la cabina, ¿ver dad? No se mucho sobre barcos, pero supongo que puedes poner el navegador automático.

-Sí. Algo así -dijo él y sonrió-. ¿Tienes algo en mente?

-Bueno, el desayuno y después…

-¿Sí?

-He visto que tienes algunos libros y un par de juegos de mesa a los que podemos jugar.

-El Monopoly o el Intelect estarían bien -concedió él.

Ambos sabían que estaba bromeando y ella se echó a reír,

deshaciéndose en carcajadas.

Loucan la abrazó y la besó hasta que se tranquilizó, y no bajaron a desayunar hasta una hora más tarde…

Con la ayuda del océano y el buen tiempo llega rían a Pacífica al día siguiente. Loucan lo sabía y deseó que alguna horrible tormenta tropical estallase y los alejase de su curso.

Lass y él acababan de pasar los mejores nueve días juntos; había hecho buen tiempo y los vientos habían soplado a su favor, de manera que habían hecho la mayor parte del viaje navegando con las velas y solo "habían tenido que usar el motor en un par de ocasiones para aumentar la velocidad. Por el camino se habían detenido en un par de puertos para hacer acopio de comida, combustible y agua, y habían aprovechado ambas ocasiones para relajarse y explorar los alrededores de los puertos, ver tiendas y comer en pequeños restaurantes que miraban al mar. Cualquier otra pareja lo habría llamado luna de miel, pero Loucan no se atrevía. Se había dado cuenta de lo cerca que Lass estaba de enamorarse de él, y por su bien sabía que debería estar haciendo todo lo que pudiera para evitarlo.

Pero en vez de eso se había limitado a ver cómo crecía dentro de ella. Ver a Lass Morgan enamorarse era maravilloso. Hacía que sus ojos brillaran y que sus labios parecieran más suaves. Y la hacía consciente de su propio cuerpo.

Comiendo en la cubierta, o tomando una taza de chocolate caliente en la cabina a altas horas de la noche, hablaron sobre cientos de cosas distintas y Loucan había llegado a conocerla mejor que a ninguna mujer; mejor incluso que a Tara, porque entre ellos había habido mucha más sinceridad de la que él se había permitido durante su matrimonio.

Lo único sobre lo que no había sido sincero era acerca de sus sentimientos.

No podía amarla.

No podía permitírselo. Tenía que mantener su corazón y su cabeza libres por el bien de Pacífica. Cuanto más se acercaban más le pesaban las necesidades y los problemas de su país. La alianza con Lass había sido por política, no por amor, y sería peligroso para los dos si se olvidaban de aquello.

«Desde el primer día que la vi, me ha afectado mucho más de lo que pretendía. ¿Cómo he podido dejar que sucediera cuando tenía unas metas tan claras?», se dijo mentalmente.

Era media tarde y una vez más, ella estaba en la cubierta tumbada boca arriba, tomando el sol des nuda. Con solo mirarla la deseó y, un momento más tarde, cuando ella se dio la vuelta y le sonrió, Loucan

tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartarse del timón.

-Hola, Capitán -dijo ella suavemente.

Loucan apretó las manos alrededor del timón y no le devolvió la sonrisa; se sentía furioso consigo mismo. Había llegado el momento de retomar el control de la situación, así que comprobó sus cartas de navegación y ajustó el rumbo del barco.

Al día siguiente, sobre las ocho o las nueve de la mañana, llegaría al pequeño y deshabitado atolón donde podría dejar su barco durante varias semanas sin peligro alguno. Desde allí, a una o dos a nado, llegaría al reino secreto de Pacífica.

Su cabeza se llenó de preguntas, ¿dónde estaría Joran en aquel momento? ¿De qué bando estaría? ¿Cuántas personas en Pacífica comprendían como él que Joran solo pensaba en sí mismo?

-¿Ocurre algo, Loucan?

-No. Todo está bien -le mintió-. Solo estaba comprobando nuestro nuevo curso.

Se obligó a sí mismo a no mirarla y retomó de nuevo sus pensamientos.

Lass aún no le había dado su parte de la llave. Tampoco habían hablado acerca de ello, y él real mente no se la había llegado a pedir. Loucan se preguntó si cuando se la pidiera, ella confiaría en él.

-Puedo preparar algo para picar antes de cenar -ofreció Lass.

-Yo no tengo hambre, pero tú come lo que quieras.

Loucan intentó hablar con la mayor normalidad y tranquilidad de la que era capaz.

Pero vio la decepción en su cara. Le resultaba muy fácil leer sus emociones.

Ella querría llevárselo a la cama, o quizá solo la ocasión de darle un beso, charlar y reírse juntos. A los dos se les daban muy bien todas aquellas cosas.

Loucan pensó que quizá no debería ser tan duro consigo mismo.

-Muéstrame Pacífica en el mapa -le pidió ella después de un momento de silencio.

-No está en el mapa -gruñó él-. Este mapa lo han hecho personas que no saben que Pacífica existe.

-Pues entonces muéstrame en el mapa dónde estaría Pacífica si las personas supiesen que existe -dijo ella pacientemente.

Loucan no detectó enfado en su voz y se dio cuenta de estaba siendo poco razonable.

-Aquí, al sureste de Hawai.

Hizo una pequeña muesca sobre el mapa y ella se inclinó para verlo más de cerca. Loucan inhaló su aroma y al rozar su brazo

desnudo, sintió que estaba caliente del sol y húmedo de la crema que se había echado. El pequeño detalle de su desnudez resultaba difícil de ignorar, pero hizo un es fuerzo.

-Y ahora mismo estamos aquí.

Hizo otra pequeña muesca, solo que aquella vez su uña atravesó el papel, haciendo un agujero. Loucan maldijo en voz baja e intentó repararlo.

-Estamos muy cerca, ¿verdad?

-Mañana por la mañana dejaremos el barco. Cruzaremos el último kilómetro a través de los arrecifes de coral a nado y llegaremos a Pacífica a la hora de la comida.

A Lass se le cortó la respiración repentina mente. Loucan se dio cuenta y recordó que su madre y ella habían estado nadando juntas entre los arrecifes cuando asesinaron a Wailele.

Loucan endureció su corazón y simuló no darse cuenta de que Lass estaba luchando contra aquel recuerdo; no quiso darle el apoyo que probable mente necesitaba. Ella era lo suficientemente fuerte para superarlo.

-Creo que me estoy quemando -dijo ella después de un largo silencio-. Voy a vestirme.

-Lass…

-¿Mm?

Su nombre se le había escapado sin querer de los labios.

-No importa.

Lass se encogió de hombros ligeramente, sonrió y bajó a la cabina.

Cuando volvió unos minutos más tarde, llevaba unos ligeros pantalones de algodón y una de aquellas ajustadas camisetas que no le dejaban lugar a dudas acerca de lo que su cuerpo provocaba en él.

-¿Ahora puedes hablar? No hagas como que no sabes a qué me refiero.

Los músculos de la cara de Lass se tensaron, pero su voz sonó decepcionantemente tranquila y dulce.

-Loucan, solo te he pedido que no disimules. Algo ha cambiado. Cuando miraste el mapa y viste lo cerca que estamos de Pacífica. Incluso antes de eso -añadió ella con voz ronca, pero consiguiendo dominar las lágrimas-. Algo ha cambiado.

Loucan se preguntó cuánto daño estaba dispuesto a hacerle y cuándo estaría preparado para ello. En aquel momento podría hacerlo deliberada mente y al menos ella tendría la oportunidad de superarlo en la intimidad. Aunque por otra parte, si esperaba a llegar a Pacífica, no tendría que decirle nada; descubriría por sí misma el poco tiempo que tenía para ella cuando había asuntos más importantes en que

pensar. La segunda opción le ahorraría una incómoda situación, pero dejaría a Lass aún más vulnerable. Tenía que hacerlo en aquel momento; se lo debía después de los nueve días que habían pasado juntos.

-Nada ha cambiado -dijo él con toda la calma de la que fue capaz-. La luna de miel se ha terminado, eso es todo. Cuando lleguemos a Pacífica tendrás que representar el papel de mi esposa; tendremos que aparecer en público, ocasiones en las que será vital nuestro mutuo compromiso por la paz, pero en privado no tendré mucho tiempo para ti, al menos no como lo hemos tenido en el barco.

-¡No esperaba que lo tuvieras! ¡O que lo tenga yo!

-No estoy hablando solo de tiempo, estoy ha blando de sentimientos; este matrimonio ha sido una estrategia política y creo que los dos corremos el peligro de olvidarlo.

-Así que estás recordándome que no haga alguna tontería como enamorarme de ti.

-Más o menos.

-¿No crees que es un poco arrogante por tu parte asumir que tal recordatorio es necesario?

-La arrogancia es una falta de la que me han acusado en más ocasiones.

-¡Estoy segura de ello! ¿Y crees que tú sí eres capaz de controlar y mantener separadas tus necesidades corporales de tus sentimientos, y yo no? -preguntó ella.

-No, Lass, yo…

-¡Claro, claro. Ya lo entiendo! -exclamó, riéndose indignada-. Eres tan bueno en la cama que cualquier mujer, sobre todo una virgen, que disfrute de tu maravillosa actuación será tu esclava sexual para el resto de su vida. ¡Muy bueno, Loucan! -dijo sarcásticamente-. Supongo que es algo territorial; un hombre lo suficientemente arrogante para creer que puede sacar a una nación de veinticinco años de guerras no tendrá ningún problema en pensar que todas las mujeres a las que conoce están secretamente coladas por él.

-Tú no has…

-Y como yo he sido muy abierta a la hora de de mostrar mi deseo por ti, debo de estar completa mente desesperada. No podía ser que hubiera habido algo muy mágico e importante sobre conocer mis deseos femeninos después de tanto tiempo. Pues deja que te diga algo: no me conoces ni me comprendes tanto como tú creías, rey Loucan. ¡Estoy furiosa contigo!

Y sin darle ocasión a contestar, Lass se dio la vuelta y bajó a la cabina.

-No ha estado mal -murmuró Loucan.

Sus manos apretaban el timón con tanta fuerza que sus nudillos se habían puesto blancos y sentía una gran tensión alrededor del cuello. Estaba seguro de que ella nunca había tenido un arranque de ira como aquel en toda su vida. Para ser una mujer que había mantenido sus emociones controladas durante tanto tiempo, había sido impresionante.

Lo suficiente para que él se hiciera algunas preguntas serias. La primera de ellas era si había hablado en serio. Lass era una combinación única de fuerza y vulnerabilidad, y él no estaba seguro de cuál de aquellas cualidades acababa de presenciar.

Quizá tuviera razón, quizá fuera arrogante por su parte sugerir que su sensual reacción hacia él acarrearía alguna emoción más profunda que él no pudiera corresponder. Loucan no podía recordar la última vez que se había sentido tan inseguro acerca de algo tan importante.

En la cabina, Lass estaba hablando con el espejo.

-Bueno, Lass Morgan, ¿crees que habrá aprendido algo o ha sido una equivocación?

Tenía treinta y tres años y era la primera vez que explotaba con alguien de aquella manera. Se sentía… ¿avergonzada? No. ¿Triste? En absoluto.

Era una sensación maravillosa. Sentía un cosquilleo por todo el cuerpo, las mejillas le ardían, se sentía viva, enfada con Loucan y extremadamente satisfecha de habérselo dicho.

Pero las personas se enfadaban con aquellos a los que amaban. ¿Estaría ella enamorada de él?

Lass se dirigió a la pequeña cocina y se dispuso a preparar la cena.

-Pacífica, mañana estaremos en Pacífica.

No le parecía posible. Pacífica apenas era ya un sitio real para ella. Era una combinación de recuerdos confusos, algunos buenos y otros malos. Es taba segura de que habría sido capaz de recordar más si el recuerdo más terrible de todos no la hubiese atormentado durante tanto tiempo. Durante veinticinco años no había querido recordar Pacífica de ningún modo.

Y en aquel momento, por primera vez, intentó hacer que los recuerdos volviesen.

Cuando terminó de preparar la cena, subió a la cubierta.

-He preparado la cena -le dijo a Loucan al tiempo que le rozaba el brazo-. Pasta con gambas. ¿Puedes bajar a la cabina a comer? Tengo algunas preguntas que hacerte.

Loucan la miró de reojo y ella estaba segura de haber detectado un brillo de curiosidad y respeto en sus ojos.

¡Por supuesto que debía respetarla! Y también podía sentir curiosidad si quería, porque no había ningún misterio en todo aquello.

-Sobre Pacífica -añadió ella-. Quiero saber cómo son las cosas allí ahora.

Loucan asintió.

-Claro. Tienes razón.

-Debería habértelo preguntado antes.

Pero hasta aquel momento no había tenido el valor suficiente.

También tenía algo que decirle: no iba a darle la llave hasta que ella pensara más sobre cómo debe rían usarse los secretos del cofre de su padre.

Loucan sujetó la mano de Lass mientras cruzaban los arrecifes de coral. Los primeros cuatro cientos metros eran sorprendentemente maravillosos, una increíble barrera de color y movimiento. Encendida por los rayos del sol, el agua se veía pura, aguamarina traslúcida. Era como nadar entre piedras preciosas líquidas.

Al principio a Lass le costó creer que aquel paraíso fuera el escenario de la pesadilla que la había atormentado durante veinticinco años, pero entonces llegaron a un lugar donde el color y la composición de las rocas cambió y donde los arrecifes habían sido destruidos. Lass sintió que el pulso se le aceleraba y se volvió hacia Loucan.

-¿Qué ha pasado aquí? ¡Es tan feo!

Solo después de decirlo, se dio cuenta de que no había llegado a pronunciar las palabras. Le había hablado mentalmente.

Era la forma en que se comunicaban bajo el agua. Hacía veinticinco años que no pensaba en ello, pero en aquel momento en que lo necesitaba y al tiempo que sus recuerdos comenzaban a fluir, lo recordó.

-Las guerras -le contestó él-. Las guerrillas de ambas facciones han adaptado la tecnología de nuestro pueblo para obtener energía del fósforo. Ahora lo utilizan para fabricar explosivos.

La noche anterior, él le había hablado de los esporádicos estallidos de violencia y también le había confiado las cuatro partes de la llave de Okeana.

-Tienes razón, deberías ser tú la que rompa el sello -le había dicho él-, conmigo a tu lado. Hasta que llegue el momento adecuado, nadie sabrá que tienes la llave. De hecho, muchas personas de Pacífica ni siquiera saben que existe, o no conocen el valor de lo que tu padre ocultó.

-Joran sí lo conoce.

-Sí, por desgracia. Así que guárdala en tu bolso cuando nos

marchemos del barco y una vez que hayamos entrado en Pacífica, busca un lugar seguro donde esconderla; ambos sabremos el momentó adecuado para ir juntos a romper el sello.

Lass no había hecho exactamente lo que él le había dicho, sino que había dejado dos partes de la llave en el barco de Loucan y se había guardado las otras dos en el bolso.

Un poco más adelante, Lass reconoció el lugar donde terminaba el arrecife y el agua se hacía más profunda. Ya casi habían llegado.

De repente, recordó que dentro de un día volvería a ver a sus hermanos. La noche anterior habían recibido un mensaje por radio, comunicándoles que ellos se encontraban en otro barco y se dirigían hacia allí.

La anticipación que sentía ante la idea de volverlos a ver ahuyentó los malos recuerdos mientras cruzaban por los familiares arrecifes de coral.

«Lo he conseguido», se dijo mentalmente. «He cruzado los arrecifes sin que el pánico se apode rase de mí. He vuelto a descubrir su belleza sin ver el terror. Aquí es donde empecé a amar la belleza; mi madre me enseñó a hacerlo y es algo que se ha quedado dentro de mí a pesar de todo lo que sucedió después. Ahora sé que su muerte no fue mi único legado cuando me marché de aquí».

Lass se sintió corno si acabase de encontrar una preciada posesión que había creído perdida.

Un momento más tarde, Loucan aminoró la velocidad y ella se dio cuenta de que delante de ellos había unas figuras borrosas; eran tritones y sirenas. Hicieron una señal que no significó nada para ella, pero que Loucan reconoció.

-Son amigos, una patrulla de seguridad, pero me sorprende que estén tan alejados de nuestro cuartel general.

Comenzaron a nadar rápidamente todos juntos y Lass no pudo evitar preguntarle a Loucan qué ocurría.

-Hay problemas -le dijo él-. Además, siento decirte que no podrás encontrarte con tus herma nos aquí, al menos no por el momento. Esperarán en el barco hasta que sea más seguro venir aquí. Carrag, el jefe de la patrulla, ha estado en contacto con ellos -le explicó-. Él ha sido mi aliado durante mucho tiempo y nos ha advertido de que seamos precavidos. ¡Pero no me asustarán!

-¡A mí tampoco! -dijo ella inmediatamente-. Ya no -añadió, y supo que aquellas palabras le agradaron aunque no dijo nada.

-Ahora nos dirigimos al cuartel general. Cuando lleguemos tendré que reunirme con mis consejeros para hablar de la nueva situación de crisis que ha provocado Joran. Selkia y Nacre cuidarán de ti.

Loucan señaló hacia dos de las sirenas de la patrulla. Se detuvo para mirar a Lass y por un momento, ella pensó que iba a decirle algo más, quizá algo personal, pero Loucan retomó la marcha.

Capítulo 9

LOS SIGUIENTES días fueron una mezcla de nuevas impresiones y recuerdos reencontrados. Selkia y Nacre se tomaron muy en serio la tarea de cuidar de Lass. Ambas eran sirenas jóvenes y guapas, y resultaron ser hermanas. Lass sintió envidia de lo bien que parecían llevarse.

A Lass le costaba entenderlas y no comprendía muchos de sus chistes y bromas, ya que hablaban en un inglés arcaico, como los piratas del siglo dieciocho.

-Selkia forma parte de una patrulla que mañana cruzará los arrecifes para contactar con tus hermanos -le dijo Nacre a los dos días de estar en Pacífica-. Loucan piensa que la situación ya es segura para que vengan; Joran no ha lanzado el ataque que todos temíamos. Pero la decisión de venir o no depende de tus hermanos. Quizá decidan esperar un poco más -añadió.

Nacre continuó hablando de la situación estratégica, pero Lass no le prestó atención. Lo único en lo que podía pensar era en sus hermanos.

¿Por qué no podía ir ella también con la patrulla?

-¿Hay alguna posibilidad de que vea a Loucan esta noche? -le preguntó a Nacre.

-Puedo enviarle un mensaje diciéndole que quieres verlo.

-¿De verdad?

Nacre prometió enviar el mensaje y debió de mantener la promesa, porque justo antes de que Lass se acostara, recibió su respuesta.

-Loucan dice que no puede verte esta noche.

Al principio, Lass se sintió frustrada y después furiosa. Lo único que quería de él eran cinco minutos de su tiempo.

Tal y como estaban las cosas, tenía dos opciones. Podía olvidarse del asunto y volver a aplazar el ansiado encuentro con sus hermanos, o podía ir ella misma en busca de Loucan.

No. Tenía una tercera opción.

Si Loucan no era capaz de concederle unos pocos minutos, ella no veía la razón por la que tu viera que consultarle.

Lass sabía dónde dormía Selkia y podría esperar por allí cerca para unirse a la patrulla por la mañana. Como no sabía a qué hora habían pensado salir, y no estaba segura de que fuera a despertarse a tiempo, decidió quedarse toda la noche junto a la salida de las cavernas.

Aquello la dejó exhausta ya que no pudo dormir bien, pero a la mañana siguiente, justo cuando el sol comenzaba a penetrar en el agua, Lass se unió a ellos.

Selkia pareció sorprendida cuando la vio nadar con la patrulla.

-Loucan piensa que no habrá peligro -se apresuró Lass a decirle a la sirena.

La patrulla aceptó su presencia y a medida que la luz aumentaba bajo el agua, Lass cruzó de nuevo los arrecifes.

Continuaron nadando y Lass tuvo que hacer un esfuerzo para mantener el ritmo. El otro día no se había dado cuenta de ello, pero Loucan debió de haber controlado su velocidad para que ella no se quedase atrás.

«Me gustaría que estuviese aquí», se dijo ella en silencio.

Algo se revolvió en su interior y de repente, deseó sentir su tacto, o simplemente su presencia junto a ella. Por mucho que lo intentara, la rabia que sen tía se mezclaba siempre con otros sentimientos más poderosos en lo que a Loucan se refería.

Sintió que los músculos le quemaban, y una poderosa necesidad de respirar aire puro, en vez de filtrar el oxígeno del agua a través de las branquias, se apoderó de ella. La falta de sueño de la noche anterior no la había ayudado a reponer energías y la pareció que pasaban horas hasta que comenzaron a subir hacia la superficie.

Cuando emergieron, Lass inspiró profunda mente, llenando sus pulmones de dolorosas bocanadas de aire.

Atisbaron el barco que estaban buscando, y en el cual esperaban sus hermanos.

Aquel momento nunca lo olvidaría.

El barco se dirigía hacia ellos y en poco tiempo, Lass pudo distinguir varias siluetas sobre la cubierta. El sol brilló sobre dos cabezas rubias, una del color de la miel y la otra del color del trigo.

-Phoebe y Kai -susurró Lass para sí misma.

Ambas mujeres llevaban coloridos biquinis, y a su lado, había dos fornidos y bronceados hombres. Uno de ellos se estaba poniendo el traje de buceo.

Lass vio otras dos figuras más: un hombre y una mujer, completamente equipados para bucear. Tenían que ser Beth y Saegar.

Todos ellos observaron fijamente a la patrulla mientras se acercaban.

-¿Loucan no está con vosotros? -gritó Saegar.

-No -contestó Carrag, el jefe de la patrulla-. Se ha quedado en el cuartel general a esperar el siguiente movimiento de Joran.

Lass vio la decepción en las caras de sus herma nos y ella también la sintió. Tuvo la repentina sensación de haber actuado equivocadamente, incluso de manera peligrosa, al dejarse llevar por su impaciencia en ver a sus hermanos, sin consultarlo con Loucan.

El debería haber estado a su lado en aquel momento, por muchas razones.

Pero endureció su corazón y pensó que quizá si él hubiese tenido cinco minutos para ella la noche anterior, ella se habría dado cuenta de la tontería que acababa de hacer, o quizá incluso él habría deseado acompañarla a aquel encuentro.

Pero hacía dos días que no lo veía.

-Pero Thalassa está con nosotros -les dijo Carrag.

-¿Lass? -gritó Kai, al tiempo que Lass saludaba con la mano-. ¡Ya te veo!

Kaí se tiró al agua y nadó hasta Lass. Las hermanas se abrazaron, lloraron, se miraron y volvie ron a abrazarse.

Phoebe llegó al instante y se unió a ellas.

Considerando que las gemelas no habían experimentado su primera transformación en sirenas hasta hacía poco tiempo, ambas parecían increíblemente a gusto dentro del agua.

En cambio Saegar parecía incómodo.

-No te rías, hermana -gruñó él, después de darle un abrazo-. Aún se me hace raro estar en el agua con piernas, pero Beth me está enseñando a moverme y es muy buena.

Beth se había acercado a ellos y, al rodearlo con sus brazos, parecieron dos focas juguetonas con aquellos trajes negros. Ella era joven y guapa y el cálido fuego del amor brillaba en sus ojos.

Kevin y Ben habían terminaron de ponerse los trajes y se unieron a sus esposas en el agua.

-Yo no pude encontrarte -le dijo Kevin a Lass-, pero no me sorprendió que Loucan sí lo hiciera. A veces es más útil la intuición que cualquier otra cosa.

Durante un rato charlaron y Carrag los puso al día sobre lo que estaba sucediendo en Pacífica.

Ben parecía muy preocupado por la seguridad de Kai, y Lass se preguntó si siempre era tan protector. No podía imaginarse a Loucan tratándola de aquella manera.

¿Sería aquella parte de la diferencia entre el amor y la simple atracción?

De nuevo Lass volvió a sentirse más sola de lo que debería haber estado, sin Loucan a su lado.

«Llevo sola más de trece años, desde la muerte de Cyria. Ahora tengo a Saegar y a mis hermanas, ¿qué me está pasando? Sé que soy más fuerte que todo eso», se regañó mentalmente.

El viaje de vuelta a través de los arrecifes fue mágico al principio. Kai y Phoebe no tenían re cuerdos de aquel lugar y se pasaron el viaje

mirando encantadas de un lado a otro. Saegar y Beth no se apartaron el uno del otro ni un momento y Lass supo que aquella experiencia debía de ser muy dura para su hermano. Beth parecía comprenderlo y Lass volvió a sentir envidia de su relación.

Sintió que la fatiga se apoderaba de ella, e incapaz de mantener el ritmo, comenzó a quedarse atrás.

«Debería sentirme feliz, pero lo único que hago es lamentarme por sentirme excluida. No es justo, de hecho, es bastante triste. ¿Realmente envidio a Saegar y a mis hermanas por su felicidad?», se preguntó en silencio.

No lo haría si Loucan estuviera allí. Sí Loucan la amase…

No tenía sentido continuar engañándose a sí misma por más tiempo; sabía que lo que sentía por Loucan era amor, aunque estuviese furiosa con él.

De repente, por el rabillo del ojo, vio a un tritón salir de detrás de unos corales y durante unos segundos llegó a pensar que era Loucan. Se giró hacia él con el corazón lleno de felicidad, pensando que debía de haber estado buscándola.

¡Deseaba tanto decirle cómo se sentía!

Cuando se dio cuenta de que era otra persona, casi se chocaron. Él se dirigía directo hacia ella.

No era un hombre grande, sino delgaducho, ágil y escurridizo como una anguila. La rodeó con un brazo, se dio la vuelta y movió la cola con fuerza de un lado a otro para ganar velocidad.

Ella se esforzó por verle la cara, pero no fue posible hasta que él se detuvo detrás de unos corales. Entonces Lass pudo mirarlo, pero fue cuando él habló que ella lo reconoció.

-Sabía que eras tú, mi pequeña y dulce princesita.

-Joran… -dijo ella y comenzó a sentirse mareada.

-Me preguntaba si te acordarías de mí.

-Y yo pensaba que tú estabas acorralado.

-¿Acorralado? ¿Es eso lo que están diciendo? He reclamado el poder, Thalassa, y cuando tú me des una llave que sé que tienes, nadie podrá oponerse a mis designios.

-¿Crees que te voy a dar la llave tan fácilmente? ¿De verdad crees que la llevo encima?

-No. Pero me dirás donde está.

-¡No!

-¡No seas testaruda! De acuerdo, pequeña princesita…

Lass no se molestó en reaccionar, aunque sabía que él quería que ella se quejara de aquella condescendiente frase.

-… dime qué harás cuando empiece a hacerte daño.

Loucan se había tomado un descanso de la reunión con sus consejeros. Necesitaba descansar, pero también quería ir en busca de Lass. No había podido dejar de pensar en ella y se sentía mal con sigo mismo por no haberle concedido un poco de su tiempo.

Ella era una mujer fabulosa y él la había estado ignorando durante dos días enteros; Loucan se sentía culpable porque ella se merecía mucho más que aquel matrimonio vacío.

Pero cuando fue a buscarla no la encontró.

Y por lo visto, Joran también había desaparecido.

Loucan tenía un espía dentro del círculo de colaboradores de Joran.

-Ha dejado su cuartel general -le dijo el espía-. Se ha marchado sin decir nada, pero su centro de operaciones sigue fuertemente vigilado. No quiere que nadie sepa que no está allí. ¿Qué podría ser tan importante para él para alejarlo de allí?

Mientras nadaba distraídamente hacia los arrecifes, Loucan se hizo la misma pregunta.

En la distancia, distinguió a varias figuras y vio que algunas de ellas no eran gente del mar. Debían de ser Saegar y las gemelas, con sus respectivos compañeros y la patrulla que había acudido a buscarlos.

«Ahí estará Lass», se dijo. «¡Claro! Se habrá enterado de que la patrulla salía a buscarlos y no habrá querido arriesgarse a no verlos si decidían quedarse en el barco más tiempo».

¿Habría sido aquella la razón por la que había querido verlo la noche anterior? ¿Se habría enterado Joran también?

Loucan nadó más deprisa hacia ellos al tiempo que la buscaba, pero no pudo verla.

Carrag lo había reconocido y nadó hacia él.

-¿Estaba Thalassa con vosotros? -le preguntó Loucan inmediatamente.

-Sí, está… -dijo Carrag dándose la vuelta-. ¿Dónde está?

-¿Quieres decir que estaba con vosotros la última vez que miraste? A menos que se haya reza gado, ahora no está con vosotros. ¿Es que no la es tabas vigilando, Carrag?

Loucan sentía que estaba a punto de explotar, pero controló sus emociones e ignoró el dolor que sentía en el corazón. La seguridad de Lass era importante, pero no el castigar a Carrag.

-No. No pierdas el tiempo con explicaciones -añadió él rápidamente-. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

-Cuando cruzamos los arrecifes comenzó a rezagarse. Yo miraba de vez en cuando, pero ella es taba cerca de Beth y Saegar.

-Que en estos momentos no tienen ojos para otra cosa que no sea ellos.

-Yo… -dijo Carrag-. Iré contigo.

-No. Iré solo.

Loucan le dio unas cuantas instrucciones a Carrag y después se alejó rápidamente por el agua; había pasado demasiado tiempo desde la última vez que alguien la vio.

Loucan sintió que el peso del océano lo ahogaba y por alguna razón pensó en Tara y en su hijo perdido.

«Si cometiera otro error como aquel… No puedo perderla. No puedo. ¿Por qué he estado mintiéndome acerca de lo importante que es para mí?», se dijo en silencio.

Loucan sabía que ella estaba con Joran y sabía lo que él querría de ella. La llave. Dudaba que Lass se la diera y lo asustó la posibilidad de que aquel coraje le costara la vida.

Loucan los encontró y, tras una dura pelea, Joran se cortó la cola, exiliándose a sí mismo a vivir entre los humanos a los que tanto despreciaba.

-Tengo algo muy importante que decirte, Lass -le dijo Loucan volviéndose hacia ella.

El vio la preocupación en sus ojos, la abrazó y ambos se dejaron llevar por el agua hacia la superficie.

Lass apenas era consciente de toda la gente que había comenzado a agruparse a su alrededor.

-¿Qué es más importante que Pacífica para ti, Loucan? -preguntó ella urgentemente-. Este es un momento decisivo. Sea lo que sea que me tengas que decir, puede esperar.

Ella acarició sus labios con los dedos, sellando de aquella manera la promesa de tener paciencia.

Pero Loucan movió la cabeza y sus azules ojos brillaron con confianza.

-Ya hemos esperado demasiado. Y tienes razón; este es un momento decisivo para la historia de Pacífica. Pero sobre todo para nosotros.

Cuando llegaron a la superficie y emergieron, el sol brillaba con fuerza. La luz bailaba sobre el agua, que se movía bajo la brisa tropical. En la distancia, vieron un punto oscuro que podría haber sido la cabeza de Joran.

-Te amo, Lass -dijo Loucan-. No te culparé si rechazas mis palabras, pero tenía que decírtelo. Te amo. Debería haberme dado cuenta de cómo me sentía y debería habértelo dicho en el barco -continuó-. No tendría que haber hecho falta sentir el miedo que sentí cuando me di

cuenta de que Joran te tenía secuestrada. Sé que te has sentido molesta por mis prioridades…

-Ya no -lo interrumpió ella-. Y le debo a Joran, igual que tú, el poder ver la verdad con más claridad.

Lass le apartó los oscuros mechones de la cara y acarició su suave y bronceada piel.

-Hablaba de matarme y hacerme su esposa al mismo tiempo. Fue… -dijo ella moviendo la cabeza- una locura. Tú me has demostrado respeto, sinceridad y cariño. ¡Te amo tanto!

-Y yo también te amo. Más de lo que nunca hubiese creído posible.

Aquella fue una confesión muy íntima. Los brazos de Loucan abrazaron a Lass fuertemente contra su pecho y ella deseó que nunca la dejara marchar. No le importaba dónde estuviesen; allí en Pacífica, gobernando juntos sobre una nación en paz, surcando los mares en su barco o atendiendo su pequeño salón de té.

-Quiero estar contigo para siempre, como tu es posa -susurró ella, y él la besó mientras sus palabras salían de su boca.

Alrededor de ellos se había reunido mucha gente del mar y comenzaron a aplaudirles.

Lass parpadeó sorprendida y apoyó la cabeza sobre el torso de Loucan, mientras él se inclinaba hacia el agua y saludaba a la multitud. Fue un gesto propio de un rey, pero su otro brazo, con el que rodeaba la cintura de Lass, era sencillamente el brazo de un enamorado acariciándola.

La gente del mar volvió a aplaudir, mostrando así su total aprobación.

Ben, que estaba allí con Kai a su lado, tenía la cámara preparada. Se quitó la máscara de oxígeno y se llevó la cámara a la cara.

-Ya que no tenéis fotos de la boda -les dijo-, tendréis estas otras.

Epílogo

FOTOS del bebé -le dijo Loucan a Lass al tiempo que dejaba sobre la mesa un paquete. Lass alargó ansiosamente la mano para agarrarlo.

-¡Las estaba esperando! Kai dijo que las enviaría.

Loucan había instalado un buzón en el barco para que pudiera comunicarse con más facilidad con sus hermanos que vivían en Estados Unidos.

Lass y él habían llegado al barco la noche anterior. Estaba amarrado en una de las islas más tranquilas de Hawai, y ellos habían tardado más de lo normal en llegar nadando hasta allí, debido al embarazo de Lass. Aún estaba muy cansada, de manera que se tomarían unos días de descanso antes de volar a California para ver al nuevo miembro de la familia real de Pacífica y a sus orgullosos padres, Kai y Ben.

Las fotos del bebé, que se llamaba Kean impacientaron a Lass.

-Podríamos salir mañana -le dijo a Loucan-. Ya me siento mucho mejor.

-Ya he recogido los billetes y nuestro vuelo es dentro de tres días -contestó él.

Loucan le habló en un tono que ella había aprendido a reconocer y aceptar; era un tono que daba a entender que él tenía razón y que ella debía aceptarlo.

-De acuerdo -suspiró Lass.

-Lass, si eres capaz de decirme que no necesitas dormir dos horas de siesta todos los días y que no te mareaste cada vez que intentaste comer durante el viaje hacia aquí, cambiaré los billetes.

Pero Lass necesitaba echarse la siesta y no podía negar que se había mareado durante el viaje.

Aunque aquello no era de extrañar, ya que dos médicos del mundo submarino le habían confirmado que estaba embarazada de gemelos. Saldría de cuentas seis meses más tarde, y habían planeado estar de vuelta en Pacífica para entonces y así poder dar a luz bajo el agua, en una piscina de agua tibia.

Después de visitar California, donde también se encontrarían con Phoebe, Kevin, Saegar, Beth y Ben, viajarían a Australia para ultimar la venta del negocio de Lass a Susie y Rob.

-¿Te diste cuenta de que en nuestra boda Susie estuvo a punto de adivinar que había algo inusual en nosotros? -la preguntó Loucan.

-Quieres contárselo, ¿verdad? -adivinó Lass.

-Quiero mostrárselo. Desde la muerte de Cody, he creído que esta es la manera en que deberíamos manejarlo; abriéndonos primero a la

gente en quien confiamos. Ahora que la paz ha sido restaurada en Pacífica, ha llegado el momento de comenzar el experimento.

Lass pensó en los cálidos ojos marrones de Su-sie y en la tranquila actitud de Rob. Recordó lo bien que trataban a sus caballos y en su cabeza vio las bonitas flores que Rob había comenzado a plantar en su jardín.

-Debemos aceptar nuestra hermandad con todas las criaturas -le había dicho Rob en una ocasión-. No debemos ahuyentarlas.

-Sí -le dijo Lass a Loucan-. Tienes razón, creo que debemos abrirnos a las personas en las que confiamos. Incluso si yo no estuviese de acuerdo contigo, todos los habitantes de Pacífica lo están. No ha habido señales de que la paz se vaya a romper -continuó ella y recordó los arrecifes de coral-. Incluso los corales de las zonas dañadas están comenzando a regenerarse, ¿no te lo pareció a ti?

-En algunas partes -dijo Loucan-. Pero tardará en volver a tener el mismo aspecto que antes.

-¿Crees que Joran llegó a tierra?

Aquella vez, Lass vio que su marido dudaba antes de hablar.

-Últimamente ha habido rumores -le dijo-. Se le ha visto en Fiji y en Nueva Zelanda.

-¿Quién lo vio?

-Primero lo vieron Carrag y Nacre. Después lo vio un colaborador mío que viaja por el mundo como lo hice yo.

-No me lo habías dicho. ¿Pensaste que me disgustaría?

-Solo por…

-Porque estoy embarazada. Loucan…

-De gemelos -interrumpió él, como si aquello marcara la diferencia.

-… pero eso no me hace diferente. Ni se te ocurra pensar que… -comenzó a decir ella pero se interrumpió.

Loucan se estaba riendo y, antes de que ella pudiese convertir su indignación en un orgulloso discurso, él la levantó de la silla y la abrazó.

-Dame un respiro -dijo él suavemente.

Loucan acarició los labios de Lass con los suyos y ella los entreabrió, sintiendo la familiar necesidad de saborear su boca y devolverle el beso.

-¿Hago mal al tratarte como si fueras un tesoro? Ben cuidó de Kai como si estuviera hecha de cristal cuando estaba embarazada. Por eso lo adivinamos, ¿recuerdas? El día en que llegaron a Pacífica, después de la pelea con Joran -dijo él-. Eres preciosa para mí, Lass. Lo sabes, así que dame un respiro y déjame mimarte como quiera.

-Loucan…

Lass se rio al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

-Pero no se lo digas a nadie, ¿de acuerdo? No creo que sea bueno que todo Pacífica se entere de que su rey está totalmente colado por su reina.

-Se dieron cuenta de eso hace meses, Loucan.

Ella lo sabía de sobra, pero le gustaba oírselo decir.

-Sí, supongo que sí -dijo él-. ¿Estás lista para tu siesta?

-¿Por qué sospecho que no va a ser muy tranquila, rey Loucan?

-Pues no se me ocurre la razón, reina Thalassa.

Loucan la llevó en brazos hasta la cabina reformada, en la que había una cama de matrimonio, y pasaron la tarde envueltos en una bruma de felicidad que ambos sabían que nunca abandonaría sus corazones.